

UNIVERSIDAD DE CHILE
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES MEDIÁTICAS
Y DE LA COMUNICACIÓN
Y ESCUELA DE PERIODISMO

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE PERIODISTA
DARÍO EN CHILE:
UN CUENTO ALEGRE



MIRNA SUÁREZ HERMOSILLA

CARLOS OSSANDÓN BULJEVIC
PROFESOR GUÍA

SANTIAGO, 2001

**DARÍO EN CHILE:
UN CUENTO ALEGRE**

**UNIVERSIDAD DE CHILE
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES MEDIÁTICAS
Y DE LA COMUNICACIÓN
Y ESCUELA DE PERIODISMO**

**DARÍO EN CHILE:
UN CUENTO ALEGRE**

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO PROFESIONAL DE PERIODISTA

SANTIAGO, 2001

DARÍO EN CHILE: UN CUENTO ALEGRE

MIRNA SUÁREZ HERMOSILLA

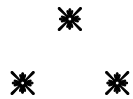
CARLOS OSSANDÓN BUJLEVIC
PROFESOR GUÍA

PREFACIO	9
INTRODUCCIÓN	15
“Y TUVE HAMBRE DE ESPACIO Y SED DE CIELO...”	35
“JUNTOS, MANUEL Y YO, NOS COMUNICÁBAMOS NUESTRAS PENAS...”	61
“DESDE ESA NOCHE FUE MI AMIGO A. DE GILBERT...”	131
EPÍLOGO	199
ANEXOS	207
EPISTOLARIO	209
ANTOLOGÍA CHILENA	241
CRONOLOGÍA	277
BIBLIOGRAFÍA	281



*“A Chile le agradezco una
inmensa cosa: la iniciación
en la lucha de la vida”.*

Andrés Bello.



El primer Rubén Darío que conocí fue el que acompañó mis lecturas de niña. El Darío que cuenta a Margarita la hermosa historia de la princesa que deseaba alcanzar la blanca estrella que brillaba en la inmensidad del azul:

*“Una tarde la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.*

*“La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla
y una puma y una flor”.**

Era el Darío de la poesía que asombra por la riqueza de su lenguaje y la belleza de sus imágenes. El Darío capaz de emocionar y conmover con sus astros perfumados y sus sonidos de colores. El Darío afrancesado, evasionista y apolítico, poeta instalado en una inaccesible torre de marfil, que lo mantiene protegido y a salvo de las miserias de un fin de siglo en el que los artistas sienten la crisis derivada del divorcio entre el arte y la vida, y desde donde canta, con las más hermosas e inocentes palabras, a la belleza, la inmaterial y perfecta belleza inexistente en la dimensión terrena y mundana.

Pero Darío es más que el simple trovador que se regocija y deleita en el preciosismo de la expresión. El autor de la fábula dedicada a Margarita Debayle no podía sino sufrir una transformación a medida que su poesía se revelaba. Darío, el escritor cuya pluma revolotea como una mariposa de brillantes colores, talentoso artífice de la perfección en la forma, da paso a otro poeta, uno que sufre, que duda, que siente en lo profundo de su alma lo fatal que vive palpitante en las profundidades cavernosas de la vida humana.

*“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por*

* A Margarita Debayle. En DARÍO, Rubén. Poesía completa. Madrid, Editorial Aguilar, 1967.

*lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos...!*"*.

¿Quién es Rubén Darío entonces? ¿Un espíritu genial que logra manifestarse a través de la belleza de la expresión, de la música y el color, o un alma atormentada que intenta escapar de esta realidad dolorosa para el artista en la época en que predomina el espíritu burgués, nefasto y mortífero para el verdadero arte, aquel que no se limita a la celebración, al aplauso vacío en el teatro de los ignorantes opulentos?

Contradicción. Paradoja. Incoherencia. Todas y ninguna. ¿Qué mejor respuesta que las palabras del propio Rubén Darío, complejo poeta que reúne en su prosa escapismo y rebelión? *“¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer”***.

Lo fatal. Rubén Darío expresa el dolor, la duda. Poeta incomprendido que actúa en el escenario del Rey Burgués*** representando el papel principal, la víctima del sacrificio. Es su vida., su profunda verdad. Aplausos, risas. Risas, celebración. Celebración, aplausos. “Rey sol en su Babilonia llena de música, de carcajadas y de ruido de festín”. Rey sol con el poder de someter al poeta que clama por una expresión más completa. “¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! El arte no viste

* Lo fatal. DARÍO, Rubén. Cantos de vida y esperanza. En DARÍO, Rubén. Poesía completa. Madrid, Editorial Aguilar, 1967.

** Palabras liminares de Prosas Profanas y otros poemas. En DARÍO, Rubén. Poesía completa. Op. cit.

*** Ver *Infra*. Antología chilena, El Rey Burgués, página 249.

pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es agosto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amansa la greda con fiebre, y pinta la luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas o 'zarpazos' como los leones... ¡Oh, la poesía! ¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal..." Ideal que sucumbe ante la necesidad de comer. ¡A girar la manivela! Ideal que muere pisoteado por el empuje de una sociedad que se regocija en el mito del progreso. La ciencia, ¡la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo marcha! ¿Por qué no habría de girar? Manivela que gira bajo el impulso del poeta vencido. "Tiririrín, tiririrín". Dolor e impotencia que crece en el alma del poeta. "Lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!". El resarcimiento, la rebelión, de la mano de la muerte. Poeta que recupera en su deceso el ideal perdido por las exigencias de su estómago. "Y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal... y en que el arte no vestiría pantalones, sino manto de llamas o de oro...". Triste paradoja la de Rubén Darío. A medio camino entre la rebelión y la necesidad de vivir; entre la protesta y la búsqueda de aceptación. Manos de marqués que prefieren escribir de esa realidad que anhela su corazón, de ese mundo que el arte sueña, pero que también se ponen al servicio de los burgueses que devoran el arte y lo regurgitan como simple academismo. Tiririrín, tiririrín. Dar vuelta a la manivela para acallar las quejas del estómago que exige comer. Darío sabe de eso. Terrible destino que lo atormenta y destruye lentamente. Tiririrín, tiririrín...

Las páginas que siguen están protagonizadas por este Rubén Darío, contradictorio, complejo. Por el joven poeta de veinte años que llega a Chile ansioso de gloria, buscando el ambiente donde desarrollar su arte, extremadamente orgulloso, que inconscientemente busca la aprobación del público, los aplausos, que desea formar parte del ambiente aristocrático de las amistades que aquí encuentra, pero que también protesta en contra de ese mismo ambiente. El Darío casi adolescente que sufre y llora por las burlas y las críticas, con un pie en la bohemia de guante

blanco y sombrero de copa, y con el otro en las noches desenfrenadas de las calles miserables del Santiago negro, buscando la compañía de los abandonados por la suerte, ¿cómo él? Un Darío simplemente humano. Chile tuvo el privilegio de acoger al nicaragüense a fines del siglo pasado, y aquí escribió *Azul...*, gracias a su experiencia en este país orgulloso y triunfante, que vivía la ilusión de la riqueza fácil y de un orden político precario.

“Nunca podré olvidar que en Chile pasé algunas de las más dulces horas de mi vida, y también de las más arduas, pues allí aprendí a macizar mi carácter y a vivir de mi inteligencia”

Rubén Darío

INTRODUCCIÓN

✱

✱ ✱

“A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fue Chile? Estaba entonces en Managua un general y poeta salvadoreño, llamado don Juan Cañas, hombre fino y noble, de aventuras y conquistas, minero en California, militar en Nicaragua, cuando la invasión yanquí de Walker. Hombre de verdadero talento, de completa distinción y bondad inagotable. Chilenófilo

decidido desde que en Chile fue diplomático allá por el año de la Exposición Universal.

“—Vete a Chile, me dijo. Es el país a donde deber ir.

“—Pero, don Juan, le contesté, ¿cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?

*“—Vete nado, me dijo, aunque te ahogues en el camino.**

✱

✱ ✱

Uno de los temas de mayor interés que se presenta a la consideración de cualquiera que analice la obra de Rubén Darío, es el de la influencia que pudo ejercer sobre el genio del poeta nicaragüense su estadía en Chile, tema que envuelve gran importancia, pues el abono espiritual de un medio —en todo lo que esto sugiere y significa— determina en forma y extensión considerables el desarrollo de un intelectual, particularmente si de un artista se trata.

Afirmar que los años que pasó Darío en Chile tienen una importancia considerable en la formación de su estilo innovador no es nuevo. Aquí encontró el poeta nicaragüense el ambiente propicio —tertulias y artes plásticas, bibliotecas y costumbres— para afinar su gusto por lo francés, ya iniciado en su formación nicaragüense, y profundizar en el conocimiento de los autores galos. Los amigos que aquí conoció, entre los que destacan Manuel Rodríguez Mendoza y Pedro

* DARÍO, Rubén. Autobiografía. Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1968.

Balmaceda Toro, contribuirían a ello en forma determinante, guiándolo en sus lecturas de los autores modernos de los cuales eran fervientes seguidores.

Para comprender mejor la influencia que pudo ejercer sobre el genio de Rubén Darío su estadía en Chile, es necesario describir, aunque sea superficialmente, el medio intelectual chileno de la segunda mitad del siglo XIX. Era el de nuestro país un medio excepcional en Sudamérica, sin duda el más avanzado que en esta parte del nuevo mundo pudo formarse. A ello habían contribuido ciertos factores espirituales y materiales, y de modo considerable la Universidad de Chile. Andrés Bello, secundado por maestros y escritores de primer orden, abrió horizontes amplios, sembró ideas, creó posibilidades, y a la sombra de una oligarquía ilustrada y progresista, fue formándose una generación de notables personalidades, entre las cuales destaca las figuras de Vicuña Mackenna, escritor y estadista; de Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda en el orden político; del propio Lastarria, que fue uno de los primeros discípulos de Bello; de los hermanos Amunátegui, Barros Arana, y varios extranjeros prominentes que dieron a Chile parte de saber y trabajo: Domeyko, Sarmiento, Pissis, Gay... Esos hombres fueron creando una cultura, trazaron caminos, dieron al país un prestigio y una influencia americana que provocó la admiración de otras naciones. A esto debe añadirse el enriquecimiento minero e industrial experimentado a partir del cuarto decenio, que permitió viajar a muchos jóvenes de talento y elevó el nivel de los aristócratas.

La labor de estos hombres ilustres, unida a la estabilidad gubernativa del régimen imperante, y a los progresos y enriquecimiento materiales, permitió un verdadero florecimiento intelectual. La educación pública hizo grandes progresos, la cultura se expandió, y así pudo constituirse un medio que por su cultura y su riqueza interior —de élite en su esencia— mereció el calificativo de excepcional. Ese medio alcanzó su apogeo entre los años 1872 y 1890, vale decir, entre el período que precedió a la Guerra del Pacífico y aquel que antecedió a la Revolución de 1891.

En las postrimerías de ese período de auge, cuando ya los grandes escritores del siglo pasado iban desapareciendo, fue cuando Darío hizo su aparición en Chile.

La juventud de aquellos años anteriores a la Guerra Civil era extraordinariamente culta, al menos, existía un grupo de muchachos talentosos que ocupaban una buena posición social y dictaban el buen tono en la moda.* Habían fundado sociedades literarias, se reunían en tertulias y salones que acogían con simpatía sus trabajos. Sus miembros colaboraban en revistas y periódicos de solvencia intelectual, dictaban conferencias a las que asistía la gente del "gran mundo", frecuentaban los talleres del escultor Plaza y de Pedro Lira, maestro de pintores que habrían de brillar más adelante. Al amparo de estos estímulos eficaces, las artes y las letras florecían.

El tono intelectual de la vida aristocrática era en verdad elevado. En las casas principales se recibía la *Revue des Deux Mondes* y algunas otras publicaciones europeas. No eran escasos los suscriptores a los diarios extranjeros, y algunos hombres ilustres estaban abonados, no a una, sino a varias revistas y diarios. Vicuña Mackenna, por ejemplo, leía y recortaba para sus archivos los principales periódicos de ambas Américas y no pocos de Europa. No había político de primera fila, bajo pena de hacer un triste papel, que desconociera el movimiento literario francés o español, siendo famoso el bien decir y mejor hablar de algunos Presidentes de la República, como Santa María y el propio Balmaceda.

* "El grupo de Alfredo Irarrázaval, Alberto y Carlos Zañartu, Alejandro Fierro, Pedrito Balmaceda, Albertito Blest Bascuñán, Gregorio Ossa, Gregorio Amunátegui, Adolfo Ortúzar, Benjamín Errázuriz, Luis Covarrubias Ortúzar, Carlos y Daniel Concha, Carlos Vergara, Emilio Sánchez Santa María, los Bascuñán y muchos otros, gozaban el privilegio de asistir a todos los bailes encopetados, se reunían en comidas y farras, pero nunca ejecutó actos que desdijeran de su estirpe. Nos dimos a todos los entusiasmos y locuras, a ideales inasequibles y hasta nos batimos por ellos en campos de batalla, pero siempre con dignidad y nobleza.

"La sociedad santiaguina de aquel entonces, era extremadamente cerrada y estrecha, y como dijo el príncipe de Braganza, en un artículo sobre Chile, era aún más estricta y *collet monté* que el propio fauborg Saint-Gremain. No se invitaba a ningún advenedizo o *siútico*, es decir, solamente se invitaba a los descendientes de la antigua nobleza colonial, de familias de odores o gobernadores españoles, de alcurnia y de pergaminos. La fortuna no era título suficiente.

"Diéronse casos de familias adineradas, con grandes fortunas obtenidas en el comercio, que ofrecieron fiestas y bailes a los cuales nuestra sociedad se negó a concurrir, formándoseles un vacío desesperante. Algunos jóvenes de cuantiosas fortunas, llegados del sur, fueron rechazados por señoritas sin fortuna, que ante todo buscaba el apellido. Se daban casos ridículos en la lucha por penetrar a la alta sociedad chilena". ORREGO LUCO, Luis. *Memorias del Tiempo Viejo*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1984. Pág. 60.

Santiago, convertida en ciudad moderna por Vicuña Mackenna, era una de las capitales más hermosas de América. En las calles del Centro, Ahumada, la antigua del Rey, la Plaza, Santo Domingo, abundaban las casonas de airoso estilo con sabor colonial, y la Alameda de las Delicias extendía por varios kilómetros la línea suntuosa de sus palacios. En medio de las calles todavía coloniales que se empinaban hacia el barrio alto de entonces, el Cerro Santa Lucía ostentaba la magia de sus árboles, de sus jardines, de sus mármoles. Las santiaguinas, en las mañanas, paseaban por las tienda de lujo enfundadas en sus tradicionales mantos, y por las tardes iban al Parque Cousiño o a la Quinta Normal en carruajes espléndidos, tirados por briosos corceles de fina sangre. En las noches de ópera y de abono el Municipal era un jardín en que junto a las camisas blancas y a los negros fracs de los caballeros surgía el arrebató de luz y gracia de las damas vestidas y enjoyadas de modo esplendoroso. A la hora del crepúsculo, mientras el sol incendiaba la cordillera, corrían en la Alameda los equipajes suntuosos de las grandes señoras, sacando chispas al pavimento. Había lujo en exceso, muchos pobres, muchos olvidados y no pocos tristes...

En materia de espectáculos públicos, Santiago recibía la visita de artistas de primer orden, entre los cuales se contaban los mejores cantantes y los grandes trágicos de la época. Se hacía música y no era corto el número de aficionados que llegaron a sobresalir.

Si a lo anterior se añade el clima agradable del Chile de entonces, primaveral en la costa de la zona centro, muy templado en el norte, grato y poco caluroso en el estío santiaguino, y algo frío en el invierno, se puede reconstruir el país que Darío conoció, aquel que alguna vez llamó segunda patria y después recordará como un mal sueño.*

* Tiempo después, en enero de 1895, Rubén Darío escribió una carta de Emilio Rodríguez Mendoza, hermano menor de su amigo Manuel, en la que señala que:

"El recuerdo de su casa me es siempre uno de los más gratos de mi vida. Pues en lo desagradable de mi memoria chilena, la figura de Manuel y algunos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida". Ver *Infra*, pág. 235.



Para Darío, la capital chilena constituyó la revelación de la urbe moderna, el centro cultural que necesitaba para gestarse plenamente, la atmósfera precisa para volar. Y lo mismo significó, aunque en menor grado, el centro comercial que era en ese entonces Valparaíso. Antes de cumplir un año de estadía en Chile, escribió al general Juan J. Cañas:

“Me ha dado pena ver y comparar lo que yo era en mi tierra y cómo se me trata y aprecia en Chile. Es también cierto, que quizás en Nicaragua no habría hecho lo que aquí por mil motivos. **El primero, que aunque tengamos alas no podemos volar sin haber aire**”.*

Con la palabra *aire*, Darío se refiere a las condiciones materiales que sustentaban su deslumbramiento ante esta nueva realidad que se desarrolla exuberante frente a sus ojos asombrados, ante el esplendor de Santiago, tan diferente a su Nicaragua natal. Es en Chile donde se operará el intenso cambio en la personalidad de Darío, motivado por su respuesta al desarrollo que generaba la modernidad, cambio que queda de manifiesto en una carta a un viejo amigo de León, J. Camilo Gutiérrez, a quien confiaba en un íntimo testimonio:

“Aquí (en Valparaíso) vivo, aquí trabajo, aquí lucho, aquí aprendo los libros en el propio combate, aquí he triunfado... y aquí, en fin, ha salido el pollo que en Nicaragua desdenes y envidias quizás, orejas cerradas y frentes arrugadas, sobre todo hilo, mucho hilo, tenían en eterno cascarón.

“En resumen, aquí en medio de la brega, he venido a saber que valía poco, pero algo. Y quien no hace tres años fue acusado como vago en el cabildo de León de Nicaragua, ha llegado a ser redactor de La Época de Santiago de Chile. Vuelvo a

* Ver *Infra*, pág. 214.

decir a usted que esto es la confesión leal de un amigo a otro, de un joven que empieza a uno que ha peleado ya mucho, de un pollo en fin, a un gallo. Así **hablamos los chilenos**".*

La carta, fechada el 6 de noviembre de 1887, indica el forjamiento de un carácter y la realización de todo un hombre de letras y de estudios. Para entonces, Darío tenía a su haber las siguientes actividades:

- La redacción de muchas páginas de la novela folletinesca *Emelina*, concebida por Eduardo Poirier, a la cual incorporó recuerdos autobiográficos y aportó el título (Rosario Emelina Murillo se llamaba su frustrada pasión amorosa).
- Los cursos libres de Derecho Público e Internacional tomados en la Universidad de Chile y "dirigidos por don Jorge Huneeus" (agosto de 1886 a febrero de 1887).**
- El trabajo en *La Época*, donde sufre las burlas de sus colegas y del director Eduardo Mac-Clure (a partir de agosto de 1886).***

* Ver *Infra*, pág. 225 y ss.

** Ver *Infra*, pág. 216.

*** No poco han sostenido que el irónico *cuento alegre* de Darío "El Rey Burgués" es un retrato del director de *La Época*, Eduardo Mac-Clure. Sin afirmarlo o desmentirlo, vale la pena citar algunas referencias a este hecho:

"Rubén Darío llevaba en la imprenta una vida difícil. Su ingenio no cuadraba en el régimen. Necesitaba libertad, poder volar libremente. Era triste darle una orden: 'Rubén, haga usted este párrafo'. El párrafo no salía. Allí se estaba un hombre amarrado, mordiendo un lápiz. ¡Incomprensibles dificultades! Un dios de la pluma se mostraba incapaz de redactar el suelto más sencillo..."

"Desgraciadamente, no había benevolencia para Rubén Darío. Había crueldad. Excepto en Manuel Rodríguez y en Vicente Grez, la compasión no existía en el personal de la redacción. Todos eran crueles, y mayormente el director del diario. Y Rubén Darío no les perdía pisada, veía muy bien, admirablemente; sus ojos profundamente observadores no desperdiciaban detalle. Después su pluma trazaba cuadros magistrales, inmortalizaba un personaje. El director de *La Época* es inmortal desde que escribió *El Rey Burgués*". OSSA BORNE, Samuel. Un té de amigos. (Algunos recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío). En *Revista Chilena*, Santiago, número I, abril de 1917, pág. 75

"Por fin el calor de la charla nos franqueó la confianza del poeta, permitiéndonos enderezar la proa de nuestra curiosidad hasta el íntimo alcanzar de sus recuerdos. Le preguntamos muchas cosas de su juventud, y al recordarle algunos de su *Abrojos*, afilados como saetas, le indicamos nombres de personas a quienes creíamos iban dirigidas, mientras él asentía burlonamente. De pronto cayó de nuestros labios el nombre del director de *La Época*, don Eduardo Mac-Clure, y Rubén tuvo tres o cuatro palabras amables y algunos acerados reproches.

"—¿*El Rey Burgués*?, le dijimos, y él nos comprendió inmediatamente.

- La edición de su “primer libro chileno”, *Abrojos*, en la Imprenta Cervantes de Santiago, a iniciativa de Manuel Rodríguez Mendoza y Pedro Balmaceda Toro, que circuló en marzo de 1887.
- Su participación en el Certamen Varela con catorce rimas becquerianas, las *Otañales*, y el *Canto Épico a las Glorias de Chile*, basado en documentación suministrada por su amigo Eduardo de la Barra. Con las primeras composiciones obtuvo el octavo lugar y con el segundo texto el primer premio —300 pesos*— compartido con otro amigo: Pedro Nolasco Préndez (julio de 1887).

“—Sí; *El Rey Burgués*, nos respondió. Todas mis pobreza, todas mis angustias y expoliaciones de entonces están sufridas y vengadas en él.

“Y nosotros pensamos en el rey fastuoso, que tenía un palacio soberbio y que junto al estanque de sus cisnes leía las novelas de Jorge Ohnet, las críticas gramaticales o las disertaciones hermosillescas; recordamos al buen Mecenaz, rodeado de su corte, que le permite ganar su vida al poeta que un día llegó hasta su palacio, dando vueltas al manubrio de la caja sonora que toca valsos, cuadrillas y galopos en medio del magnífico jardín: ‘Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado de las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? Tiririrín, tiririrín... ¿había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!’”. DONOSO, Armando. *Obras de juventud de Rubén Darío*. Santiago, Editorial Nascimento, 1924. Pág. 66 y ss.

- * Resulta interesante, para conocer la compleja psicología de Darío, anotar dos testimonios que relatan lo que hizo el poeta con el dinero obtenido en el Certamen Varela:

“A mediados de 1887, una tarde en que fui a la sala de redacción de *La Época*, en donde solía reunirme con Alberto Blest, Pedro Balmaceda y otros amigos que iban a charlar, me encontré de nuevo con el poeta de Nicaragua. Acababa de sacarse el premio del Certamen Varela y estaba muy elegante, de ropa azul marino, corbata a la moda, sombrero lustroso y un pañuelo de seda que sacaba a cada momento, como para deslumbrarnos, dando importancia a su persona”. ORREGO LUCO, Luis. Rubén Darío. En *La Libertad Electoral*, Santiago, 20 y 21 de febrero de 1889.

“En *La Época*, diario de la mañana, que se imprimía en la noche, teníamos los redactores que ser noctámbulos a la fuerza. A las tres o cuatro de la mañana terminaban nuestras tareas. Una vez, estábamos Rubén Darío y yo, a las altas horas de la noche, en el antiguo Gage, que como usted sabe era un restaurante nocturno. Rubén, sentando frente a mí, daba vueltas en silencio, débilmente, el líquido contenido en una taza de té a la que yo le había invitado, y en su pálido y fatigado semblante pintábase una expresión de cansancio, de angustia, de hondo sufrimiento.

“Le pregunté:

“—¿Rubén, qué tienes, qué te pasa?”

“—Que estoy muy triste.

“—¿Y por qué esa tristeza?”

“—Porque el Certamen Varela va a cerrar las puertas para la admisión de composiciones en cinco o seis días más y yo no soy capaz de hacer nada para él. Y ¡yo que sería capaz tal vez de sacarme el premio de *El Canto Épico de las Glorias de Chile*!”

“—Y ¿por qué no te has presentado?”

“—Porque todos estos días he estado tan pobre que no he tenido dinero para comprar algún sustento poderoso que me encienda la imaginación, que me moviera los nervios, que los tengo muertos, que me despierte la intuición poética. Esto, continuó señalando desdeñosamente la pequeña taza de té que tenía al frente, no me sirve, no me excita nada.

- La elaboración y publicación en La Época de cinco de los nueve cuentos que formarían *Azul...*

Azul..., la obra que marca el inicio del modernismo, fue entonces una "obra chilena". Aquí se concibió, gestó y publicó, tras aparecer sus cuentos y poemas en distintos diarios y revistas. Rubén Darío le debe a Chile, por tanto, ese personal logro de su estética innovadora, y, aún más, su primera experiencia dentro de una sociedad moderna en la que tuvo que subsistir con la pluma como redactor de La Época de Santiago y colaborador de otras publicaciones periódicas.*

La importancia de esta experiencia queda de manifiesto en el prólogo de *Azul...* escrito por Juan Valera, en donde el español sostiene que:

"El libro *Azul...* no es en realidad un libro, es un folleto de 132 páginas; pero tan lleno de cosas y escrito por estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego, se conoce que el autor es muy joven: que no puede tener más de veinticinco años, **pero que los ha aprovechado**

"Comprendí; llamé al mozo y dirigiéndome a Rubén le pregunté:

"—¿Qué te sirves? ¡Pide lo que quieras!

"Sus ojos se animaron levemente. Pidió.

"—Una copa de whisky con soda.

"El mozo trajo la botella. ¡Rubén bebió en silencio, como quien toma una droga, varias copas... Después inclinó la cabeza y se abismó en sus reflexiones.

"De pronto alzó bruscamente la frente; sus ojos brillaban con intenso resplandor... Por fin, exclamó con fruición, llevándose las manos a las sienes:

"—¡Ya lo tengo todo aquí!

"Al día siguiente, estaba escrito el poema, que después obtenía el primer premio *ex aequo* en el Certamen Varela con nuestro poeta nacional don Pedro Nolasco Préndez.

"—Y ¿sabe usted, continuó Manuel, en qué gastó Rubén los trescientos pesos que le correspondieron como premio en dinero en el certamen? Pues, fue una librería donde se exhibía una hermosa agua fuerte de un pintor famoso que representaba una figura de mujer y, tras porfiado regatear, la compró". GANA, Federico. Rubén Darío anecdótico. En *Zig-Zag*, Santiago, 2 de diciembre de 1916.

- * "Lo que no se ha establecido es que la experiencia de Darío, transcurrida más en Santiago que en Valparaíso, significó el encuentro directo con la modernidad. Ésta no era solamente un proceso económico ni una visión cultural, sino que consistía en la experiencia histórica que mediaba entre uno y otra, centrándose en el desarrollo unificador de ese proceso y esa visión. **Tal desarrollo impulsaba, por un lado, las transformaciones objetivas de la sociedad desencadenadas por el advenimiento del mercado mundial capitalista y, por otro, los cambios subjetivos en la vida y personalidad individuales.** Y ambas dimensiones condicionaron a Darío durante los dos años, siete meses y dieciséis días de su período chileno". ARELLANO, Eduardo. *Azul...* de Rubén Darío: Nuevas perspectivas. Washington DC, OEA, 1993. Pág. 25 y ss.

maravillosamente, Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa muestra singular talento artístico o poético.

“Sabe con amor la literatura griega; sabe de todo lo moderno europeo. Se entrevé, aunque no hace gala de ello, que tiene el concepto cabal del mundo visible y del espíritu humano, tal como este concepto ha venido a formarse por el conjunto de observaciones, experiencias, hipótesis y teorías más recientes. Y se entrevé también que todo ha entrado en la mente del autor, no diré exclusivamente, pero sí principalmente, **a través de libros franceses**. Es más: en los perfiles, en los refinamientos, en los exquisiteces del pensar y del sentir del autor, hay tanto de francés, que yo forjé una historia a mi antojo para explicármelo. Supuse que el autor, nacido en Nicaragua, había ido a París a estudiar para médico o para ingeniero, o para otra profesión; que en París había vivido seis o siete años, con artistas, literatos, sabios y mujeres alegres de por allá; y que mucho de lo que sabe lo había aprendido de viva voz y empíricamente, con el trato y roce de aquellas personas. Imposible me parecía que de tal manera se hubiese impregnado el autor del espíritu parisiense novísimo sin haber vivido en París durante años.

“Extraordinaria ha sido mi sorpresa cuando he sabido que usted, según me aseguran sujetos bien informados, no ha salido de Nicaragua sino para ir a Chile, en donde reside desde hace dos años a lo más. **¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido usted asimilarse a todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que aúna y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia?(...)***

“Leídas las 132 páginas de *Azul...*, lo primero que se nota es que está usted saturado de toda la más flamante literatura francesa. Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey d'Aurevilly, Catulle Mendès, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y

* En esto se equivoca Valera. Darío sí tuvo ese influjo del medio ambiente: “En cuanto a impresiones imborrables le diré que las principales son de origen chileno: una suntuosa fiesta en cierto palacio particular, que contemplé desde la ventana callejera en Santiago, y un escaparate de joyería visto en la misma ciudad, y que me pareció la reproducción del jardín donde Aladino encontró su lámpara todopoderosa. La fiesta me fascinó tanto como escaparate, y a semejanza de mis primeros libros, también me sería fácil describirlos. ¡Cuántas heroínas creé y cuántas evocaciones femeninas hice después recordando las hermosas mujeres que vi pasar aquella noche danzando al son de pianos y violines! ¡Cuántas maravillas raras me hizo imaginar el escaparate de la joyería de Santiago!”.

novelistas han sido por usted bien estudiados y mejor comprendidos. Y usted no imita a ninguno: ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha resuelto todo; lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quinta esencia".*

Este encuentro resulta para el poeta dramático e inspirador, más aún si consideramos la diferencia conmovedora que la ciudad de los lujosos palacios y hermosos parques representa con el país centroamericano atrasado y colonial en el que había nacido, convulsionado por frecuentes revoluciones y donde la literatura no podía ser objeto de cuidados profundos.

"Cuando Darío embarca para Chile deja atrás una pequeña ciudad, Managua, y, conjuntamente, una cultura arcaica para la época, todavía predominada por la influencia española, como él señalará para toda América Central, impregnada de una ideología correspondiente a un orden feudal o artesanal y de una poética que se demora en el romanticismo o en las formas de un realismo idealizante (por contradictoria que parezca la fórmula). Encontrará una ciudad intensa, que está enriqueciéndose velozmente, que a pesar de su ubicación geográfica está en comunicación económica —y, por ende, cultural— con el mundo europeo, y que vive la exaltación que sigue a un gran triunfo: la Guerra del Pacífico. Encuentra al liberalismo en un momento exaltado de su entrada al continente hispanoamericano, que curiosamente tiene en el caso chileno una duración cortísima, menos de un decenio que va del fin de la guerra, en 1882, hasta la revolución de 1891 contra Balmaceda, período dentro del cual se sitúa la estadía de Darío y su obra".*

* Prólogo de Juan Valera al libro *Azul...*. En SAAVEDRA Molina, Julio. Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1939. Pág. 196 y ss.

* RAMA, Ángel. Rubén Darío y el modernismo. Alfadil Ediciones, España, 1985. Pág. 83 y ss. Tal parece que el rasgo general que compartieron los escritores que participaron del desarrollo de la revolución estilística en que consiste el modernismo, es la existencia de un "espíritu crítico" que coincide con la actitud formulada por Descartes de "no recibir nunca nada como verdadero si uno no conoce con evidencia que es así". Este espíritu crítico no podía sino existir en los regímenes liberales, como sostiene Julio Saavedra Molina.

"El modernismo en la literatura castellana, que en parte coincide con el simbolismo francés, no es tampoco en su espíritu revolucionario, en su actitud crítica, en su exaltación de la personalidad, un movimiento aislado, de sólo la literatura, sino de todas las actividades espirituales. Por eso, nos parece que, cuando bien se mira, se advierte que lo que se ha llamado modernismo en literatura no es otra cosa que lo que en política se llama liberalismo.

Es ese país, esa capital opulenta y maravillosa, que deslumbra y encandila, la que Darío describe con estas palabras:

“Santiago en la América Latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guardarropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la Colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El Palacio de La Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela, y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, el Municipal, y una catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática... Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca a París. Su mejor sastrero es Pinaud y su Bon Marché la Casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro envuelta en un manto que hace por el contraste más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es fría, y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fue Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del Cerro Santa Lucía. Éste es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones,

Pero, como el liberalismo político no es una doctrina uniforme en todos los países, porque las trabas hereditarias no son las mismas en cada sociedad, conviene hacer notar que dos rasgos son constantes en todas partes: el anhelo de reforma tendientes a obtener mayor justicia social, por el que se opone a los grupos conservadores, y la defensa de la libertad individual, por la que se distingue de los grupos socialistas.

“Los verdaderos precursores e inspiradores del modernismo serían, en tal caso, los filósofos de la libertad, desde el Renacimiento y la Reforma, hasta las revoluciones política de Europa y de América; y, en Chile, particularmente don José Victorino Lastarria. Confirma esta interpretación, a nuestro placer, la historia misma del modernismo literario, la cual corre pareja con la suerte de las ideas liberales: allí donde el liberalismo es acosado por el dogmatismo tradicionalista (por ejemplo, Chile después de la revolución de 1891) el modernismo se retarda; allí donde el liberalismo es sobrepujado por el marxismo (por ejemplo, España después de la Guerra Mundial) el modernismo retrocede y da lugar a nuevas manifestaciones poéticas”. SAAVEDRA MOLINA, Julio. Reseña de Azul en Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile. Ediciones de la Universidad de Chile, 1939. Pág. 140 y ss.

pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioscos, teatros, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad de mundo que en su centro tenga algo semejante, y por cierto muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura*. Santiago hace libros y frases, *nouvelles à la main*. Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yankee, *El Ferrocarril*; los demás son más dados al “mecanismo francés”. El *croniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanentemente información directa del extranjero. En las redacciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo trasandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata; o si no, se hacen traducir los artículos de la prensa europea que llega por el Estrecho. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Toma té como Londres y la cerveza como Berlín. Es artística, ama las gallardas estatuas y los cuadros valiosos. Cincela con Plaza, con Blanco, y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y tiene mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en el tiempo de conmociones. Es una ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurrente, aguerrido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de septiembre, la ciudad se engalana, llénase el Campo de Marte de soldados, va el Presidente a la revista en coche, tirado por cuatro caballos, precedidos de batidores, y en las calles se escucha el ruido de cascos y ruedas, de gente que pasa, y estruendo de parafernalias y clarines.”*

Con estas líneas, el inhibido joven que era Darío a su llegada a Chile —ya transformado exterior e interiormente—, retrató el proceso que estaba experimentando Santiago, marcado por el carácter de una sociedad refinada en que la relucía el lujo capitalista. Además de exterior, este lujo de la capital chilena era interior y lo promovían sus aristócratas:

“En otras palabras, se generaba en ella el proceso que Werner Sombart ha desarrollado en su obra *lujo y capitalismo*, advirtiendo las cuatro tendencias del lujo

* DARÍO, Rubén. Prólogo al libro *Asonantes* de Narciso Tondreau. En SILVA CASTRO, Raúl. *Obras desconocidas de Rubén Darío y no recopiladas en ninguno de sus libros*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1934. Pág. 281 y ss.

en la sociedad burguesa moderna: a la *interiorización* (o privatización, es decir, ya no tan público como doméstico); a la *objetivización* (más que en séquito improductivo, en objetos: adornos, alhajas, trajes); a la *sensualidad y refinamiento* (o satisfacer, antes que valores ideales, por ejemplo el arte, los instintos inferiores de la animalidad, la recreación de los sentidos, con los objetos suntuarios elaborados con materiales raros y costosos); y a la *condensación del tiempo* (o sea, a un aceleramiento del ritmo vital y a su consumo permanente y rápidos de los «bienes de lujo»).*

Numeroso tipos de esos “bienes” los descubrió el poeta nicaragüense en Chile. Por ejemplo, el Palacio Cousiño, cuya decoración ostentaba cuatro salas: la oriental, la helénica, la renacentisca y la versallesca. O el salón de su amigo Pedro Balmaceda Toro, A. de Gilbert, que coleccionaba en su cuarto “de joven artista”, bibelots y japerías, pequeños biombos chinos, bronce y miniaturas, platos y medallones, “todas las cosas que dan a conocer quién es el poseedor y cuál es su gusto”.**

A Darío todos estos elementos lujosos le estaba prohibido poseerlos. Sencillamente a causa de su *status* de marginado por el sistema —un periodista, un escritor— que ofrecía ya las características de la sociedad burguesa moderna, como lo ha señalado Rafael Gutiérrez Girardot. En su estudio sobre el modernismo, el pensador colombiano sostiene que la expansión del capitalismo y de la forma burguesa de vida fue una de las fuerzas propulsoras del modernismo en lengua española, y que tal expansión explica el auténtico cosmopolitismo de Darío y su inevitable europeización, aparte de la su integración en el fenómeno mundial de la secularización, que implica el “ensayo de nuevas creencias y mitologías” a partir de la “desmiraculización del mundo” o proceso “por el cual las partes de la sociedad y trozos de su cultura se liberan del dominio de las instituciones y símbolos religiosos”.***

* ARELLANO, Jorge Eduardo. *Azul... de Rubén Darío: Nuevas perspectivas*. Washington DC, OEA, 1993.

** DARÍO, Rubén. A. de Gilbert. En DONOSO, Armando. *Obras de juventud de Rubén Darío*. Santiago, Editorial Nascimento, 1924. Pág. 351.

*** GUTIÉRREZ GIRARDOT. *Modernismo*. Barcelona, Editorial Montesinos, 1983. Pág. 28.

Todas las características de esta sociedad que le provocaba limitaciones y sufrimientos, esos valores egoístas y utilitarios, el lujo y la riqueza, Darío los asimiló y trasmutó en *Azul...* Con esta obra respondió, se enfrentó, se realizó artística y lúcidamente. Mejor dicho: la "realidad chilena" que pesaba sobre su circunstancia vital quedó apresada, transcendida en los textos de esa obra moderna: suma creadora de esos días fundamentales, después de confrontar tenazmente con su trabajo los principios impuestos por la sociedad burguesa. En ese sentido, no fue un accidente ni obra del azar el que escogiese el cuento alegre del Rey Burgués para iniciar *Azul...*

Frente a esa sociedad, Darío reaccionó con una actitud ambivalente: celebrando y denunciando, al mismo tiempo, las transformaciones sin precedentes del mundo material y espiritual, rechazando tal sociedad que lo marginaba y reflexionando sobre ella que le deparaba no sólo libertad artística, sino también la posibilidad de nuevas y complejas experiencias, entre las que se cuenta su protesta de artista antiburgués configurada en "El Rey Burgués", en "La canción del oro" y en "El velo de la Reina Mab".*

Como lo sostiene Ricardo Gullón, no debemos olvidar que el tema principal de los cuentos de *Azul...* es el planteamiento, con nuevos matices, de la lucha del hombre contra la sociedad. "El poeta está en esos cuentos como personaje y como autor".** Y si en "El Rey Burgués" y en "La Canción del Oro" Darío no es otro, respectivamente, que el "pobre diablo de poeta" que muere de frío dando vuelta a un manubrio por orden del mecenas y el harapiento que, antes de marcharse "por la terrible sombra", comparte "su último mendrugo de pan petrificado" con una anciana limosnera, en "El velo de la Reina Mab" podría ser igualmente el escultor o el pintor, el músico o el poeta.*** Lo indiscutible es que estos cuatro artistas no encuentran asidero en la sociedad burguesa para emprender sus

* Ver *Infra*, Anexos: Antología Chilena, pág. 241.

** GULLÓN, Ricardo. Introducción a Rubén Darío: Páginas íntimas. Madrid, Cátedra Ediciones, 1979. Pág. 30.

*** Darío los identifica de esta manera:

"Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul". Ver *Infra*, pág. 246 y ss.

misiones y buscan refugio en los sueños. Sueños de arte y de gloria, cuya misión expresa en ese cuento de *Azul...*, el más optimista de los tres citados. “Yo escribiría algo inmortal, más me abruma un porvenir de miseria y de hambre”. Y Darío aporta una solución:

“Entonces la reina Mab, del fondo del un carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas”.*

El poeta se envuelve en el velo para perseverar en su vocación, se aferra a ese “velo de los sueños”, azul como el cielo, para proclamar que “en las buhardillas de los brillantes infelices” —¿o una mansarda miserable y pequeña en el edificio de La Época?—, sitios a los que la sociedad burguesa ha confinado al escultor y al pintor, al músico y al poeta, “se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farándolas alrededor del blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito”. Con esta pieza narrativa, Darío opone al rechazo de la sociedad burguesa una salida: la que el mismo manifestaría al final de su *A. de Gilbert*: “Yo tengo por únicos sostenes mis esperanzas, mis sueños de gloria”**. **



* *Ibidem.*

** DARÍO, Rubén. *A. de Gilbert*. Op. cit., pág. 410.

Las páginas que siguen intentan reconstruir, poniendo énfasis en los escenarios, personajes y relaciones, la primera estadía de Rubén Darío en Santiago (agosto 1886 a febrero de 1887, aproximadamente), en la que el poeta experimentó, como en ningún otro período de tiempo, el profundo choque de la vida moderna. Se trata de un acercamiento a la vida que Rubén Darío llevó en Chile, recuperando el contexto histórico, social y cultural de fines del siglo pasado. Es una invitación a conocer al Darío contradictorio y complejo, presentado no como un artista inalcanzable, sino como un hombre con defectos, que lucha por conquistar un lugar en la sociedad cerrada y altiva de la época de Balmaceda.

Mucho se ha escrito y analizado el tema de la importancia del período chileno en la obra de Rubén Darío. No es la intención de esta investigación redundar en ello. Busca sí, *demostrar* el cómo se fue generando esta umbilical relación del poeta nicaragüense con Chile por medio de una descripción, de una reconstrucción, lo más cercana posible, a los días que él caminó por las calles de Santiago en compañía de los jóvenes talentos que lo acompañaron en sus horas alegres y también en sus horas amargas, y que marcaron, en forma indeleble sus escritos. Sus actividades, sus costumbres, sus conversaciones... Todo lo que forma la vida diaria de una persona, de un joven de veinte años que aquí encontró la inspiración para muchos de sus mejores escritos.

Los personajes que el lector encontrará en estas páginas son reales. Existieron hace ya más de ciento diez años. La reconstrucción de sus características físicas, de su personalidad, se realizó luego de una cuidadosa investigación historiográfica en diarios y artículos de la época y, en la mayoría de los casos, con el apoyo de sus descendientes, quienes facilitaron generosamente sus cartas y papeles personales. Aprovecho de agradecer a los profesionales del Museo Histórico de Chile, de la Biblioteca Central y del Archivo Fotográfico de la Universidad de Chile, por su ayuda desinteresada.

**DARÍO EN CHILE:
UN CUENTO ALEGRE**

*“Y tuve hambre de espacio
y sed de cielo...”*



*“Y tuve hambre de espacio
y sed de cielo...”*

✱

✱ ✱

“Ruido de tren que llega, agitación de familias, abrazos y saluciones, mozos, empleados de hotel, todo el trajín de una estación metropolitana. Pero a todo esto las gentes se van, los coches de los hoteles se llenan y desfilan y la estación va quedando desierta. Mi valijita y yo quedamos a un lado, y ya no había nadie en aquel largo recinto, cuando divisó dos cosas: un carruaje espléndido con dos soberbios caballos, cochero estirado y valet, y un señor todo

envuelto en pieles, tipo de financiero o de diplomático que andaba por la estación buscando algo. Yo, a mi vez, buscaba. De pronto, como ya no había nada que buscar, nos dirigimos el personaje a mí y yo al personaje. Con un tono entre dudoso, asombrado y despectivo, me preguntó:

“—¿Sería usted acaso el señor Rubén Darío?

“—¿Sería usted acaso el señor C. A.?

“Entonces vi desplomarse toda una Jericó de ilusiones. Me envolvió con una mirada. En aquella mirada abarcaba mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera larga, mis ojeras, mi jacquecito de Nicaragua, unos pantaloncitos estrechos que yo creía elegantísimos, mis problemáticos zapatos y sobre todo mi valija. Una valija indescriptible actualmente, en donde por no sé qué prodigio de comprensión, cabían dos o tres camisas, otro pantalón, otras cuantas cosas de indumentaria, muy pocas, y una cantidad inimaginable de rollos de papel, periódicos, que luchaban apretados por caber en aquel reducidísimo espacio. El personaje miró hacia su coche. Había allí un secretario. Lo llamó. Se dirigió a mí:

“—Tengo, me dijo, mucho placer en conocerle. Le había hecho preparar habitación en un hotel que le hablé a su amigo Poirier. No le conviene.

“Y en un instante aquella equivocación tomó ante mí el aspecto de la fatalidad y ya no existía, por los justos y tristes detalles de la vida práctica, la ilusión que aquel político

*opulento tenía respecto al poeta que llegaba de Centroamérica. Y no había, en resumidas cuentas, más que el inexperto adolescente que se encontraba allí a caza de sueños y sintiendo los rumores de las abejas de esperanza que se prendían a su larga cabellera”.**

✱

✱ ✱

La enorme mesa de redacción del diario La Época se encontraba, como de costumbre, cubierta de papeles y recortes de revistas y periódicos extranjeros. En medio de aquel desorden, y sostenida por un milagro de equilibrio, se alzaba una auténtica torre formado por los sombreros de los presentes, un grupo animado de jóvenes que conversaba y reía bajo la atenta mirada de una hermosa reproducción de la Venus de Milo que presidía la reunión. Mientras Luis Orrego Luco intentaba corregir los sueltos de gacetilla que debían ir en la crónica del día siguiente —tarea que se veía hartamente dificultada por los elevados decibeles que estaba alcanzando la charla—, Alberto Blest Bascuñán se entretenía en leer en voz alta los chascarrillos del Fígaro, intercalando de tanto en tanto irónicos comentarios con los que descueraba a la mitad de Santiago. La otra mitad era ocupación del resto de los concurrentes.

—¡Ah! ¿Pero si no es don Vicente Grez? —exclamó Luis Orrego al ver a un señor bajo, de ojos pequeños y penetrantes, sonrisa simpática y patillas pronunciadas, que acababa de subir la angosta escalera que llevaba a la estrecha habitación, de techo bajo y ventanas que daban a la calle Estado, en la que se encontraba la sala de redacción de La Época, esquivando de paso a los pequeños suplementeros que dormían hechos en ovillo escalón por medio, y hacía su entrada al salón con una flor en el ojal y balanceando su bastón.

* DARÍO, Rubén. Autobiografía. Op. cit.

—El mismo que viste y calza, mi estimado —respondió con su habitual tartamudeo Grez—. Aunque no gracias al insolente dependiente de la tienda El Canario del Pasaje Matte donde acostumbro comprar algunos de mis objetos personales. ¿Hábrase visto, señor mío, mayor impertinencia? Pedí unos guantes gris perla de mi número y como se habían terminado el tunante no encontró nada mejor que ofrecerme un paraguas.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó divertido uno de los presentes.

—Bueno, le dije que yo tengo un primo que toca la flauta al cual podía interesarle el dichoso paraguas.

Fuertes carcajadas celebraron la ocurrencia de Grez, quien tomó su lugar en el ruedo de alegres contertulios.

—Mi señor poeta Préndez, ya sabía yo que lo encontraría por estos rumbos —dijo el recién llegado a un joven que usaba una melena bohemia, tal vez la única de Santiago—. Tengo el desagradable deber de hacerle presente unas ciertas quejas que en contra suya ha proferido aquella “honorable dama” que le presenté el otro día. ¿La recuerda usted? —señaló, dando a la frase un indescriptible tono malicioso, mientras intercambiaba una mirada de inteligencia y un imperceptible guiño de ojos con el interpelado.

—Pero hombre, ¿cómo pudo haber sido eso? —pregunto con fingida inocencia Pedro Nolasco Préndez.

—Señor mío, debo decir que la cosa fue harto desagradable, y si no tuviera por usted una consideración tan profunda, me habría visto obligado a dar por terminada nuestra amistad por dejar mal puesto mi nombre frente a esta “dama”. ¿Quieren ustedes saber lo qué pasó? Pues bien, fui el otro día a visitar la casa de la “señora” de quien les hablo con nuestro amigo Préndez. Saludos, presentaciones, atenciones correspondientes y luego de una amena y larga charla, nos

despedimos. Hasta aquí, la cosa iba bastante bien. Pero al día siguiente me encontré con la “dama” en cuestión, quien me increpó duramente por la conducta de mi amigo aquí presente: “¡El miserable! —así dijo ella— no dejó ni un peso, después de beber y divertirse por cuatro”, reclamó. “¡Ah!, le respondí, ¿es que te ha tomado por señorita!”.

La historia hizo el regocijo de los oyentes, quienes comentaron sus detalles y se burlaron de Pedro Nolasco Préndez por su falta de “delicadeza”. ¿Cómo podía el poeta Préndez haber faltado a la costumbre de agradecer con una ofrenda generosa las atenciones y comida con que la “dama” le había homenajado? Tampoco agradeció como es debido las zamacueca que debe haber bailado de pata en quincha. Bien merecidas se tenía entonces las quejas de la tal “señora”, dueña de una casa bastante condescendiente, por decir lo menos.

—Y bien, señores míos. La charla está muy agradable, pero yo vine, además de disfrutar el placer de vuestra compañía, a ver a mi amigo el señor don Eduardo Mac-Clure. Supongo que está en su oficina —dijo Grez al tiempo que dejaba su sitio en el grupo de contertulios.

—El director Mac-Clure está reunido con Manuel Rodríguez Mendoza y con un extranjero que creo viene a formar parte de La Época —advirtió Luis Orrego, Jefe de Crónica del matutino.

—¿Carne nueva para La Época? ¿Quién es?

—Es un poeta extranjero, por lo que nos dijo Manuel. Se llama Rubén Darío.

—¿Rubén Darío? No lo había escuchado antes. Suena sugestivo, por lo demás. ¿Es su nombre verdadero?

—No lo sé. Pero ya sea su nombre de bautismo o un feliz seudónimo mezcla de israelita y persa, hay que reconocer que es un bonito apelativo y muy original.

Tampoco tengo mayores noticias de él. Estábamos ayer sentados en esta misma mesa de redacción cuando Manuel levantó la cabeza, alzó su pluma y nos dijo con esa voz grave y pronunciación enfática que le caracterizan: “Mañana tendremos entre nosotros un nuevo compañero que viene a unirse a nuestro diario. Acaba de llegar de Valparaíso y trae cartas de Edwards para Eduardo Mac-Clure y Carlos Toribio Robinet. Viene de Centroamérica, recomendado por el General Cañas, antiguo Ministro de El Salvador en Chile y gran poeta. Su nombre es Rubén Darío. Me parece que viene huyendo, unos dicen que por lances de amor, otros por persecuciones políticas”.

—Parece ser un interesante personaje —comentó Vicente Grez—. Bueno, ya habrá tiempo para conocerle mejor. Mientras no resulte un pícaro conservador como aquel periodista endiablado que Dios tenga en su santa gloria —señaló persignándose—, con el que crucé algunas palabras en los años en que era cronista de La República, hace algún tiempo ya...

—¿Así es que tuvo un pleito en el campo de las letras, don Vicente?

—¿Pleito? Nada de pleitos ni polémicas, señor mío. El pobre se encontraba en cama enfermo y yo sólo comuniqué a los lectores que el distinguido colega y escritor Rómulo Mandiola se encontraba atacado por el *oidium*: como el hombre era aficionado al alcohol, no podía sino estar afectado de una enfermedad, o peste, mejor dicho, propia de las viñas. Ahora, si me disculpan, estimados amigos, tengo un asunto pendiente que me obliga a abandonarlos. Un pariente mío que ustedes no conocen requiere de mis servicios como “matasuegras”. Qué va, el amor antes que todo. Díganle por favor a don Eduardo Mac-Clure que pasaré a verlo más tarde. Hasta la vista y buena vida, caballeros.

Escasos minutos pasaron desde que Vicente Grez abandonara la sala de redacción cuando apareció Manuel Rodríguez Mendoza, segundo redactor de La Época, buscando a Maqueira, el administrador del diario. Orrego Luco se le acercó para preguntarle por el recién llegado, por Rubén Darío.

—Ahora está en la pieza de la escalera. Es la única disponible, así es que ahí alojará a partir de hoy.

—¿Y qué te ha parecido?

—Un indio triste. No he hablado con él a solas, pero a Mac-Clure no le causó buena impresión —respondió Rodríguez Mendoza mientras miraba a su alrededor buscando algo—. Lucho, ¿has visto al gordo Maqueira? Necesito que acompañe a Darío a la Casa Francesa. El director quiere que se le compren ropas nuevas. Las que tiene no sirven.

Momentos después, y vencidos por la curiosidad, Lucho Orrego y algunos otros atravesaban el corredor oscuro y el patiecito de motor del diario y penetraban en la humilde covacha que servía de asilo al recién llegado. Estaba de espaldas a la puerta, sentado sobre una vieja maleta remendada y con clavos de cobre, hojeando diarios franceses y tiritando de frío. Al escuchar el ruido hecho por los visitantes, el extranjero se puso de pie y se volvió: era medianamente alto, delgado, de apariencia débil y traza decaída; piel cetrina, ojos pequeños y brillantes; frente amplia, nariz aplastada; barba escasa, cabellos lacios y muy negros, boca grande. Tenía una expresión de triste melancolía en su rostro, la que se acentuó aún más cuando esbozó una mueca que parecía ser una sonrisa al estirar la mano para saludar: —Buenas tardes, Rubén Darío, para servirles.

Hablaba pausadamente, con voz suave y agradable; sin embargo, su aspecto era adusto y taciturno. La mirada de los ojos pardos tenía una indefinible expresión de desconfianza, la que se transformó en sorda molestia por su orgullo herido al sorprender las rápidas ojeadas que cruzaron sus visitantes al reparar en la inverosímil vestimenta del poeta extranjero, compuesta por un pantalón a cuadros plomos con los que las leyes que regían la moda se mostrarían implacables, y una exótica levita presbiteriana de una abotonadura, indumentaria que contrastaba gravemente con el atuendo de los elegantes intelectuales que tenía enfrente: chaqué cerrado y ceñido al cuerpo, corbata de seda de colores claros prendida con un alfiler de

diamantes y alto cuello de guillotina. El forastero pareció perder interés en sus visitantes y sus ojos comenzaron a vagar observando el escaso mobiliario que lo rodeaba, para luego fijarse en el pequeño trozo de bullente vida que se desenvolvía afuera, en la antigua calle del Rey, y que se filtraba a través de la diminuta ventana de la mansarda. Pero un examen atento de aquellos ojos pequeños de rasgos nipones, hubiera bastado para darse cuenta que más que explorar el exterior, esa recelosa mirada se había perdido en las inmensidades de su mundo interno, inaccesible para los extraños.

—Al fin nos conocemos, señor Darío. Estoy seguro que hablo por mis compañeros cuando digo que es un gusto tenerlo entre nosotros —saludó formalmente Luis Orrego Luco, terminando un breve pero incómodo silencio—. Nos gustaría saber más de usted, si no es una indiscreción preguntar, como por ejemplo de dónde viene, y cuáles son las razones que lo llevaron a venir a nuestro país.

—Nací en Nicaragua, pero viví un corto tiempo en El Salvador —respondió Darío, tornando a revisar los diarios franceses que se amontonaban en un rincón del diminuto cuarto. Hablaba con dificultad, pronunciando muy bien las palabras, cortando, machucando la frase. Su fisonomía inmutable daba a entender claramente que se encontraba poco dispuesto a hacer confidencias. Respondió con evasivas y frases cortas a las interrogantes formuladas por Orrego Luco y los otros. Sí, venía de Valparaíso, donde había colaborado con los diarios La Unión y El Mercurio, y tanto en su Nicaragua natal como en El Salvador había practicado el oficio de periodista. También había publicado un pequeño libro de poemas, que traía en su equipaje, pero que no quiso enseñar. ¿Qué por qué vino a Chile? Ésa es una triste historia, dijo, una dolorosa desilusión que tal vez contaré algún día.

Los amigos abandonaron algo contrariados la habitación de Darío, sin saber qué pensar del extraño forastero, abandonándolo a su obstinada entretención de hojear revistas extranjeras. Mientras deshacían el camino hacia la sala de redacción, se cruzaron con el gordo Maqueira, el administrador del diario, quien venía a cumplir la orden dada por el director Eduardo Mac-Clure de llevar a Rubén

Darío a comprar ropa nueva para que su figura no desentonara con la rica y extravagante decoración de La Época, ni con las elegantes vestimentas de sus redactores y de los numerosos visitantes que concurrían a todas horas a conversar y recoger las últimas noticias.

En la sala de redacción del diario, en tanto, reinaba la agitación característica del cierre de la edición del día siguiente. Los periodistas escribían apresurados los últimos párrafos de gacetilla, recortaban las novedades y noticias destacadas de diarios extranjeros, seleccionando artículos y correspondencia de Jules Simon o Gladstone, mientras el Jefe de Crónica corregía los párrafos más importantes y delicados, y el segundo redactor de La Época daba los últimos toques a la editorial política correspondiente, a la par que remataba algún terrible artículo de ataque de acuerdo a los puntos de vista de los monttinos. Faltaban escasos días para la proclamación como Presidente de la República de José Manuel Balmaceda, el candidato liberal triunfante, y el ambiente político se encontraba todavía enrarecido por la reciente campaña electoral, cuyas incidencias y curso habían sido ampliamente discutidos por los miembros del partido de gobierno en la oficina de Eduardo Mac-Clure, un salón espacioso ubicado en el segundo piso del antiguo edificio de calle Estado 34B que albergaba las oficinas de La Época, decorado extravagantemente con cortinas y tapices orientales por su dueño, asiduo lector de los libros de Pierre Loti. Las elecciones no habían sido fáciles, y uno y otro bando había recurrido a las artimañas más increíbles —amparadas y permitidas por la legislación vigente— para asegurar el triunfo: naturalmente, no se inscribía sino a los amigos, poniendo todo tipo de trabas a los contrarios, haciendo pasar por electores hasta a los animales de los fundos —que claramente no cumplían con las exigencias de saber leer y escribir que, entre otras, establecía la Ley Electoral— e instalando ingeniosas urnas móviles en coches que huían misteriosamente cuando los adversarios aparecían. Pero la campaña había terminado, y el Palacio de La Moneda se aprestaba a cambiar de inquilino, mientras el país intentaba volver a la calma en aquellos días en que el mes de julio de 1886 llegaba a su fin y agosto comenzaba a apropiarse del calendario.

Sentado en su pequeña oficina, Manuel Rodríguez Mendoza estaba concentrado corrigiendo las pruebas de imprenta de la edición de La Época del día siguiente. Sacó su reloj de bolsillo y lo observó: la una de la mañana y veinte minutos. Ya le parecía haber escuchado hace un rato la campanada del reloj del salón, pero la conversación animada y las risas que se habían reiniciado apenas concluidas las tareas de redacción y corrección de los contenidos del diario apenas lo dejaban escuchar sus propios pensamientos.

—¡Maqueira! —llamó Manuel Rodríguez. Esperó unos momentos, y al no obtener respuesta, se levantó y abrió la puerta de la oficina—. ¡Maqueira, hombre, dónde te metiste!

—El gordo Maqueira no anda cerca, don Manuel —respondió Cartajena, el encargado de pagar los sueldos del diario, personaje incorruptible que era el sufrimiento de todo el personal, ya que guardaba como el mejor guardián la llave de la caja y se negaba terminantemente a abrirla en medio del mes para hacer adelantos—. Hace rato lo vi con el caballero extranjero, cumpliendo un mandado de don Eduardo. ¿Lo puedo ayudar en algo?

—Sí, Cartajena. Lleva las pruebas de la edición de mañana donde los muchachos y que comiencen la impresión inmediatamente. Después anda a la pieza de la escalera, donde se aloja el señor Darío y dile que deseo conversar con él y que por favor pase a verme.

Rodríguez Mendoza volvió a entrar a su oficina, se sentó y cerró los ojos suspirando larga y cansadamente. A sus oídos llegaban retazos de la animada conversación que recién comenzaba en el salón donde reinaba la desnuda y pálida diosa romana del amor. Reconocía en el murmullo de la charla los comentarios sarcásticos tan característicos de Luis Orrego Luco que describían a cierto conocido que de tanto en tanto aparecía en el edificio de calle Estado; las inconfundibles expresiones en francés de Alberto Blest Bascuñán, hijo del destacado novelista y actual representante de Chile en Francia; los rápidos e incisivos juicios de Carlos Luis

Hübner, chispeante periodista a quien perfectamente se le podía aplicar aquello de que “no tenía facilidad para hablar, sino dificultad para estar callado”; las salidas de Vicente Grez, el ingenioso tartamudo, a quien la abundancia de chistes y de ideas trababan la lengua... Y esa risa tan conocida, ¿no era acaso la de su viejo amigo Samuel Ossa Borne? El querido Samuel, con quien formó una sociedad literaria que celebraba sesiones dominicales en la biblioteca del Cerro Santa Lucía, las que terminaban en higiénicos ejercicios de natación en el estanque que el conquistador de Santiago, don Pedro de Valdivia, domina desde su glorioso pedestal. La tertulia parecía estar completa, como tantas otras noches, en las que la intelectualidad joven —y algunos no tanto— se reunía a conversar sobre arte, literatura, política y asuntos económicos en voz muy alta para sobreponerse al sonido monótono y mecánico de las imprentas de La Época.

El segundo redactor del matutino estiró sus entumecidos miembros y abrió los ojos para observar nuevamente su reloj: faltaban pocos minutos para las dos de la mañana. La reunión duraría por lo menos hasta las cuatro, si es que los siempre bien dispuestos asistentes no discurrían armar una excursión nocturna a alguna discreta y perdida casa de cena o a donde Gage. ¡Buenos muchachos aquellos! Los había reclutado para dar a La Época el carácter literario innovador que hoy la distinguía. Formaban parte de un tipo muy singular de bohemia que florecía por entonces en Santiago, que tenía horror a la melena, llevaba elegante frac y corbata blanca, fumaba Águilas Imperiales, derrochaba ingenio a manos llenas —¡qué va! no siempre había dinero— y contemplaba la vida sonriendo. Él mismo calzaba perfectamente en esa bohemia dorada de sombrero de pelo y guante fino. Era hábil dibujante y apasionado por todo lo relacionado con las bellas artes, área en la que se distinguía como brillante crítico. Respetuoso de las más mínimas normas impuestas por la etiqueta y la buena educación, culto, bien vestido: sus pantalones no conocían rodilleras, sus corbatas eran siempre correctas, su vestimenta no toleraba mancha ni arruga alguna. Era un gran señor, estudioso e inquieto, sin celos ni dobleces, que inspiraba respeto a cuantos lo conocían; inteligencia privilegiada que se encontraba al día en todo lo relacionado con las últimas novedades de la literatura francesa, española e inglesa.

Una leve carraspera lo sacó de su letargo. No se había dado cuenta cuando el gordo Maqueira entró a su oficina por la puerta que él mismo había dejado entreabierta unos momentos atrás. Se enderezó en la silla y apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, suspirando fatigosamente:

—¿Qué pasa Maqueira? Cartajena ya entregó las pruebas a los muchachos y la edición de mañana está imprimiéndose. Puedes retirarte si quieres.

—Don Manuel —respondió titubeando el administrador de La Época—, acá afuera está el señor Darío, como usted quería. ¿Lo hago pasar?

Darío, Darío. Manuel Rodríguez Mendoza tardó unos momentos en entender a quién se estaba refiriendo el gordo Maqueira. Sus pensamientos estaban muy lejanos del poeta extranjero que Eduardo Mac-Clure le había presentado hacía escasas horas. Y ahora, en un segundo, recordó la extraña figura del forastero y los monosílabos con que había respondido las preguntas del director del diario. Rubén Darío, ahora lo recordaba perfectamente.

—Está bien, que pase —respondió. Maqueira se dio media vuelta para salir en busca del forastero, además que fue interrumpido por una inesperada exclamación de Rodríguez Mendoza: —¡Espera, hombre, espera un momento! Dime, ¿cumpliste la orden del director Mac-Clure de cambiar el aspecto del nuevo periodista?

—Bueno, don Manuel, lo llevé a la Casa Francesa a comprar ropa nueva tal como me lo mandaron usted y don Eduardo. Quedó mejor que como venía, eso se lo puedo asegurar.

—¿Y cómo se portó? —quiso saber el segundo redactor de La Época.

Maqueira se rascó su enorme cabeza como si la respuesta a la interrogante fuera un gran problema y no supiera bien que contestar:

—Eh... Verá usted, don Manuel, parece que el señor Darío no es muy dado a la conversación. Yo creí que estaba aburrido. Le llamaron la atención, eso sí, las fachadas de los palacios de la calle Dieciocho, a donde lo llevé para que conociera un poco Santiago. Observó todo, deteniéndose de tanto en tanto para apreciar mejor las vitrinas de los edificios comerciales de calle Huérfanos y varias veces se dio vuelta a mirar a las señoras que a esa hora paseaban acompañadas de sus madres por la Alameda de las Delicias con sus rostros cubiertos por el tradicional manto. Ahí fue cuando murmuró unas palabras que no entendí muy bien, algo así como que parece una escultura hecha en mármol de... de... Calera...

—¿No sería por casualidad Carrara, Maqueira?

—Carrara, eso es, mármol de Carrara..., y con negra vestidura.

—Esta bien, Maqueira, gracias. Hazlo pasar.

Mientras el administrador salía a buscar a Darío, Manuel Rodríguez Mendoza no pudo evitar una sonrisa frente a la historia de Maqueira. Bien adelantado había resultado el poeta centroamericano. ¡Llevaba pocas horas en la capital y ya estaba trazando versos sobre la mujer chilena! Buen dar con el señor Darío: “Parece una escultura hecha en mármol de Carrara y con negra vestidura”... Le parecía ver a las gallardas santiaguinas caminando por la antigua Cañada, regalando a algún dichoso mortal que se cruzaba en su camino una mirada de sus ojos oscuros. Tal parece que las recomendaciones de Edwards y del general Cañas no eran simples palabras escritas por cumplir. Suspiró nuevamente: sería interesante trabajar con este Darío.

—El señor Rubén Darío —anunció Maqueira.

Rodríguez Mendoza levantó la vista. Frente a él se encontraba el poeta extranjero, de toscas facciones y ojos vagos y errantes. Se veía incómodo y cohibido dentro de aquellas ropas que gritaban al recién salido de la tienda: la camisa no se ajustaba al cuello flaco y moreno, la chaqueta, demasiado estrecha, y las mangas, un poco

cortas, lo hacían parecer más alto de lo que realmente era. Tampoco lo acomodaban los zapatos, que le hacían un poco complicado el andar. Sin embargo —y en este punto Rodríguez debió coincidir con el gordo Maqueira—, su apariencia era bastante más aceptable que cuando llevaba la exótica levita presbiteriana de una abotonadura color café y los transeúntes detenían su distraído pasear para observar con más detenimiento la extraña aparición que avanzaba con paso flexible por la antigua calle del Rey cargando una vieja maleta con clavos de cobre.

Darío respondió con un saludo retraído la bienvenida de Rodríguez Mendoza, quien le ofreció asiento con un ademán disculpándose por la estrechez de la habitación y la incomodidad de la silla. Quedaron sentados frente a frente, apenas separados por el pequeño escritorio atiborrado de papeles, esforzándose para que las largas piernas de ambos no chocaran debajo de la mesa. Tras un corto silencio, en el que Rubén Darío aprovechó de examinar a hurtadillas a su interlocutor, Manuel Rodríguez habló:

—Más tarde lo llevaré al salón de redacción, que creo ya conoció en la tarde, para presentarlo formalmente al personal del diario y a otros caballeros que se reúnen a estas horas a conversar. Ya se habrá dado usted cuenta de que La Época no es un periódico a la usanza tradicional. No señor, acá también se aprende a debatir ideas sobre diversas materias, especialmente literatura. Creo que será una buena experiencia para usted.

Rodríguez hablaba con frases rápidas resaltadas por los movimientos nerviosos de sus manos. Había franqueza en su voz y en su trato, lo que desarmó la desconfianza propia del carácter de Rubén Darío. El recelo fue cediendo su lugar a la timidez, también característica, la que no le impidió responder las preguntas que el segundo redactor de La Época le hacía, en las que se reconocía el interés sincero antes que la simple curiosidad. ¿Se sentía cómodo en el diario? ¿Cuáles eran sus proyectos en Chile? ¿Cuáles sus intereses? Darío habló poco, con frases cortas, pero sin reticencia, sobre sus primeras impresiones en la capital de Chile. Dijo haber salido

de su patria en busca de nuevos horizontes, de un país más vasto, más floreciente, más rico, en el que su talento pudiera desarrollarse mejor. Pero cuando se refirió a sus gustos literarios, su faz se iluminó: había vivacidad en la voz, animación en los ojos, arranques de buen humor. Se declaró admirador de Hugo y Musset, cuyas poesías conocía de memoria. Por sus palabras, Manuel Rodríguez Mendoza comprendió que el joven poeta forastero había leído a los clásicos españoles, griegos y latinos, y sabía más de gramática que muchos de los integrantes de la elegante juventud intelectual que reía y dialogaba animadamente en el salón de redacción. “Talento en bruto”, pensó.

—Rubén, permítame ofrecerle desde este momento mi apoyo y amistad sincera. No lo tome a mal, y disculpe la familiaridad, pero déjeme decirle que nuestra sociedad muchas veces es cruel. Todavía no hemos podido dejar de lado los valores y prejuicios aristocráticos heredados y mantenidos desde la Colonia. Por eso, no debe hacer mucho caso de aquellos que valoran la ascendencia, el apellido, incluso antes que el dinero. Aquí encontrará buenos compañeros, pero debe estar preparado. Yo también vivo aquí, así es que pasaremos mucho tiempo juntos y confío en que llegaremos a ser grandes compañeros y amigos. Su trabajo consistirá en hacer la crónica de los sucesos del día, pero como usted es poeta, y La Época es un diario que además de noticias publica artículos literarios, bien puede darse la oportunidad... Ya veremos.

Manuel Rodríguez Mendoza se levantó y extendió su mano a Rubén Darío, quien la estrechó con reconocimiento. Era la primera persona que lo trataba como un igual desde su llegada a Santiago. Había sentido dolorosamente en su orgullo y aspiraciones las miradas curiosas que lo seguían en la calle y luego en las oficinas de La Época. Al principio pensó ingenuamente que eran muestras de admiración del público, un homenaje a la calidad de sus escritos publicados en El Mercurio de Valparaíso, y cuya fama de seguro lo había precedido. Pero no tardó en darse cuenta que las sonrisas maliciosas y los gestos de conmiseración eran provocados por su atuendo, tan penosamente diferente al que llevaban quienes lo observaban con extrañeza. Recordó el frío recibimiento en la Estación Central, la sorpresa y

desilusión pintada en el rostro de su elegante anfitrión, y cómo en vez de ocupar una habitación en el Hotel Inglés, el mejor de la capital, pasó la noche en otro llamado Ambos Mundos, bastante más humilde. Por eso agradeció la velada advertencia que el segundo redactor del diario le había hecho con tanta delicadeza: “Todavía la sociedad chilena no ha podido dejar de lado los valores y prejuicios aristocráticos heredados y mantenidos desde la Colonia. Por eso, no debe hacer mucho caso de aquellos que valoran la ascendencia, el apellido, incluso antes que el dinero”. ¡Ah!, comprendía perfectamente a lo que se refería Manuel Rodríguez Mendoza: lo había vivido en carne propia.

—Rubén, vamos ahora al salón contiguo, donde le presentaré a lo más escogido de nuestra juventud intelectual. ¿Escucha usted el zumbido alegre de la conversación? En La Época se debaten las ideas con ideas, se comentan las últimas novedades, se conoce gente interesante. Ahora usted formará parte de esta tertulia.

Ambos mozos salieron de la pequeña oficina rumbo al salón donde se encontraba la gran mesa de redacción del diario La Época. A medida que se acercaban, Darío pudo distinguir con mayor claridad trozos de la charla que se desarrollaba, interrumpida de tanto en tanto por risas, declamaciones y una voz agradable que cantaba algún trozo de opereta en francés.

—... y según dicen, es muy posible que Sarah Bernhardt actúe en el país.

—No estaría mal que la divina Sarah pasara por estos lados para representarnos algún drama, que espero no será parecido a aquella obrita de Barainca “¡Viva Chile! o ¡Mi patria y amor!”. Ustedes deben recordarlo. Santiago en masa asistió al estreno, y lloró con la muerte de todos los personajes, incluido el apuntador, al que tuvieron que sacar en coche a la asistencia pública. Y eso me hace recordar a otra grande artista, la Ristori, sobre quien escuché una historia muy interesante de boca de mi amigo Augusto Orrego Luco, hermano mayor de nuestro talentoso Jefe de Crónica aquí presente, mi señor don Luis —dijo Grez parodiando el tratamiento de los monttinos, al tiempo que hacía una venia al joven periodista, quien le respondió

convenientemente con una breve inclinación de cabeza—. Era una función del Teatro Municipal con la Ristori como Medea. Al final del primer acto, el público se levantó para ofrecerle una ovación impresionante. El Presidente de la República de entonces, don Federico Errázuriz Zañartu, desde el palco próximo a la escena, era uno de los que aplaudía con más entusiasmo a la actriz. De pronto, la Ristori se volvió a él y arrodillándose le dijo: “Excelencia, en este día para mí inolvidable, pido a su corazón magnánimo de gran gobernante un servicio que comprometerá eternamente mi gratitud. Suplico que le conceda la gracia al reo condenado a muerte que espera su pronta ejecución... que se le otorgue la vida”. El Presidente escuchaba mudo, sorprendido por la imprevista petición de la actriz. Al concluir la representación, un secretario se presentó ante ella, llevándole la copia del indulto ya firmado por Errázuriz.

—El arte es tan grande como la vida— exclamó alguien.

—En lo que dice el caballero hay mucha razón —terció la voz castiza de Carlos Toribio Robinet, hombre de baja estatura, delgado, de complexión sólida y muy moreno—. Hay que sentir orgullo por dedicarse a las bellas artes, a la pintura, a la literatura, a la escultura, y comprender lo sagrado de la misión que tiene por delante el artista, aunque la vida no sea fácil y a la pingüe paga deba sumársele por fuerza algún pobre sueldo de empleado fiscal para asegurar la sobrevivencia. Dice Campoamor: *“En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira. Todo es según el color del cristal con que se mira”*. El cristal del artista debe ser el más bello, pero también el más doloroso de todos.

—Buena reflexión, amigo Robinet. Tal parece que muchas veces el talento se encuentra hermanado con el sufrimiento. Sin ir más lejos, ahí tenemos al pobre Domingo Arteaga Alemparte, muerto por amor. Perdió la cabeza por una dama, y no pudo ver coronados sus esfuerzos, pues la dama de sus pensamientos no tenía afinidad ninguna con él. Después de haberle implorado por centésima vez, desesperado y perdida toda esperanza, fue a caminar sin rumbo por la Alameda. Eran más de las dos de la mañana de una fría noche de invierno. Domingo era

débil y enclenque por naturaleza, lo que se vio acentuado por una afición a la bebida a causa de su desconsuelo. Contrajo pulmonía, y a la semana dejaba este mundo. Lo que hace aún más triste esta historia es que la mujer por la que Domingo murió es una vieja gorda y ridícula que cuando camina por la calle se mueve como fragata de tres puentes.

—El hermano de Domingo, Justo, fue un escritor formidable, ácido; sus frases eran certeras, precisas. Introdujo un estilo nuevo dentro de la literatura castellana. Además, era un ingenioso y terrible contrincante. Recuerdo que una noche íbamos juntos en coche al Teatro Municipal, durante las festividades patrias, cuando un atrevido oficial de policía montado a caballo pretendió impedirnos el paso, señalando que debíamos tomar otro camino. Justo se enfureció, y comenzó a discutir con el policía, quien se insolentó. “Apéese del caballo, le gritó Justo. No estoy acostumbrado a tratar con dos animales al mismo tiempo”. ¿Y saben qué? Pues que el policía se desmontó en ese mismo instante.

—En cuanto a los que contaba mi amigo Vicente, conocer a los héroes de las tragedias amorosas puede ser causa de grandes desilusiones. Una vez me contó el gran actor español Rafael Calvo que cuando le presentaron a la amada de Gustavo Adolfo Bécquer quedó francamente aterrado. Era una mujer fea y nada simpática, y emparentada por desgracia, no con la rancia nobleza, sino con alguna familia de marmitones. A Calvo no le cabía en la cabeza que el poeta dedicara sus más hermosos versos y sus más inspirados cantos a tal ejemplar del género femenino, así es que no pudo evitar interrogarla. Le preguntó directamente: “¿Es usted la amada de Gustavo Adolfo Bécquer?”

—¿Y qué contestó el mamarracho?

—Bueno, respondió que jamás el poeta español le mencionó una sola palabra de amor, nada que indicase la pasión que se adivinaba en sus versos y rimas. Luego de esperar largo tiempo por la esperada declaración, la mujer se casó con el primero que le habló de amor. ¿Qué pasó con Bécquer? ¿Dónde fueron a parar tanta poesía sentimental, tan hondo lamento, tantas quejas de traición y engaño? Pues

que era tan tímido, que encargó a un amigo que se declarara a nombre suyo a su amada, pero llegó tarde, pues acababa de comprometerse con otro: “*Cuando me lo contaron sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas*”.

—Tal parece que la poesía de Bécquer acaba de desaparecer en el aire, como el humo de mi Águila Imperial —dijo uno, observando fijamente las formas que tomaba la bocanada de su cigarrillo al ascender hacia el bajo techo de la habitación.

—No olvidemos que la vida es sueño, compañeros, un frenesí, una ilusión, “*una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño, ¡que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son!*” —terminó recitando alguien en medio de una divertida descarga de aplausos y vítores que el improvisado declamador agradeció haciendo una graciosa reverencia.

La pausa en la conversación fue aprovechado por Manuel Rodríguez Mendoza para acercarse al ruedo de alegres contertulios, quienes lo recibieron con frases de cariñosa bienvenida: ¿Dónde estabas, hombre? La charla no es lo mismo sin ti, Manuel. ¿Qué cuenta el brillante escritor político de La Época? ¿Descubriste ya la identidad de Severo Perpena?*

Terrible enemigo este caudillo de las *luminarias*,** quienes han comenzado esta lucha en la que declaran que el partido de gobierno se compone exclusivamente de empleados públicos y gente a sueldo de escasa moralidad, simples siúuticos, advenizos y aventureros, mientras se proclaman a sí mismos como los intelectuales más distinguidos del país. ¿Qué te parece, Manuel, esta avalancha de injurias y de epítetos denigrantes que sólo buscan desprestigiar a quienes han ganado el poder con tantos sacrificios durante la campaña?

* Seudónimo de José Francisco Vergara.

** Grupo de liberales independientes opositores a la candidatura presidencial de José Manuel Balmaceda, en el que figuraban, entre otros, José Francisco Vergara y Aldunate, los Amunátegui, Eduardo y Augusto Matte, Francisco Valdés Vergara, Eulogio Altamirano, los Gandarilla, Adolfo Guerrero y Enrique Mac-Iver. Su nombre lo obtuvieron de Isidoro Errázuriz, quien los comparaba con los encendidos velones de las Iglesias. Se valían de su talento y situación social, de la cual hacían alarde como todos los componentes de la antigua oligarquía.

—Complicado tema —respondió Rodríguez Mendoza a Ladislao Errázuriz, personaje alto, feo y simpático, alma apasionada y generosa, de ideas liberales—, que ya trataremos más adelante en profundidad. Pero ahora señores, pido mil perdones por interrumpirles en su conversación, pero deseo presentarles formalmente al joven poeta nicaragüense Rubén Darío, quien desde hoy se incorpora a la redacción de La Época como uno más. Estoy seguro que ustedes sabrán recibirlo como buenos compañeros. Rubén —dijo, volviéndose a Darío que permanecía más atrás quieto y cohibido, como si quisiera pasar desapercibido, haciéndole señas para que se acercara—, le presento a lo más escogido de la intelectualidad de Santiago. Compañía como esta no encontrará en ningún otro lugar de la capital de Chile.

El ruedo de amigos observó al recién llegado, quien enfrentó el atento examen con la misma actitud displicente con la que había recibido antes a Luis Orrego y sus compañeros cuando lo fueron a visitar en la pequeña habitación de la escalera. Enredado para andar, amarrado para saludar, desconfiado y retraído, lento y sin animación, Darío no aparecía a los ojos de los brillantes tertulios un personaje digno de atención. Uno a uno los asistentes se fueron presentando: Pedro Nolasco Préndez, para servirle; un placer en conocerlo, Vicente Grez a sus órdenes; será un honor trabajar con usted, señor Darío, Carlos Luis Hübner para lo que mande; Luis Orrego Luco, ya nos habíamos visto antes; ¿con que un poeta de Nicaragua nos visita? Un gusto, Ladislao Errázuriz; Samuel Ossa Borne, espero que lleguemos a ser grandes amigos... Darío respondía estos saludos con leves movimientos de cabeza y una sonrisa vaga que dejaba ver su dentadura blanca y pareja. Una vez terminadas las presentaciones, los asistentes pidieron al joven poeta sus impresiones: las dio vagas, breves y diplomáticamente, como sin voluntad de soltar la prenda. Un sugerente aire de misterio parecía rodearlo, el que se veía acentuado por la mirada melancólica de sus inquisidores ojos pardos. Ante su obstinado silencio, la conversación pronto se reanudó:

—Lucho, ¿te ha dicho algo tu hermano Augusto sobre la formación del nuevo Ministerio de Balmaceda? —preguntó Rodríguez Mendoza, tomando su lugar en la mesa de redacción.

—Nada Manuel, nada. Me comentó que había estado con el Presidente electo, pero que no habían tocado el tema. Sin embargo, creo que algo sabe o sospecha, porque hace unos días, cuando le manifesté que estaba seguro que él sería uno de los nombrados para formar parte del primer Ministerio de Balmaceda —como ustedes saben, Augusto trabajó como el que más durante la campaña— me dijo moviendo la cabeza: “No conviene para la nueva política. Soy un hombre demasiado teñido”. Al principio no entendí lo que quiso decir, interpretando sus palabras como simple modestia suya. Pero luego comprendí el duro sarcasmo que encerraban, ya que esa expresión “demasiado teñido” es uno de los reparos que contra él formulan los nuevos amigos de Balmaceda, deseosos de congraciarse con el futuro Mandatario.

—Entiendo a lo que se refiere Augusto. Tal parece que en su empeño de “unificar las fuerzas liberales” como dice, el Presidente electo está tomando distancia de sus antiguos partidarios —acotó Grez.

—¡Reniega de nosotros después de haber recibido todo género de injurias por su candidatura y extiende las alfombras de La Moneda para recibir en ella a los que más nos ofendieron, echándonos a las fieras como sacrificio y homenaje a sus antiguos y ensañados adversarios que no le perdonarán jamás la Presidencia que les ha quitado! —exclamó Ladislao Errázuriz impulsivamente.

Un pesado silencio siguió al estallido de Errázuriz, en el que los presentes parecieron pesar el significado de sus palabras. La complicada situación después del triunfo era comentario obligado en las reuniones que sostenían las principales figuras que habían apoyado la candidatura de Balmaceda en el salón oriental de La Época, oficina de Eduardo Mac-Clure, donde quedaba clara la perturbación e intranquilidad en las filas de los amigos del nuevo Presidente. La tensión fue rota por el tartamudeo habitual de Vicente Grez:

—Según me dijo una vez mi buen amigo don Isidoro Errázuriz, no hay que olvidar nunca que en política, una buena copa y un buen cigarro son elementos

importantes del triunfo. Como veo que ya todos tenemos un pitillo entre los dedos, sólo nos falta el otro ingrediente. Manuel, ¿no dispondrá La Época de una botella de buen licor para tan noble causa?

La propuesta mejoró inmediatamente los alicaídos ánimos y dio nuevos aires para proseguir la tertulia. En una esquina, callado y ausente, Rubén Darío observaba la escena con ojos perdidos. Estaba reclinado negligentemente sobre su butaca, fumando un cigarro de papel. No le interesaba mayormente la conversación: la política no era uno de sus intereses; en su patria no le preocupaba, menos en un país ajeno. Sin embargo, sus ojos no podían evitar fijarse en los asistentes y en la decoración del salón en el que se encontraban y que presidía haciendo los honores la diosa desnuda e impasible, la Venus de Milo.

—Tal parece que el señor don Rubén Darío hace alarde de una discreción poco común —observó Luis Orrego Luco—. No ha dicho palabra alguna. O bien puede que esté siguiendo el sabio consejo del gran Disraeli: *“Para granjearnos la simpatía de los demás, debemos escucharles todo lo que quieran decir, y si son tonterías, con la más benévola de las sonrisas”*. Pero déjeme decirle que no hay razón para exagerar, ¿o debemos entender que nuestra conversación le aburre?

—No, no —balbuceó apenas Rubén Darío, como tomado por sorpresa. Se sentía incómodo en medio de los brillantes hombres de mundo que lo rodeaban. No era persona de charlas ni de salón, no conocía las mínimas reglas de etiqueta y de conocerlas, no le hubiera interesado seguirlas. En este ambiente refinado y exquisito simplemente no calzaba. No calzaban su ropa, sus gestos, su forma de hablar. Pero sin embargo deseaba pertenecer a él. Deseaba ser parte de esa reunión amena, conversar de igual a igual con esos hombres cultos y despreocupados, finos e inteligentes. Deseaba tener su figura y porte, aquella soltura de ademanes y gracia al hablar. Estaba deslumbrado: Santiago le ofrecía un mundo que él sólo podía imaginar en su Nicaragua natal, pobre y atrasada. Palacios, coches finos, damas distinguidas, hombres elegantes. Eso y más le ofrecía la capital de Chile en esos años en que el esplendor caracterizaba la vida de los chilenos, orgullosos

vencedores de la Guerra del Pacífico, ricos financistas que comenzaban a explotar las riquezas que brotaban del salitre. Cada santiaguino era un pequeño dios que procuraba recrear sus sentidos con objetos raros y costosos.

—No olvides que Rubén es recién llegado, Lucho —dijo Manuel Rodríguez Mendoza, saliendo en defensa de Darío—. Es normal que esté callado. Es apenas su primer día en la capital.

—Tienes razón Manuel, y si he sido descortés pido humildemente disculpas al señor Darío. Cómo pude pasar por alto ese detalle: Santiago debe causar una gran impresión a quien ve por vez primera una metrópoli de más de doscientas mil almas, con grandes palacios, jardines, paseos y grandes monumentos.

Darío guardó silencio frente a la falta de delicadeza de Orrego Luco, pero sus ojos siguieron con una indefinible expresión de irritación y encono al joven periodista que sonreía despreocupadamente. La conversación continuó unos minutos más, pero sin animación de las primeras horas. Los contertulios comenzaron a retirarse, algunos en grupos, otros solos, hasta que en la habitación iluminada por la tenue claridad dorada del gas sólo quedaron Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío.

—Ha sido un largo día, amigo Darío. Lo acompañaré hasta su alojamiento.

Ambos cruzaron el oscuro patiecito de motor del diario, tropezando Darío con algunas de las cajas que se amontonaban en el suelo. Rodríguez Mendoza se sorprendió al sentir al joven poeta temblar y pegarse a su lado, como si tuviera temor de algo. Pocos momentos después, ingresaban a la cuarto de Rubén Darío.

—Acá lo dejo. Mañana comenzará a trabajar como cronista de La Época. Le recomiendo descansar. Buenas noches.

Una vez que se encontró solo en su habitación, el poeta nicaragüense suspiró desconsoladamente. De pie en el centro del pequeño cuarto, miró a su alrededor

con desamparo: las murallas desnudas y húmedas, la cama cubierta de papeles como único mobiliario. Nada le parecía familiar, a excepción de la levita que colgaba de un clavo oxidado y la vieja maleta que se asomaba debajo del destartado catre. Se acercó a la minúscula ventana de la mansarda: a la distancia, entre las brumas de las primeras horas de la mañana, la silueta de Los Andes se dibujaba contra la claridad de la madrugada. Cerró los ojos, tratando de evocar los paisajes de su Nicaragua natal, tan lejana en esos momentos. Al volver a abrirlos, ya no pudo distinguir la cordillera ni los colores del frío amanecer. Un velo borroso se lo impedía...

*“Juntos, Manuel y yo,
nos comunicábamos nuestras penas...”*



*“Juntos, Manuel y yo,
nos comunicábamos nuestras penas...”*

✱

✱ ✱

—¿Escuchas, Manuel, cómo la lluvia cae sobre los tejados, tamborileando musicalmente? —preguntó el joven poeta mientras un estremecimiento sacudía su cuerpo delgado—. Hace frío, un frío que hace pensar en una taza de té, en una copa de vino negro, y en un buen lecho lleno de blancuras tibias.

—Lo de la taza de té y la copa de vino negro puede arreglarse, amigo Darío, pero el lecho lleno de blancuras tibias... eso va a ser más difícil —sonrió Rodríguez

Mendoza. Ambos jóvenes se encontraban sentados en la mesa de redacción del diario, iluminada tenuemente por la dorada luz de una lámpara a gas.

—Me gustan las noches como ésta, en las que este salón, donde normalmente se escucha el eco de numerosas voces y risas, está solitario, y nos acoge a los dos, Manuel, flacos y soñadores, llenos de ciertas vanidades que son virtud en algunos hombres.

—Hemos aquí: dos tristes soñadores que en medio de las luchas prosaicas por la vida ven sacrificadas sus aspiraciones de artistas.

Callaron los dos amigos escuchando por unos instantes el golpeteo de la lluvia en la vieja techumbre del edificio de La Época. Afuera, en la calle, se oyó el pito de hueso de un policía llamando a sus compañeros, melancólico sonido que fue respondido por otros que se fueron haciendo más y más lejanos.

—Yo nunca aprendí a hacer versos —la voz de Darío rompió suavemente el silencio, mientras trazaba rápidas frases con letra fina en los bordes de los papeles que cubrían la mesa—. Escribir fue en mí algo orgánico, natural, instintivo. Comencé muy temprano —recordó con una infantil sonrisa de orgullo—, a los tres años ya sabía leer. Por la puerta de mi casa pasaban las procesiones de Semana Santa, y las calles de León se adornaban con arcos de ramas verdes. Del centro de uno de esos arcos, prendía una granada dorada. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo, el Domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de poemas. Yo era el autor de muchas de esas estrofas. También me encargaban que escribiera los epitafios en verso que se acostumbra repartir allá en mi tierra durante los entierros...

—¿Extrañas tu patria, Rubén?

—Siempre pienso en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace: los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido

—respondió Darío con aire soñador—. Recuerdo la vieja casa colonial en la que me crié: era oscura y tenebrosa por las noches. Los dos únicos sirvientes me contaban cuentos de ánimas, me hablaban de un fraile sin cabeza, de una mano peluda que perseguía como una araña, de la aparición del difunto obispo García al obispo Viteri... Desde entonces tengo horror a las tinieblas nocturnas y me atormentan terribles pesadillas cuando duermo.

—Ya entiendo de dónde vienen los gritos de terror que me impiden conciliar el sueño en la madrugada...

Ambos sonrieron apaciblemente. Acostumbraban sentarse a conversar una vez finalizadas las tareas de redacción, cuando los asistentes a la tertulia se habían retirado. Uno frente al otro, en la mesa que servía de pedestal a la Venus de Milo que les hablaba de ideales y ensueños, rodeados de papeles, en medio del sonido de las prensas, se comunicaban sus penas y se consolaban con la esperanza del porvenir, hasta que la luz del sol comenzaba a filtrarse por los pesados cortinajes de seda del salón y los pequeños suplementeros se levantaban de la fría escalera donde dormían y salían apurados y soñolientos con un atado de diarios bajo el brazo gritando: “¡La Época... lea La Época!”

—En noches frías como ésta la nostalgia se hace más fuerte. Pienso en el azul de los cielos y los ríos de Nicaragua, en la selva colorida, en las nubes que corren zigzagueantes siguiendo la ruta de la brisa..., en fin, en las causas que llevan a los hombres al destierro voluntario.

Darío hizo una pausa, mirando fijamente la taza de café casi vacía que tenía enfrente. De improviso, se levantó y caminó hacia la puerta.

—Rubén, ¿adónde vas?

—Ya verás Manuel, ya verás —respondió Darío sin volverse.

Rodríguez Mendoza se quedó mirando sorprendido la puerta por donde había desaparecido Rubén Darío. Pocos minutos después, reapareció el poeta con una sonrisa en los labios y entre las manos una calabaza.

—Pero Rubén, ¿qué traes ahí hombre por Dios? —preguntó divertido Rodríguez Mendoza.

—Es parte de mi pobre equipaje traído del trópico —respondió el joven nicaragüense con una expresión de niño travieso en el rostro—. La traje en mi valijita junto con un diccionario, una gramática de la lengua, nuestra vieja nodriza, una carta de recomendación y un retrato de mujer... ¿Sabe usted, amigo Manuel, que esta calabaza guarda un sustento poderoso que enciende la imaginación, excita los nervios y despierta la intuición poética?

—No me digas, Rubén, que esa calabaza contiene...

—Ron. Nada más, Manuel, pero tampoco menos, que ron, inmejorable compañero a la hora de hacer versos y confidencias, que son también una forma de poesía.

Darío destapó la calabaza y sirvió el licor en las tazas de café vacías, acercando una a Manuel Rodríguez, quien la tomó con las dos manos silenciosamente.

—Por los sueños, Manuel. Porque nunca falten en el mundo fabricantes de castillos en el aire.

—Por los sueños, amigo Darío.

Con solemnidad, ambos acercaron las improvisadas copas a los labios y bebieron su contenido hasta la última gota, quedando luego en silencio, ensimismados y tristes, con la espalda encorvada y la cabeza caída entre los hombros.

De pronto, Darío levantó la mirada: su semblante estaba bañado en una luz lívida, verdosa, como cada vez que bebía. Sus ojos brillaban con extraña agitación, mientras sus manos acercaban a su rostro el vaso casi desocupado.

—¿Hueles Manuel? Bajo el olor del ron, todavía puedo percibir el aroma del café. ¡Qué recuerdos me trae! Cierro los ojos y puedo ver los ríos de mi tierra bajando presurosos de las altas serranías a grandes saltos, alimentando en su camino los campos de cultivo. No lejos de León, la ciudad donde viví la primera época de mi juventud, y a orillas del Managua, lago encantado, lleno de islas floridas, con pájaros de colores, se alza el cono imponente del Momotombo, negro y majestuoso coloso cuya figura se recorta contra el azul del límpido cielo. En ese paisaje crecí... y también fue testigo del cruel desengaño que terminó con las dulces ilusiones de mi primer amor.

Rubén Darío calló, mientras volvía a llenar su taza con mano temblorosa. Manuel Rodríguez Mendoza lo observaba con simpatía, sin atreverse a formular en voz alta la pregunta que tenía en los labios desde que conoció más profundamente al joven nicaragüense. No era la primera vez que lo escuchaba hablar con medias palabras de un amor nacido en la primera infancia y terminado por los desvíos de su amada. Pero esta noche, en la que el nostálgico sonido de la lluvia acompañaba la conversación de los dos amigos, se prestaba para las confidencias, o simplemente, el ron había comenzado a hacer de las suyas, encendiendo la imaginación, excitando los nervios y despertando la intuición poética.

—¿Cuál es esa triste decepción, ese desengaño que te obligó a abandonar la tierra donde naciste y que te ha dejado esa tristeza en la mirada? —escuchó asombrado Rodríguez Mendoza a su propia voz formular la pregunta.

Darío guardó silencio por unos momentos, mientras jugaba con la taza que tenía enfrente haciéndola girar sobre la mesa y derramando parte del ron sobre los papeles que cubrían la mesa de redacción. Luego, la tomó entre sus manos y apuró nerviosamente el resto del licor, limpiándose después la boca bruscamente

con el borde de su barata camisa de pechera. Tenía plena confianza en Manuel Rodríguez Mendoza, amigo sincero y leal, sin dobleces ni recelos, a quien admiraba y respetaba, y que le había hecho más tolerable la soledad que se había instalado como su inseparable compañera desde que había entrado como cronista a La Época por recomendación del señor Adolfo Carrasco Albano.

—Una noche la escuché cantar —respondió Darío lentamente, con voz queda, tanto que Rodríguez Mendoza instintivamente se inclinó para escuchar mejor las palabras que brotaban angustiosas de los labios del joven poeta—. Era una adolescente de ojos verdes, cabello castaño, tez canela, con esa suave palidez que tienen las mujeres de Oriente y de los trópicos, alegre, risueña, llena de frescura y deliciosamente conversadora. Me enamoré desde luego... ¡Tenía apenas catorce años! —exclamó con amargura, haciendo una pausa, mientras servía la tercera ronda de ron que fue terminada con igual rapidez que las anteriores—. Una fatal timidez, que todavía me dura, hizo que yo no fuese al comienzo completamente explícito con ella, en mis deseos, en mi modo de ser, en mis expresiones. Pasaban deliciosas escenas de una castidad casi legendaria, en las que un roce de manos era la mayor de las conquistas —murmuró con una extraña sonrisa, llena de desconsuelo y sarcasmo, apoyando el rostro crispado entre las manos temblorosas—. Todo se iba en ver las garzas del lago, los pájaros de las islas, las nocturnas constelaciones, y en medias palabras y en profundas miradas y en deseos contenidos y en esa profusión de cosas iniciales que constituyen el silabario que todos sabemos deletrear... El beso llegó a su tiempo, beso casto y puro al que pronto siguieron otros dados y recibidos en las tardes amorosas de aquellas tierras cálidas. ¡Ah, esas tardes llenas de color! Sólo quien las ha vivido puede saber cómo son. Están llenas de una dulce angustia. Se diría a veces que no hay aire. Las flores y los árboles se estilizan en la inmovilidad. La pereza y la sensualidad se unen en la vaguedad de los deseos. Suena el lejano arrullo de una paloma. Una mariposa azul va por el jardín. Los viejos duermen en su hamaca. Entonces, en la hora tibia, dos manos se juntan, dos cabezas se van acercando, se hablan con voz callada, se compenetran mutuas voluntades; no se quiere pensar, no se quiere saber si se

existe, y una voluptuosidad perfuma de esencias tropicales el triunfo de la atracción y del instinto...

Un profundo suspiro interrumpió la narración. La mirada de Darío se perdió por unos instantes en la única ventana del salón, cuyos ricos cortinajes de seda se encontraban entreabiertos, como si a través de la oscuridad y de la lluvia fina y persistente que caía bajo el farol de la calle, pudiera vislumbrar el paisaje tropical de su querida Nicaragua, azul y verde, y bajo unos frondosos sauces, las figuras de dos adolescentes reclinados uno hacia el otro, con los brazos caídos y la respiración vacilante.

—El primer beso de amor se lo di a ella, a Rosario... a Rosario —repitió Darío con voz casi inaudible, como si pronunciar ese nombre le produjera, al mismo tiempo, sufrimiento y deleite, martirio y placer, tormento y goce.

Rodríguez Mendoza escuchaba sobrecogido la historia del joven poeta. No se atrevía a interrumpir el dolorido relato de su compañero por temor a destruir el ambiente casi sobrenatural que se había creado en el salón. El tenue brillo de la lámpara a gas que iluminaba apenas los rostros de los dos amigos, produciendo sombras alargadas que jugaban en las paredes, el sonido regular de las prensas imprimiendo el diario, la lluvia cayendo suavemente, el silencio que de tanto en tanto se apoderaba de la habitación como si fuera un participante más de la velada, todo contribuía a crear una atmósfera propicia para los recuerdos y las confidencias contadas en voz baja.

—¡Por ella, que no se lo merecía, tuve odio a un hombre honrado, y celos de un moribundo! —prorrumpió Rubén Darío apoyando la cabeza en las manos empuñadas—. Juro que nunca, durante toda mi existencia, a no ser en instantes de violencia o provocada ira, he deseado mal o daño a nadie, pero en los momentos en que ella velaba al amigo agonizante se diría que casi deseaba escuchar cerca de la cabecera el ruido de la hoz de la muerte. ¿No fue acaso profundo y desgraciado ese amor, Manuel? —preguntó alzando el moreno rostro, en donde

podían verse las marcas dejadas por la presión de los nudillos sobre la frente, y mirando de frente a su compañero.

Rodríguez Mendoza asintió suavemente, sin atreverse a responder. Sentía una presión en la garganta que le impedía pronunciar palabra alguna. Finalmente, murmuró pausadamente unos versos de Ramón de Campoamor:

—*“Todo en amor es triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe”*.

Rubén Darío saltó de la silla, como si algo lo hubiese clavado, observó por unos instantes atentamente el rostro franco de Rodríguez Mendoza. Luego, tomando a su compañero por sorpresa le estrechó la mano con reconocimiento.

—Bien dices Manuel, y bien dice nuestro amigo Campoamor. El amor es triste y causa de crueles desengaños, pero también es la única redención posible. ¿No es hermosa la imagen? Un hombre, representación del vicio, después de muerto se presenta ante el Soberano Juez, y éste le salva del sacrificio sólo porque amó una vez. Dime si no vale la pena amar entonces.

—Pero Rubén, cuéntame, ¿cómo terminaron tus amores con la joven de ojos verdes y cabellos castaños? Todavía no me has dicho cuál fue ese desengaño que te ha dejado la mirada triste...

Darío no respondió. Su faz se contrajo dolorosamente y la mano que apoyaba sobre la mesa se crispó con un movimiento involuntario, como si recordar la causa que puso fin a sus amores de juventud le produjera un lacerante dolor físico. La nube pasó pronto, y el moreno rostro volvió a la normalidad, a la expresión de melancolía que lo abandonaba sólo en contadas ocasiones. Una vaga sonrisa apareció jugueteando en sus labios, mientras recitaba otra de las Humoradas de Campoamor:

—“*¡Pensando en los adioses de aquel día
en llantos me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
los cien siglos de horror de un día aciago!*”

—Tal parece que Campoamor nos ayuda con sus breves Humoradas a enfrentar las miserias de esta vida, ¿eh, Rubén? Unos cuantos versos envueltos en ironía y buen humor dan cuenta de los duros reveses de esta ingrata existencia. Tú, lloras por un amor perdido. Yo, por mis sueños de artista dilapidados en el trabajo de un diario, en escritos que mueren en la hoja cotidiana, que mañana ya nadie recordará y que no tienen más valor que la tinta en la que hayan impresos —reflexionó con amargura Rodríguez Mendoza, tomando uno de los papeles que se encontraban sobre la mesa, arrugándolo y arrojándolo con violencia a una esquina del salón—. ¡Pobre del desdichado que tenga talento, pues su camino será aún más difícil! El talento no es una inversión atractiva hoy en día. Sus acciones no se cotizan en la Bolsa, y nuestra sociedad antes se avergüenza que se enorgullece de aquel que se dice poeta. ¡Ay de quien desee dedicarse por entero a cultivar las bellas artes y no disponga de una herencia cuantiosa que lo avale y sostenga! Su vida no valdrá más que este vaso vacío —exclamó, tomando la taza que tenía enfrente y empujándola lejos de sí con fuerza, tanta que fue a dar al otro extremo de la mesa donde quedó por unos instantes oscilando pesadamente hasta recobrar el equilibrio—. ¡Pobre desdichado! —balbuceó con voz en la que se adivinaba la nota vibrante de un gemido apagado—. Triste destino le espera. Sólo lágrimas y sueños rotos... ¡Qué va, hay que comer! —prorrumpió con una terrible carcajada que se mezcló con los sollozos que vanamente intentaba reprimir, sollozos que daban cuenta de su propia vida, del suicidio de sus aspiraciones de artista, y que fueron triste acompañamiento de los versos de Leopoldo Cano que brotaron angustiosos de sus labios:

—“*¡Desdichada condición
la del que corre y se afana
por asir la sombra vana*”

*de la gloria en este mundo
y escucha un grito iracundo
que dice siempre: ¡Mañana!"*

—Pero esto no es nuevo, amigo Darío —prosiguió reponiéndose—. Otros con más talento que este oscuro soñador han sufrido este duro trance. Sin ir más lejos, Cervantes, el autor del inmortal Quijote, sufrió la incompreensión de la sociedad que no pudo aceptar que retratara a la Humanidad a través de un loco, y ya que estamos recordando a Leopoldo Cano, el de las afiladas Saetas, recurramos una vez más a sus versos llenos de fino y dolorido sarcasmo, que hablan del destino del genial español:

*"Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado del delito...
de tener mucho talento".*

—Por eso, Rubén —continuó Rodríguez Mendoza casi sin transición, en un desahogo incontenible—, permíteme darte un pequeño consejo que tal vez te llegue a servir para sobrevivir en este mundo que no tiene clemencia con los pobres seres de corazón honrado y generoso. Amigo mío, si quieres llegar a ser "alguien", lo primero que debes hacer es arrojar la timidez a un lado, y cambiar la honradez por la argucia —afirmó con cinismo—. Luego, no olvides nunca saludar con profundas reverencias a cualquier pelmazo que ocupe algún lugar en esta vil sociedad; alaba sin descanso al feo y al tonto, y adula, amigo mío, adula sin cesar. ¿Algo no te gusta? Pues calla y sonríe, y arrástrate sin pensarlo dos y hasta tres veces por el fango, aunque al hacerlo te enlodes con la misma hipocresía y miseria que allí se esconde. Sólo así, querido Darío, sólo así llegarás a ser un personaje admirado por otros, que si siguen estas pocas y lógicas reglas, pronto ocuparán tu lugar y recibirán

a su vez el fácil y engañoso tributo del populacho. ¿Has escuchado algo más moral? —preguntó encogiéndose de hombros.

Darío no respondió. Había escuchado a su compañero con atención, sin perder una palabra, compartiendo el sentimiento de amargura y angustia que las animaba. Ahora estaba sentado en la punta de la silla, reclinado hacia atrás, con las manos entrelazadas tras la nuca, el ceño fruncido y la mirada inquieta fija en el techo de la habitación, persiguiendo visiones.

—¿En qué piensas Rubén? Estás callado y ausente.

—En Campoamor y en Leopoldo Cano, Manuel. En las Humoradas de uno y en las Saetas del otro. Pensaba en versos que tuvieran algo de la Humorada y algo de la Saeta: la nota alegre hermanada con la nota triste, el dolor al lado del placer, la virtud vacilante junto al vicio victorioso, el deber burlado por la audacia cínica. Versos escritos con la risa en los labios y con el llanto en los ojos, tal como tú y yo esta noche...

—Te entiendo: versos que den cuenta del mal que vive en el mundano bullicio, de las perlas que habitan en el lodo, de la burla, la hipocresía y la envidia ocultas tras la capa elegante, presta a abrirse para sacar el puñal que se entierra traicionero en la espalda de la inocente víctima.

—Tú y yo lo hemos vivido: nada hay más cierto que aquello que el hombre del hombre es lobo.

Nuevamente el silencio llegó para formar parte de la reunión. Pensativo, Darío se incorporó y tomando con firmeza la pluma comenzó a trazar sin vacilación algunas frases rápidas en el borde de las hojas de periódico que desordenadamente cubrían la mesa. Manuel Rodríguez Mendoza meditaba con el mentón apoyado en los pulgares de sus manos entrelazadas y los ojos fijos en un punto perdido sobre lo

expresado por su amigo nicaragüense. Versos escritos con la risa en los labios y el llanto en los ojos...

—Estos versos a los que te refieres disgustarán a no pocos hombres que se dicen honrados. Deberías llamarlos Gotas de Vitriolo, a fin de despertar la indiferencia egoísta del público, de sorprender —ésa es la palabra precisa— a los refinados que gustan leer aquellas obras que saben a bombones parisienses.

—Si no me equivoco, el elegante y fino público que conversa sobre arte mientras realiza transacciones económicas se vería tentado por ese título—sonrió Rubén Darío—. La poesía sufre hoy de anemia y de tisis el ideal. No es raro entonces que los guantes blancos que esconden uñas carniceras gusten de esas obras que saben a bombones parisienses, como tú dices. Pero estos versos de los que te hablo serán vívidos, sentidos: no una prédica, no una homilía, sólo amargo desahogo. Versos envenenados para los hombres perversos, pero que no hacen daño al amigo honrado. Y si escribo versos de amores serán éstos las flores que brinde al cadáver yerto de mi primera pasión: Rosario.

—Rosario —repitió Manuel Rodríguez después de una breve pausa—, el nombre que tuvo en sus labios Manuel Acuña, el poeta loco, al beber el vaso de cianuro de potasio que terminó con sus sufrimientos. Por una Rosario se arrancó la vida del pecho a los veinticuatro años y así encontraron su cadáver, con lágrimas en los inmóviles párpados y en los labios pálidos el veneno de ese nombre, Rosario, que había inspirado el apasionado Nocturno en el que las estrofas parecen escritas con el llanto amargo de las almas enfermas y sin esperanzas:

*“Yo quiero que tu sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías,*

que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
que ya no se ni dónde
se alzaba el porvenir.

—Noches negras, negras y sombrías —repitió Darío pronunciando cuidadosamente casa palabra—. Comprendo a Acuña: también he sentido en la oscuridad la desesperación de la soledad, teniendo como único compañero el recuerdo penoso de aquel día de dolor en el que conocí el ángel del primer amor. Mientras tú duermes, hermano, yo camino en el reducido espacio de mi habitación, evocando el momento en el que le confesé con amor: “Escucha: el primer beso que yo he dado, es aquel que te di”... Ella lloraba amargamente. Y yo, ingenuo, pensé: “¡Es amor!”, sin saber que aquel ángel desgraciado lloraba de vergüenza y de dolor. ¡Qué existencia ésta Manuel! El amor es causa de desengaños, la envidia persigue sin dar tregua. ¿Eres artista? Te afeo. ¿Vales algo? Te critico. Te aborrezco si eres rico, y si pobre te apedreo. ¡Vivan entonces los muertos, que no tienen estómago ni quijadas!

—Eso me recuerda... —murmuró Rodríguez Mendoza levantándose de su silla sin terminar la frase—. Espera aquí Rubén, hay una Dolora que deseo que conozcas. Estoy seguro que compartirás los sentimientos que la animan —continuó hablando apresuradamente mientras caminaba hacia su oficina sin dejar de mirar al joven poeta que permanecía sentado observándolo con extrañeza. Pocos momentos después, retornó caminando a tropezos, con la vista fija en un libro abierto que sostenía con una mano mientras con la otra hojeaba sus páginas buscando una en especial.

—Acá está, mi amigo —exclamó triunfante—. Es un poema de Manuel Acuña, de quien hablábamos hace unos momentos. Lee, Rubén, lee, y dime si estos versos no interpretan las tristezas y los desengaños que hemos evocado esta noche, con la risa en los labios y el llanto en los ojos. Lee, por favor —repitió apuntando con el índice un lugar de la página marcada—. Se llama *Mentiras de la Existencia*.

Rubén Darío tomó el libro de manos de Rodríguez Mendoza y comenzó a descifrar con voz calma y profunda las estrofas escritas por Acuña, el poeta suicida:

—“¡Qué triste es vivir soñando
en un mundo que no existe!
Y qué triste
ir viviendo y caminando,
sin fe en nuestros delirios,
de la razón con los ojos,
que si hay en la vida lirios,
son muchos mas los abrojos.

“Nace el hombre, y al momento
se lanza tras la esperanza,
que no alcanza
porque no se alcanza el viento;
y corre, corre, y no mira
al ir en pos de la gloria
que es la gloria una mentira
tan bella como ilusoria.

“¡No ve al correr como loco
tras la dicha y los amores,
que son flores
que duran poco, muy poco!
¡No ve cuando se entusiasma
con la fortuna que anhela,
que es la fortuna un fantasma
que cuando se toca vuela!

“Que es el amor tan ligero
cual la amistad que mancilla
porque brilla

*sólo a la luz del dinero;
y no ve cuando se lanza
loco tras de su creencia,
que son la fe y la esperanza,
mentiras de la existencia”.*

—“Que si hay en la vida lirios, son muchos más los abrojos” —murmuró lentamente Rubén Darío después de terminar de leer—. Son muchos más los abrojos —repitió alzando la voz—. ¡Ah, Manuel! He aquí el título que buscamos para esos versos escritos tras hartas penas y agravios y que hermanan dolor y placer, virtud y vicio, llanto y risa; versos sin luz, pues rebosan amarga pena, y tú sabes que para toda alma buena la pena es oscuridad. Abrojos, así he de llamarlos, porque de cardos y espinos está hecha la existencia.

—Pues Abrojos, que así sea, y brindemos por eso —dijo Rodríguez Mendoza acercando las tazas y sirviendo los últimos restos de licor de la calabaza—. Abrojos y nada más, porque, como tú dices, de cardos y espinos está hecha la existencia, y, como nos lo recuerda nuestro desgraciado amigo Manuel Acuña, de lo único que podemos estar seguros es que en el transcurso de nuestras tristes vidas, más de una vez nuestros pies serán heridos por sus púas traicioneras:

*“Hoy es un vergel risueño
la senda por donde vas;
pero mañana, mi dueño,
verás abrojos en ella”.*

—Escribamos ahora Manuel —habló con excitación Rubén Darío después de que ambos bebieran con un sorbo seco el ron apartando de un manotazo los vasos vacíos—, estampemos en el papel las ideas y sentimientos que zumban en esta habitación como un lejano enjambre de cigarras y abejas. Presta atención. ¿Lo escuchas? —preguntó entrecerrando los ojos y moviendo en el aire las finas manos

como siguiendo un compás inaudible—. Esta noche, Campoamor y Leopoldo Cano nos han mostrado el camino. Emprendamos la marcha entonces, hermano.

—Adivino: los poetas como tú gustan del cantar de las cigarras y de la miel que se guarda en cofrecillos de blanca cera —replicó Rodríguez Mendoza con una sonrisa—. Pero acepto el reto. Ensayemos una saeta humorística. Aunque tal vez tus Abrojos vayan más allá de Campoamor y de Cano. ¿Cuál será el tema, amigo Darío?

—La redención y el arrepentimiento, la ruina y la decadencia —respondió sin vacilar Darío—. ¿Te parece?

—Me parece. Manos a la obra.

Ambos se inclinaron sobre el papel. Las plumas vacilaron un instante, como distraídas por un lejano cantar de cigarras, por un distante zumbido de abejas...

—¿Has terminado, al fin?

—Sí —contestó Manuel Rodríguez—. Escucha, pero sin burlarte de mí.

Y leyó:

—“Pobre Maruja... Hice amistad con ella y su madre cuando iban por las mañanas al Mercado, a efectuar las compras para la cocina de un burgués millonario. Maruja era un botón de rosa, fresco y fragante. Pero, qué timidez más extraña y que pudor más invencible... Anoche —dos años después— la encontré en el vestíbulo del Municipal. La acompañaba un elegante mozo, lo que no fue obstáculo para que ella se sonriera conmigo y me dijera al pasar: “¿Qué le pareció Mignon? ¡Qué bien la Cordier!”... Volví a mirar a la pobre muchacha, y..., verdaderamente, no la pude reconocer”.

Un aplauso acogió el término de la lectura del Abrojo de Rodríguez Mendoza, quien azorado y tímido no atinaba a levantar la cabeza del papel donde había escrito la historia de la pobre Maruja. Rubén Darío, amigo fraternal, asentía con la cabeza, aprobando la prosa de su compañero.

—¿Y tú? —preguntó Manuel Rodríguez casi inmediatamente para disimular la vergüenza de su desgraciado Abrojo—. ¿Has terminado?

—Creo que sí.

—Lee.

—“Lodo vil que se hace nube
es preferible, por todo,
a nube que se hace lodo:
ésta cae y aquél sube”.

Manuel Rodríguez se puso de pie aplaudiendo entusiasmado y acercándose a Darío, le palmeó con una mano la espalda suavemente y con la otra estrechó su diestra con cariñoso respeto.

—Ramón de Campoamor y Leopoldo Cano pondrían su firma a tu Abrojo, Rubén, que en cuatro versos narra la historia de las que caen de mucha altura, hasta arrastrarse en el sucio jergón de las ramerías, y de las que ascienden desde muy abajo, hasta redimirse por el amor y el arrepentimiento...

Darío quedó pensativo unos momentos, y luego, con un rápido ademán, volvió a tomar entre sus dedos la pluma y comenzó a escribir con urgencia, como si sus pensamientos fueran más ligeros que sus manos al trazar las letras sobre el borde del periódico y temiera no alcanzar a apresarlos antes de que se volatilizaran en el silencio del salón. Pocos segundos después, alzó la cabeza y levantó con ligera

afectación el trozo de papel, observándolo con una expresión que fácilmente podía confundirse con el orgullo.

—¿Qué tienes ahí Rubén? ¿Un nuevo Abrojo?

—Sí, Manuel. Un Abrojo hermano del tuyo, que también habla de esas pobres Marujas que sacrifican juventud y belleza por el brillo de las piedras preciosas que pronto deberán empeñar para sobrevivir al olvido de sus amantes. Escucha:

*“Bota, bota bella niña,
ese precioso collar
en que brillan los diamantes
como el líquido cristal
de las perlas del rocío matinal.
Del bolsillo de aquel sátiro
salió el oro y salió el mal.
Bota, bota esa serpiente
que te quiere estrangular
enrollada en tu garganta
hecha de nieve y coral”.*

—Ahora, Manuel, hermano y amigo —continuó Darío con emoción apoyando su mano en el brazo de Rodríguez Mendoza y presionando levemente—, noble y leal corazón, que con tu cariño siempre me has alentado desde que entre los dos media esta mesa de redacción, sé ahora mi juez, aplaudiendo o censurando, censurando y aplaudiendo como crítico tremendo, o como crítico blando.

Rodríguez Mendoza quedó pensativo por unos momentos, sin responder, trazando figuras sin forma y frases sueltas con el dedo índice sobre la mesa. Se había transformado en una especie de mentor para el poeta extranjero, quien, pese a la intimidad que existía entre ambos, mantenía con él un tono de consideración y deferencia casi instintivo. Manuel guiaba sus lecturas, interviniendo para enmedar el rumbo cuando la precipitación o la pasión tomaba su parte de influencia en el

juicio certero de Darío, que se torcía en medio de sus apetitosas ansias de bibliófilo infatigable. Afectuoso y sabio, en las perdidas horas de largas conversaciones, el segundo redactor de La Época había enseñado al joven nicaragüense nuevos nombres en literatura y abierto la puerta inexplorada de las bellas artes.

—¡Ah, Rubén! Es difícil ser juez de un amigo. Sólo puedo aconsejarte, como lo haría un cariñoso hermano mayor, que ha vivido y sufrido. La existencia es una lucha continua, y sé que para ti ha sido en ocasiones una batalla cruel y sangrienta, en la que has tenido necesidad de combatir como un héroe, lo que no quiere decir que la fortuna te haya hecho compañía en todas tus horas difíciles. Querido Darío: ambos sabemos que hay héroes que suelen ser vencidos. Tu inspiración es más subjetiva que objetiva, y a esta causa se debe que todas tus producciones nazcan del corazón y del alma, de lo más íntimo que en ti existe. Las impresiones exteriores no te conmueven tanto como las que contantemente, salvo en las horas de absoluto reposo, agitan tu espíritu creador y un tanto febril. Tus obras llevan el sello del que les dio vida, son tuyas, de Rubén Darío, y nadie podría ponerlo en duda, so pena de negar tu poderosa originalidad. Pero yo, que soy tu amigo sincero, debo advertirte que las pirámides de los faraones vivirán más tiempo que las catedrales góticas edificadas por los artistas y artífices de la Edad Media; que los hombres de músculos sanos y acerados viven más, aún cuando no vistan capas de armiño, que los que crecen sobre lechos de plumas y acariciados por las voluptuosidades de la seda. ¿Comprendes? Suma a tu originalidad y fantasía la profundidad, cimiento de obras literarias, y tu fama y renombre recorrerán todos los países donde se habla y escribe la lengua de Cervantes y de Calderón.

Callaron los dos amigos y esta vez el silencio que se apoderó del salón fue completo, opresivo. La lluvia había cesado, y el tamborileo musical de las gotas sobre la techumbre del viejo edificio de La Época había cedido su lugar al golpeteo constante y regular de una filtración que de tanto en tanto se escuchaba secamente en el techo de la habitación, sobre las cabezas de los dos noctámbulos. El sonido mecánico de las prensas que imprimían la edición del matutino también se había detenido. Extrañado, Rodríguez Mendoza se puso de pie y cruzó la sala para

asomarse por la puerta. La escalera estaba vacía: los pequeños suplementeros ya se encontraban en la calle vendiendo el diario con sus voceillas chillonas. Sólo entonces, y como saliendo de un extraño letargo, Rodríguez se dio cuenta de la claridad que comenzaba a filtrarse por los cortinajes de seda entreabiertos. Un nuevo día había comenzado.

—¡Válgame Dios, Rubén, que ya amaneció! —exclamó sorprendido acercándose a la ventana y abriendo las cortinas con un rápido movimiento. La claridad le dio de lleno en el rostro, cegándolo por unos instantes. Darío vio su alta y delgada figura a contraluz, batallando por cerrar los tapices con una mano, mientras con la otra intentaba cubrirse los ojos—. ¡Diablos! —exclamó enredado en las pesadas sedas—. No sentí las campanadas del reloj ni los gritos de los chiquillos al bajar por la escalera para vender el diario —dijo cerrando por fin los cortinajes y parpadeando repetidamente hasta que pudo enfocar bien la mirada—. Creo que ya es hora de descansar, compañero. Dentro de pocas horas comenzará el trabajo de redacción y debemos reponer nuestras agotadas energías. Buena noche ésta que nos acaba de abandonar. ¿No crees?

—Tienes razón, Manuel. Buena noche ésta, que quiera Dios vuelva a repetirse, en la que dos corazones buenos y honrados, de mil ambiciones llenos, hicieron dulces, memorias, trajeron gratos recuerdos, se confiaron los enojos, las amarguras, los duelos, los desengaños y los anhelos... y nacieron mis Abrojos.

—Y nacieron tus Abrojos, Rubén —asintió Rodríguez Mendoza sonriendo—. Sólo por ello, esta noche no debería ser olvidada. Pero ahora, demos un descanso a la creación poética, para que las musas te visiten en sueños.

Darío se levantó de su silla aceptando el brazo que le ofrecía su compañero. Ambos amigos se encaminaron hacia la puerta, pero a medio recorrido algo llamó la atención de Rodríguez Mendoza, quien se detuvo de improviso.

—Sigue tú Rubén, ya te alcanzo.

Sobre la mesa, en medio del desorden de los diarios y recortes, se asomaba un trozo de papel con la letra inconfundible de Rubén Darío. Manuel Rodríguez lo tomó entre sus manos y leyó las líneas escritas apresuradamente, casi sin correcciones. “¡Ah!, amigo Rubén. Tomas en el aire el pensamiento fugitivo, la anécdota narrada en mitad de la reunión, y la transformas en versos, escribiendo al correr de la pluma, sin vacilaciones. Bendito sea tu talento, y quiera Dios que los hombres sepan comprenderlo y, al hacerlo, te comprendan también a ti, mi torturado compañero”, pensó.

*“Joven, acérquese acá;
¿estima usted su pellejo?
Pues, escúcheme un consejo,
que me lo agradecerá:*

*Arroje esa timidez
al cajón de ropa sucia,
y por un poco de argucia
dé usted toda su honradez.*

*Salude a cualquier pelmazo
de valer, y al saludar,
acostúmbrese a doblar
con frecuencia el espinazo.*

*Diga usted sin ton ni son,
y mil veces, si es preciso
al feo, que es un Narciso,
y al zopenco, un Salomón;*

*que el que tenga el juicio leso
o sea mal encarado,
téngalo usted de contado
que se enoja por eso.*

*Al torpe déjele hablar,
sus torpezas disimule,
y adule, adule y adule
sin cansarse de adular.*

*Como algo no le acomode,
chitón y tragar saliva,
y en el pantano en que viva
arrástrese, aunque se enlode".*

*Y con que befe al que baje,
y con que al que suba inciense,
el día en que menos piense
será usted un personaje".*



Los pesados cortinajes de fina seda filtraban discretamente los últimos rayos de sol de la fría tarde santiaguina que llegaba a su fin. La estrecha sala de redacción de La Época mantenía una tenue y agradable iluminación que caía suavemente sobre una panoplia con coraza, casco, sables y carabinas que colgaba en la muralla frente a la puerta de entrada. El resto de las paredes estaban cubiertas por los retratos de personalidades publicados en las ediciones dominicales del diario. La enorme mesa ubicada en el centro de la habitación estaba llena de papeles y recortes de diarios y revistas, todo confundido y revuelto. A los pies de la estatua de la Venus de Milo, se amontonaban ediciones de Lemre, Charpentier y Caimann Levy, en cuyas páginas se encontraban las firmas modernas de los Goncourt, Baudelaire, Leconte de Lisle, Catulle Mèndes, Taine, Barbey d'Aurevilly. En la testera,

un tapiz de Beauvais recordaba con colores evanescentes el escenario de mármoles y serpentinas de las fiestas galantes del siglo XVIII, también galante.

—Lucho, ¿revisaste ya la correspondencia?

—Estoy en eso Manuel —contestó Orrego Luco sin levantar la cabeza, concentrado en revisar el correo trasandino con una tijera en la mano—. Alberto está traduciendo los artículos seleccionados de la prensa europea que llegó hace un rato, vía Estrecho.

—¿Cómo va la crónica? ¿Están los temas distribuidos?

—Todo listo, Manuel, no te preocupes.

—De acuerdo. Avísame en cuanto estén listas las gacetillas.

Manuel Rodríguez Mendoza atravesó la habitación camino a su oficina, deteniéndose a hojear algunos de los recortes que cubrían la mesa. En una esquina, casi invisible, estaba sentado Rubén Darío, ensimismado, con la cabeza entre las manos y la espalda doblada. De pronto, enderezó el cuerpo y tomó la pluma acercándola a la hoja de papel en blanco que tenía enfrente. La tinta no alcanzó a trazar letra alguna: el párrafo no salía. Rubén mordía desesperado la punta del lápiz, mientras sus finos dedos golpeaban impacientes la cubierta de la mesa.

—Lucho —Rodríguez Mendoza se volvió suavemente, sin despegar la vista del poeta nicaragüense—, ¿qué le pasa a Rubén?

—¿A Rubén? —preguntó el Jefe de Crónica alzando la cabeza por unos momentos. Una sonrisa sarcástica cruzó su rostro al ver al aproblemado Darío—. Nada Manuel. Le dije que redactara un párrafo para la edición de mañana, nada complicado, y ahí está desde hace rato, sin atinar con las palabras para escribir un sencillito suelto.

Quién lo diría: un poeta incapaz de componer una cróniquilla de unas cuantas líneas.

—Está bien. Déjalo tranquilo hasta que se acostumbre. No quiero saber que lo has hecho blanco de tus habituales comentarios afilados.

—¿Cómo crees, Manuel? Sería incapaz de algo semejante —sonrió inocente Luis Orrego.

—Sí, Lucho, lo que tú digas. Sólo te pido que no te burles de él.

Pocos minutos después que Rodríguez Mendoza abandonara la habitación, aparecieron en la puerta de entrada las figuras de Carlos Toribio Robinet, Daniel Riquelme y Gregorio Ossa, habituales visitantes y colaboradores de *La Época*. Venían comentando la última crónica social escrita por el “Chino” Robinet, muy aplaudida por las damas y que había elevado aún más su prestigio en los salones elegantes.

—Pero, mi amigo *Pas-Ponce*,* ¡qué placer tener en el humilde salón de *La Época* al fino cronista de las grandes fiestas de Santiago! ¿Cómo van sus aventuras amorosas con las jóvenes señoras casadas?

—Amigo Orrego, como hombre caballeroso, mis labios no se abrirán para entregar ningún dato al respecto —contestó Robinet con un guiño malicioso—. Pero usted sabe: a buen entendedor, pocas palabras.

Los recién llegados tomaron ubicación en la mesa de redacción, y comenzaron a hojear los diarios extranjeros que se amontonaban desordenados sobre ella, algunos ya destrozados por efecto de las tijeras que blandía amenazante Luis Orrego Luco. El “Chino” Robinet se sacó el fino sombrero de pelo comprado en la tienda del

* Seudónimo con que firmaba sus escritos Carlos Toribio Robinet.

gabacho Dumas y lo lanzó tratando de situarlo en la cima de la torre de chambergos que se equilibraba en un extremo de la mesa. Al hacerlo, reparó en el poeta nicaragüense que se movía desesperado en su silla, ya mordiendo el lápiz, ya apoyando la cabeza sobre las manos, intentado dar con las palabras para construir el párrafo que le había solicitado Luis Orrego Luco.

—Señor Rubén Darío, qué gusto verlo —se acercó sonriendo amigablemente—. ¿Cómo lo trata la capital del reino de Chile?

—Parece que no muy bien —interrumpió Orrego Luco con acento zumbón antes que Darío pudiera contestar—. Ahí está el pobre, sin poder terminar un suelto que le pedí hace bastante rato. He estado pensando en la razón de que un poeta como usted, de quien se dice tiene talento, no sea capaz de escribir un simple párrafo de crónica y llegué a la conclusión de que el clima no le sienta, amigo Darío. Una vez escuché que en los países tropicales, así como en las regiones próximas al polo, el hombre se siente avasallado, esclavizado por la naturaleza, por el extremo frío de uno y el excesivo calor de los otros, y ahora que lo pienso, eso también podría explicar su falta de experiencia en todo lo referido a los usos sociales. Creo que nuestro poeta venido del trópico está todavía aletargado. Pero no se preocupe querido camarada —dijo volviéndose hacia Darío con un tonillo de insultante compasión—, ya se liberará de esa perniciosa influencia, y mientras dure su ascendiente sabremos tenerle paciencia, ¿no es cierto compañeros? —preguntó dirigiéndose a los presentes mientras daba pequeñas palmadas en la espalda doblada del poeta.

Rubén Darío hizo un violento movimiento para librarse de la presión de aquella mano. Soberbio y vanidoso, no podía sino herirlo profundamente en su desmedido orgullo la actitud de lástima y paternalismo que Luis Orrego Luco tomaba con él cuando se encontraban en compañía de otras personas. Sabía que el carácter del Jefe de Crónica de La Época era así, y que nadie se encontraba libre de su siempre bien afilada lengua. Pero no podía evitar observarlo con una mirada llena de resentimiento, el que se acentuó aún más al reparar en su comportamiento seguro y

desenvuelto. Sus ojos no le perdían huella. Ya encontraría la manera de vengar los agravios que ahora le inferían, y no sólo Orrego Luco: todos los que se burlaban o le manifestaban lástima. Por ahora, sólo le quedaba el desahogo de sus versos, tan punzantes como la lengua de aquello que lo zaherían con sus comentarios. Tomó la pluma y comenzó a escribir en el papel que tenía enfrente unas líneas, que habrían sorprendido a cualquiera que hubiera reparado en ellas.

*"Me tienes lástima, ¿no?...
Y yo quisiera una soga
para echártela al pescuezo
y colgarte de una horca,
porque eres un buen sujeto,
una excelente persona
con mucha envidia en el alma
y mucha baba en la boca".*

—No haga caso de este chancero incorregible, Rubén —intercedió Robinet haciendo un disimulado gesto de reproche a Luis Orrego—. A mí también me han gastado pesadas bromas por haber nacido fuera de las fronteras de este país. Déjeme contarle una pequeña anécdota —continuó sentándose—. Una vez publiqué un breve artículo —algo insidioso y envenenado, debo reconocer— en *La Libertad Electoral*, que era entonces, como lo es ahora, órgano de la oposición. Se armó una polémica, y en medio de un intercambio de palabras, Joaquín Walker me dijo: "Su señoría no tiene derecho a opinar porque es chino". Usted sabrá, amigo Darío, que hace largos años mi madre tuvo la bendita idea de echarme al mundo en Macao, donde mi padre se desempeñaba como comerciante. Así es que no me quedó más remedio que replicarle al descarado: "Es verdad que soy chino del Celeste Imperio, en cambio su señoría es también chino... de la Cañadilla".

—¿Puedo saber la causa de tanta hilaridad, caballeros? —interrumpió la voz agradable de Alberto Blest Bascuñán—. Lucho —dijo volviéndose al Jefe de Crónica de *La Época*—, las traducciones que me pediste ya están listas y Manuel las

está revisando, así es que soy un hombre libre para integrarme a esta alegre y escogida reunión. ¡*Dolce far niente!* Ustedes sabrán, queridos amigos, que ahora soy un asalariado cualquiera gracias a las buenas artes de mi querido amigo Luis Orrego Luco, quien amablemente me recomendó con nuestro excelentísimo director don Eduardo Mac-Clure. Hago traducciones por treinta pesos mensuales, una pequeña fortuna para alguien en mi precaria situación.

—¿Cómo es eso, Alberto? El hijo de nuestro destacado novelista y Ministro de Chile en París no puede trabajar por un sueldo de miserables treinta pesos —comentó Daniel Riquelme, de pelo rizado, ojos negros y un gran lunar en la mejilla. Antiguo combatiente de la Guerra del Pacífico y excelente escritor costumbrista, Riquelme era un conocido vividor, aficionado a las mujeres de medio pelo y a las fiestas de arpa y guitarra, en las que figuraba como de uno de los buenos bailarines de pata en quinchita.

—Mi alto oficial, mis padres me dieron una educación de millonario, pero se olvidaron de darme los millones. Me enviaron a los mejores colegios de París y Londres, ¿para qué? Pues para decidir un buen día devolverme a Chile con una carta especial para mi tío Domingo Fernández Concha, quien me entregó valiosos consejos para enfrentar la vida en la capital. Cuando me vio me dijo: “De cuando en cuando es conveniente, hijo mío, que vistas la esclavina y te cuelgues el escapulario para concurrir a las procesiones portando una vela en la mano. Esta debe ser tu conducta en Santiago”.

—Buen dar con tu pariente, Alberto. Casi te hizo cargar el dolorido Señor de Mayo que todos los años pasa bajo el balcón de La Época cogotado por el terremoto que le corrió al cuello la corona de espinas de algarrobo, desafiando nubarrones y chubascos y echando unas miradas tremendas mientras lo bambolean los feligreses.

—Poco faltó, Goyo, poco faltó. Pero a falta del Señor de Mayo, me obligaron a participar de otra procesión religiosa, en honor a quién sabe qué santo, cargando el correspondiente velón votivo junto a mi tío que portaba una de las barras del anda.

¡Ay! Nunca me he sentido más ridículo y miserable que cubierto con la esclavina eclesiástica, entonando cantos sagrados, en vez de mis canciones favoritas *Je suis gigoló* y *La maîtresse de papa*... En medio de las misas dominicales que incluían, contra todas mis costumbres, abandonar el dulce lecho a las once de la mañana, comenzaron a esfumarse mis sueños de fortuna y mis ilusiones de un matrimonio ventajoso con alguna de mis parientes ricas, que me aseguraría, junto con su mano, el puchero y la felicidad... ¡Qué desperdicio! Yo, que en los colegios de París había aprendido a tocar el piano y a cantar las canciones de moda del *boulevard*. Conocí, además, toda clase de *cocottes*. Con una de ellas había logrado fugarme a Burdeos, siguiendo el itinerario de sus compromisos teatrales. ¿No son acaso excitantes las artistas de teatro, amigo Ossa? —preguntó Alberto Blest Bascuñán con una mirada maliciosa a Gregorio Ossa, quien respondió levantando las manos y los ojos al cielo con expresión extática.

—Claro, Alberto, claro —afirmó con convicción—. Nada mejor que las bailarinas de piernas largas y elásticas que se elevan contrariando todas las leyes de gravedad, y eso que en materia de mujeres somos grandes conocedores.

—A propósito de bailarinas, ¿qué fue de la Miola, Goyo? —consultó Orrego Luco sin levantar la vista, dando los últimos tizeretazos a un periódico francés.

—¡Ay, mi pobre Elodia Miola! ¡Qué voz, qué cuerpo! —exclamó suspirando—. Tuve que separarme de ella, Lucho, por culpa de la economía.

—¿Cómo es eso?

—Pues que habiéndose terminado la herencia, me vi obligado a dejar a esa mujer encantadora de nariz respingada y ojos maliciosos.

—¿Y ella lo aceptó así como así? Parecían muy unidos —comentó con fingida inocencia Daniel Riquelme.

—Bueno, en un principio no quiso. Le dije que debíamos separarnos porque el dinero se había terminado. La pobre se resistía, diciendo que me quería y que con eso bastaba. “Miola, le dije, con amor no podrás pagar tu alojamiento y tu vida, yo no podré mantenerte más”. ¿Y saben lo que me contestó? ¡Pues que trabajaría! Por ese entonces había llegado a Santiago una compañía de teatro ligero o petipiezas. Allá se presentó la Miola y la contrataron sin tardanza como artista de zarzuela. ¡Quién podría osar resistirse a ese cuerpo! Lo único malo fue que en la obra que se estrenaba debía salir vestida de hombre y no tenía traje. Así es que tuve que regalarle los pantalones de mi frac, que ella mandó a arreglar y apareció en escena. Tuvo gran éxito. Pero yo no podía permitir que ella me mantuviera, así es que la enfrenté y le expliqué que la dejaba porque no tenía alma de *gigoló* y necesitaba trabajar en cualquier forma y manera. Y así terminaron nuestros amores.

—Hace poco la vi en el Teatro Municipal —comentó el Jefe de Crónica de La Época dejando las tijeras a un lado—. Estaba apoyado en la baranda de la orquesta junto con Alfredo Irarrázaval y Arturo Cousiño, quien —siento recordarlo— precedió en los favores de la Miola a nuestro inestimable amigo Ossa. Si mal no recuerdo, Alberto, tú también nos acompañabas...

—Y Carlos Concha, no lo olvides —asintió Blest Bascuñán.

—Y Carlos Concha —repitió Luis Orrego haciendo una venia—. Estábamos apoyados en la baranda de la orquesta, como les decía, comentando las bellezas de las señoras, cuando se abrió el telón y salieron las bailarinas con largos vestidos que ocultaban la mayor parte de su hermosa anatomía, dejando al regocijo de la vista apenas las manos y la cabeza. Un coro de carcajadas y silbidos acogió la aparición de las bellas...

—¿Quién fue ése capaz de recibir con carcajadas y silbidos la aparición de un bella mujer? —preguntó con su tartamudeo habitual Vicente Grez desde la puerta de entrada del salón, la que acababa de traspasar en compañía de Ladislao Errázuriz y Eduardo Mac-Clure, el director de La Época, con su infaltable habano en la mano.

Venían elegantemente vestidos y bien dispuestos, y rápidamente ocuparon su lugar en la animada tertulia.

—Estaba comentando con los muchachos la primera función en el Teatro Municipal después de aquel edicto que obligaba a las artistas a bailar con vestidos larguísimo que cubrían sus encantos—contestó Luis Orrego Luco retomando la charla después de los saludos de rigor—. Fue poco después de que la curia capitalina publicara una pastoral en contra de los desnudos de la piernas de las bailarinas, ¿recuerdan?

—¿Cómo olvidar tan triste día? —respondió Ladislao Errázuriz—. ¡Si hasta las *luminarias* sintieron el duro golpe! Porque si hay algo que une a todos esos caballeros solemnes es la admiración que profesan hacia el bello sexo, especialmente hacia las bailarinas y sus bien torneadas piernas. En cuanto la orquesta inicia el pizzicato de *La Danza de las Horas*, todos los anteojos de la “cueva Matte” se dirigen al escenario esperando impacientes que las cortinas se abran.

—Lo que dice es muy cierto, amigo Errázuriz. Incluso don Gregorio Víctor Amunátegui abandonaba su circunspección habitual de Ministro del Tribunal Supremo y se manifestaba como el más alborotado y locuaz admirador. Su entusiasmo fue tal, que su hermano Miguel Luis tuvo que llamarlo al orden: “No seas carnal, Gregorito”, le dijo. Creo que fue el diario conservador *El Independiente* el que publicó varios artículos en defensa de la moralidad escarnecida por el desnudo de las piernas de las bailarinas que excitaban las pasiones libidinosas de la juventud, en la que incluían, seguramente, a Gregorito Víctor.

—¡Qué absurdo! —exclamó Alberto Blest con un desdeñoso encogimiento de hombros cuando las risas que siguieron a las palabras de Grez comenzaron a extinguirse—. Prejuicios tan ridículos como esos serían causa de gran hilaridad en París. Santiago ha avanzado mucho, pero aún mantiene resabios de la época colonial. Ahí tienen ustedes las venerables matronas que, antes de que la Municipalidad tomara la sabia medida de alargar las bastas de los vestidos de las

bailarinas, prohibían a sus hijas casaderas mirar el escenario durante el tiempo en que las “pecadoras” permanecían en él. ¡Ah, París, París!, cuán distinta es esa hermosa nación, cuna de revoluciones. ¡*La vie parisienne, vie élégante, vie galante!* París es un espectáculo en sí mismo, seductor, un festín visual y sensual. Las calles son amplias, bordeadas de bancos y bancos frondosos. Por los *boulevares*, atrapados en su circulación inmensa e incesante, caminan los amantes en una intimidad creada en medio de la multitud, en la que sienten con más intensidad que nunca que su amor es el eje sobre el que gira el mundo. París es mágico, es soñador. Por las noches, se ilumina con las luces brillantes de las calles y de los cafés, donde un poeta escribe sobre el amor impune que se exhibe sin vergüenza ante los desconocidos. En París, hasta las vulgaridades más estridentes, como esas ninfas de café con frutas y manjares en la cabeza se vuelven adorables bajo ese resplandor romántico. Todo el que haya estado alguna vez enamorado en una gran ciudad conoce ese sentimiento. En París, el arte transita por las calles en compañía de las ideas de transgresión, de autonomía creativa, de queremos el mundo y lo queremos ahora. Puedes toparte con algún talentoso pintor estudiante de *Montparnasse* o de *Montmartre* cargando su caballete y sus pinturas en busca de cuadros, de algún estanque tranquilo lleno de nenúfares que capturar con pinceladas suaves, que acarician la tela sin dañarla.. También hay *mauvais lieu*, donde los hombres de talento se entregan à *la crapule* como *simples mortels*, en compañía de alguna *beauté*, de alguna pobre *femme damné*. Y los teatros... nada puede compararse a los escenarios parisienses. Las bailarinas son exóticas. Los bailes están hechos de vértigo y excitación: pieles blancas y suaves que se exhiben sin pudor, apenas veladas por el movimiento frenético de las faldas de colores vivos y brillantes que encandilan la vista y ejercen un magnetismo irresistible. ¡Ah París, *le vieux Paris!* *Palais neufs* —iba a continuar, pero un terrible acceso de tos lo obligó a guardar silencio, mientras su cuerpo se sacudía violentamente—. Ya lo ven amigos míos —continuó cuando pudo reponerse, con las mejillas arreboladas y lágrimas en los ojos por el esfuerzo—, soy un triste desterrado que se siente un extraño en su propia patria.

—¿Cómo es la vida nocturna en París? —preguntó titubeando una voz perdida desde la esquina del salón. Era Rubén Darío, quien había escuchado la narración de Alberto Blest sin perder una palabra, atento a los menores detalles, imaginado a través de los recuerdos del joven la vida en las calles de la capital de Francia, y ahora, a diferencia de su habitual actitud displicente, manifestaba vivo interés en la charla, aún cuando no se atreviera por su timidez a intervenir abiertamente en ella.

Todos los presentes volvieron sus miradas hacia el poeta nicaragüense, cuya silenciosa presencia había pasado casi desapercibida para los presentes. Ahora, al reparar en él, no pudieron sino apreciar la enorme diferencia entre este joven taciturno y amarrado, y los desenvueltos miembros de la tertulia de La Época.

—Pero si es nuestro joven poeta extranjero don Rubén Darío —dijo arrastrando las palabras Eduardo Mac-Clure—. Debe perdonarme por no saludarlo antes, pero, sinceramente, no lo había visto ni extrañado, debo agregar. He seguido con atención sus escritos, señor Darío, buscando las dotes y el talento del que me hablaron Cañas y Carrasco Albano, y lo único que puede decir por ahora es... muy bonitos los versitos —dijo con tono de conmiseración luego de una pequeña pausa en la que pareció buscar la definición correcta de la poesía de Darío.

—Pero amigo Mac-Clure, no sea mezquino en sus apreciaciones. Ya pasaron los tiempos de la educación espartana. A nadie le hacen mal unas pocas alabanzas, menos cuando son tan merecidas como en el caso de nuestro joven poeta aquí presente. Querido Rubén, permítame decirle, si en algo lo ayuda, que a mí sus versos me parecen muy buenos, y demuestran que quien los escribió tiene el talento para transformarse en un grande lírico. Es más —continuó Vicente Grez incorporándose—, déjeme estrechar su mano. Puede que en poco tiempo, rodeado de fama y gloria, no se acuerde de este humilde aspirante de literato a quien conoció recién llegado a Chile.

—*Le style s'est l'homme**, amigo Darío, no lo olvide nunca —habló Alberto Blest Bascuñán después de una pausa—. Pero no debe ponerse triste: si los versos no lo hacen famoso ni conocido, como augura Vicente Grez, siempre le queda el recurso de sus enormes pies, que le reportarán una fortuna considerable si decide exhibirlos por una suma módica —rió. Varias cabezas desaparecieron bajo la mesa buscando los pies de Darío para comprobar lo dicho por el hijo del famoso novelista. Y ahí estaban, cubiertos por los problemáticos zapatos traídos desde Nicaragua, que el poeta prefería a los que el gordo Maqueira le había comprado en la Casa Francesa, balanceándose acompasadamente, movimiento que cesó al punto bajo el peso de las miradas divertidas de los indiscretos contertulios, como si lo hubieran pillado en grave falta—. ¡Por mi madre! —continuó Alberto—. Si sus escritos son tan grandes como sus extremidades inferiores, no me preocuparía. Ya vendrá la gloria en manos de una musa alada que le depositará en las sienes una corona de laureles, como a los vencedores de la antigua Grecia... y si no en las sienes, al menos en sus gorilescos pies.

—Insisto en que sólo necesita tiempo, hasta que se desprenda de ese laberinto de emociones primitivas que son causa de diversión para quienes lo tratan por primera vez —opinó Orrego Luco como si Darío no se encontrara presente—. Es normal y hasta lógico que esté sorprendido y maravillado por los escaparates de las tiendas y por el ruido y la multitud de coches, tal como un niño de meses que ve por vez primera una silla de paja o un espejo de pacotilla. Nuestro joven poeta llegado del trópico arrastra una ignorancia casi absurda heredada, como ya expliqué, del clima excesivamente cálido: apenas si sabe distinguir una casa de un coche o un cuadro de una oleografía. Pero paciencia, acá nos ocuparemos de que aprenda algo de las cosas de la vida y de encauzar su talento convenientemente, no vaya a ser que le ocurra lo que a Guillermo Puelma Tupper, que en un notable artículo se declaró enemigo personal de Dios, o termine escribiendo un libro de versos tan malo como el de mi querido Roberto Huneus Gana. ¡Pobre amigo! En uno de sus memorables poemas manda al Papa a Belén, y en otro, recordando los ojos de su amada,

* Cf. en francés. *El estilo es el hombre*. Frase del naturalista francés Buffon, que significa que el estilo refleja el espíritu del hombre.

hermosos y azules, los compara con el cielo, terminando con una línea en la que dice que sólo les faltan las nubes para ser todo igual... ¿Qué sería si su desgraciada amada sufriera de cataratas? Lo más probable es que las compararía con el Niágara.

—Por favor, mi señor don Luis, dónde ha quedado su hospitalidad. Debería tener un poco más de piedad con nuestro amigo nicaragüense, que tuvo que abandonar su patria la noche de su matrimonio huyendo de la muerte, sin poder disfrutar los placeres de la cámara nupcial. ¿No es ésa suficiente razón para mostrar compasión?

—Tienes razón, Vicente, y si me he excedido pido humildemente disculpas a Rubén. Pero debe entender, amigo Darío, que no hay mala disposición en mis palabras, y que yo, como tantos otros jóvenes interesados en la renovación de las artes, miro con la mayor simpatía a nuestro poeta extranjero, y soy un declarado admirador de sus versos —dijo Luis Orrego extendiendo su diestra a Rubén Darío, quien tras una breve indecisión la estrechó.

—Así me gusta, niños, como buenos amigos. Y ahora que las nubes de la enemistad se han disipado de esta sala, deseo hacerle una consulta, Rubén, si no es indiscreción. ¿Es cierto lo que cuenta Vicente? ¿Tuvo que abandonar a su amada la noche de bodas? —preguntó interesado Daniel Riquelme.

Darío respondió con vagas palabras, que poco agregaron a lo ya expresado por Vicente Grez. Contó que el día de su matrimonio había tenido que huir de su patria abandonando a su mujer, pues una revolución triunfante le perseguía y acosaba, vagando luego por las repúblicas centroamericanas sin rumbo ni concierto hasta que el general Cañas le había aconsejado que se viniera a Chile, en donde encontraría nuevos horizontes.

—Es curioso —replicó Eduardo Mac-Clure—. No recuerdo bien la ocasión ni quién me comentó un final distinto para esa romántica historia, señor Darío, sin ánimo de

desmentir sus bellas palabras. Alguien me dijo, sin saber obviamente que usted trabajaba para mí, que después de aquella revolución usted había corrido como alma que lleva el viento a esconderse en un barco fondeado en el puerto, quedándose dormido. Al día siguiente, cuando despertó bien entrada la mañana —costumbre que mantiene hasta el día de hoy, según he podido apreciar—, se dio cuenta que el dichoso buque estaba en movimiento, y de esta forma llegó a Chile, guiado por el azar y el pánico, debo agregar, mientras su novia quedó gimiendo abandonada en una solitaria habitación sin saber que fue de su joven marido.

—*Baissez le rideau, la farce est jouée!** —declamó teatralmente Alberto Blest Bascuñán—. Esto se pone interesante. ¿Qué tiene que decir en su defensa el joven poeta extranjero?

Rubén Darío no contestó, como tomado por sorpresa. Bajó la cabeza sin saber qué hacer, ni qué decir, aplastado por el peso de esas miradas que lo examinaban, y en donde luego, estaba seguro, aparecería una expresión de lástima y conmiseración. Era en momentos como este cuando deseaba tener la agilidad de mente y la facilidad de palabras de sus compañeros. ¡Ah, sus brillantes e ingeniosas respuestas dejarían cerradas a todas esas bocas llenas de baba! ¿Que me miran? Agravio. ¿Me han hablado? Zahiero. Mis palabras serían sangrientos bofetones y mis ojos, puñaladas de desprecio. ¡Cómo bailan en ronda y remolino, por las cuatro paredes del cerebro, repicando a compás sus consonantes, mil endiablados versos que imitan, en sus cláusulas y ritmos, las músicas macabras de los muertos! ¡Y cómo se atropellan, para saltar a un tiempo, las estrofas sombrías de vocablos sangrientos, que le solía enseñar la triste y pálida musa de los días negros! Yo soy así. O callo como un muerto, o charlo como un necio, salpicando el discursos de burlas, carcajadas y dicterios. ¡Qué se hace! ¡Boberías de soñador neurótico y enfermo!

—¿Y bien? ¿Qué tiene que decir en su defensa, poeta Darío? —la voz de Alberto Blest lo devolvió bruscamente a la realidad, aquella en la que ninguna palabra

* Cf. en francés. *¡Bajad el telón, la farsa ha terminado!*

acudía a su mente para entregar una respuesta ingeniosa, que sorprendiera a todos los que ahora lo observaban con una sonricilla burlona en los labios.

—No podemos culpar a nuestro joven poeta por los rumores que corren por la ciudad —dijo Vicente Grez asumiendo nuevamente la defensa del amarrado poeta—. Además, no es raro. Su llegada, Rubén, causó bastante expectación en no pocos círculos intelectuales, así es que no debe extrañarnos que las historias se distorsionen y sus detalles no se respeten. Lo importante es que usted cruzó el océano y ahora tenemos el honor y el placer de tenerlo entre nosotros, compartiendo esta agradable conversación. Amigo Darío, como escribió Virgilio, *¡audaces fortuna juvat!*, la fortuna ayuda a los audaces, así es ya tiene parte del camino ganado al abandonar su patria en busca de mejores horizontes, que aquí en Chile estoy seguro encontrará.

Darío observó a Vicente Grez con una profunda mirada de agradecimiento en sus ojos pardos. No era extraño que los afilados dardos de los integrantes de la tertulia de La Época se dirigieran hacia él. No había benevolencia para Rubén, sólo crueldad. Excepto en Manuel Rodríguez Mendoza y en Vicente Grez, la compasión no existía en el personal de la redacción. Pero Darío no les perdía pisada. Sus ojos profundamente observadores no desperdiciaban detalle. Ya vendría la revancha.

—Esto de las revueltas de bandidos conjurados en contra del poder establecido no me extraña —retomó la conversación Orrego Luco tras una breve pausa—. Centroamérica, no se ofenda Rubén, es un nido perpetuo de revoluciones, foco de fiebre amarilla y centro de terremotos. Si mal no recuerdo, un escritor español contó que, habiéndose presentado una compañía dramática en alguna ciudad centroamericana, cuyo nombre no tengo interés en recordar, alcanzó un éxito ruidoso de aplausos y ovaciones un actor, creo que se llamada Tuillier. Concluido el primer acto fue presentado al Presidente de la República, quien lo invitó a tomar una taza de té después de la función. Cuál no sería su sorpresa cuando al penetrar en el palco presidencial una vez terminado el cuarto acto, se encontró con que, en vez del caballero bajo y gordo a quien conociera, llevaba la banda presidencial

otro señor alto y flaco. Era que entre el primero y cuarto acto, se había verificado una revolución y existía ya un nuevo Presidente. ¡*Coup de théâtre!**

—¿Y qué fue de su novia, Rubén? ¿Ha tenido noticias de ella?

Un vago movimiento de cabeza fue la respuesta de Darío a la pregunta de Daniel Riquelme. Luego, con voz casi inaudible balbuceó:

—Me despedí, y cuando le dije ¡adiós! ella, sollozando, se abrazó a mi pecho... Luego, tristemente, lloramos los dos.

—¡Ah!, la ilusión del amor. Nada hay más grande en la vida, caballeros, y si quieren un consejo de alguien que ha tenido su buena parte en los lances con las bellas damas, aquí les va: Jóvenes, cuando a ustedes les agrada una mujer, no se lo digan, ni siquiera formulen un solo requiebre; eso es cursi y poco sagaz. Conténtense con breves miradas de lejos, insinuantes ataques de ojos, y traten de formar una hermosa y eterna ilusión. Sólo entonces podrán emprender obra de provecho.

—Siento contrariarlo, amigo Grez, pero mi experiencia me indica que una acción decidida hace tanto o más que las ilusiones —replicó Eduardo Mac-Clure—. Permítanme contarles una historia para que se convenzan de la verdad de mis palabras. Una vez caminando por una calle alejada del centro, me llamó la atención la hermosura y gracia de una muchacha que integraba un alegre grupo de obreras que cotorreaban en la puerta de una miserable casucha. La observé de lejos unos momentos, hasta que el grupo se disolvió y la bella entró al que creí su hogar. Crucé la calle y golpeé la puerta de vieja madera. Salió una mujer gorda y descuidada a la que interrogué sobre la joven. “Mi hija es pura como una flor”, me informó, aumentando mi interés. “¿Daría usted, buena señora, entrada a los aposentos de su hermosa hija a un tuerto?”, le pregunté, y a fin de parecerlo hice servir de monóculo a una moneda de oro. “En mi casa no se admiten tuertos, señor,

* Cf. en francés. *Golpe de teatro*. Lance imprevisto, sorpresa impensada.

pero tal vez podría dejar entrar a un ciego”, respondió. Una segunda moneda de oro me convirtió en ciego, y la mujer fue el lazarillo que me condujo tomándome ambas manos hacia el interior, donde pude conocer profundamente a la niña. ¿Qué me dicen? ¿No es acaso el amor una mercancía que se transa al mejor postor? Ni más ni menos que otro fino artículo de colección, como los objetos orientales que guardo en mi oficina.

—Pero mi señor don Eduardo, qué bien escondida tenía esa faceta de galante conquistador —exclamó con socarronería Vicente Grez—. Aunque debo decirle, mi estimado director, que nuestras puritanas señoras aristocráticas no verían con buenos ojos esas correrías de seductor. Si no me cree, pregúntele a mi tocayo don Vicente Reyes, quien cometió la herejía de vestir un traje de color claro un Viernes Santo, en lugar del tradicional y estricto luto. Caminaba inocentemente por nuestra Alameda de las Delicias, cuando una dama amiga lo detuvo en su paseo: “¿Será posible Vicente, que en esta semana tan triste de la muerte del Señor vayas vestido de claro”, le dijo. “No te extrañes, replicó Reyes, yo estoy en el secreto: dentro de dos días va a resucitar”.

—¡Bah! —exclamó Mac-Clure—. No veo la razón de tanto escándalo. Casi todos los señores casados y graves que vemos de ministros y senadores toman su coche y lo dejan en la puerta del club, para seguir su camino quién sabe dónde, hacia una casa perdida y de farol rojo, a bailar una zamacueca con alguna mujer desconocida o no tanto, que les sabe mucho mejor que el estirado *minuet* con su bien conocida esposa.

—Muy buena lección de moral, mi estimado señor Mac-Clure, que entendería perfectamente el general Diego Dublé Almeyda quien se vio en grandes y graves aprietos en la época en que era un joven Mayor que se intentaba enfriar los ánimos del belicoso Cambiazo en la austral Punta Arenas cuando tuvo que decidir entre varias yeguas de fina sangre que le ofrecía un cacique mapuche a cambio de su esposa. Como diría don José Besa, “no hay que dejar lo viejo por lo mozo, ni lo cierto por lo dudoso”, sabio consejo que bien le vendría a cierto Presidente de la

República recién electo. Pues bien, mis queridos amigos —continuó incorporándose en medio de las risas que normalmente seguían a sus comentarios—, llegó la hora de partir. Mi señor don Eduardo, creo que llegó la hora de marcharnos. Ustedes nos disculparán, pero un urgente asunto nos requiere. Hasta pronto caballeros.

—Nuestro querido director ha terminado con todo el romanticismo que había en esta sala —retomó la conversación Luis Orrego Luco después que Vicente Grez y Eduardo Mac-Clure abandonaran el salón—. ¿No le parece Rubén? Mientras usted llora por su novia abandonada antes de disfrutar los placeres del matrimonio, el señor Mac-Clure da una clase magistral sobre cómo hasta el amor de las madres tiene un precio, y bastante bajo, hay que reconocer. Así son los nuevos tiempos, como decía Alejandro Dumas hijo hablando sobre los románticos: “yo no comprendo por qué razón los héroes de los dramas de mi padre penetran siempre al cuarto de sus amadas por la ventana cuando tienen la puerta abierta”. Realismo, querido Darío, realismo. Sin verdad no hay completa emoción, y sin emoción la vida desaparece. Tal parece que hay dolores menos vulgares, más raros, más sutiles y más agudos que el trivial sufrimiento de amor. Ahí tenemos a Baudelaire y sus *Flores del Mal*, sin ir más lejos. Para un hecho tan humano, y en tanto humano, mísero y ruin, como el que acaba de narrar don Eduardo Mac-Clure, hace falta una inspiración poética distinta a la de Hugo, por ejemplo, y su luna que se alza en lo alto del cielo como una hostia. Hacen falta versos capaces de sugerir, de insinuar más allá de lo que dicen en la forma. Ya no solamente la imagen trae el concepto poético directo, sino que el rumor de la sílaba, ciertas consonantes y ciertas finales evocan en nuestra imaginación conceptos e ideas que se van levantando lentamente en nuestra alma como bajo la sugestión de un encanto...

—“*Fourmillante cité, cité pleine de rêves,
où le spectre en plein jour raccroche le passant!
Les mystères partout coulent comme des sèves
dans les canaux étroits du colosse puissant*”.*

* BAUDELAIRE, Charles. Les sept viellars. En *Fleurs du Mal*. Madrid, Cátedra Ediciones, 2000. pág. 346.

—Bien dicho Alberto. “¡Ciudad hormigueante! ¡Ciudad llena de sueños, donde el espectro a pleno día atrapa al que pasa! Como la savia fluyen por doquier los misterios en las angostas venas del coloso potente”. En estos versos que Baudelaire dedicó a Víctor Hugo describe a París como por efecto de una alucinación. Creo no equivocarme al afirmar que usted admira a Hugo como a un Dios, Rubén, tal vez su único Dios —continuó luego de una pausa—. Déjeme decirle que hay más en el mundo de las artes y las letras. No crea que no lo entiendo. Cuando yo era poco más que un niño de pantalones cortos, mis padres me enviaron a París a estudiar. En cierta ocasión, paseando por la ciudad en lo alto de la imperial de algún ómnibus, vi subir a un viejecito de chambergo de paño suelto, barba blanca, nariz tosca y fisonomía triste, quien todos los pasajeros saludaron con respeto cuando dijo: “Buenos días, hijos míos”. ¿Quién era? Mi vecino, un obrero de blusa azul, a quien pregunté por ese hombre me replicó gravemente: “¡No es un hombre... Es Víctor Hugo!”. Efectivamente no era un simple hombre el gran poeta autor de *La oración por todos*. Pero ya hemos crecimos y dejado atrás la época y los gustos infantiles. Es la hora de superar la etapa de papá Hugo y volver la vista hacia Verlaine y Zola, mirados con horror por los literatos ya formados. Desgraciadamente, todavía en Chile hay quienes admiran la falta de naturalidad de los clásicos, el amaneramiento y la tiesura académica, y que no entienden la nueva escuela inaugurada por Lastarria, quien buscaba formas de arte más amplias que las de los antiguos clásicos españoles. ¡Margaritas ante porcos!* Balzac, Gautier, Zola, y sobre todo, Verlaine y Mallarmé, con gracia inimitable, claridad cristalina, precisión, formas y pensamientos nuevos. Ése, amigos míos, es el camino a seguir.

—¡Lucho! ¿Y los sueltos de gacetilla? Estamos atrasados —interrumpió desde lejos la voz de Manuel Rodríguez Mendoza.

—Ya te los llevo, Manuel —respondió casi gritando Orrego Luco. Luego, bajando el tono preguntó a Darío: —Rubén, ¿dónde está el párrafo que le pedí?

* Cf. en latín (*No arrojéis*) *perlas a los puercos*. Palabras del Evangelio (san mateo, VII, 6) que, en sentido figurado, significan que no debe hablarse a los ignorantes de cosas que son incapaces de comprender.

El rostro del poeta palideció bajo la morena piel y su mano volvió a tomar la pluma en medio de las correrías de los demás que apresuradamente retomaban las tareas que habían abandonado para participar en la conversación. Mientras la agitación se apoderaba del salón, señalando el abrupto final de la tertulia, Luis Orrego Luco urgía a Darío por el párrafo y al mismo tiempo ordenaba apresuradamente los recortes que se amontonaban sobre la mesa para llevarlos a la oficina de Manuel Rodríguez.

—¡Vamos hombre, necesito ese suelto para hoy, no para la edición de la próxima semana! ¿Qué tanto puede demorarse en escribir diez líneas? Deme la pluma, yo lo haré.

—¡Lucho! Estoy esperando. ¿O no quieres que haya diario mañana?

—¡Ya voy, Manuel, ya voy! Cinco minutos, Rubén —advirtió al nervioso poeta el Jefe de Crónica de La Época mientras trazaba aceleradamente unas líneas sobre el papel al final de los numerosos borrones hechos por Darío, sin reparar en los versos escritos en el margen—, cinco minutos y vengo a buscar el bendito suelto. Ahí tiene el inicio. Continúe ahora usted.

Rubén Darío empuñó firmemente la pluma, y suspirando con decisión tomó la hoja de papel que había abandonado Luis Orrego Luco y comenzó a escribir con su letra fina después del párrafo redactado por el Jefe de Crónica de La Época:

“Proclamación de Presidente de la República.— Hoy a la 1 PM se encontrarán formados de gran parada y con sus respectivos estandartes en la Plaza de la Independencia, según lo prevenido en la orden del día de la Comandancia General de Armas, fecha de anteayer, los cuerpos de esta guarnición, apoyando su derecha en la esquina del Portal Mac-Clure que da a la calle de las Monjitas, una batería del Regimiento de Artillería número 1, con la banda de música y a su izquierda prolongándose por los costados oriente, sur, poniente y norte de la misma

plaza, los batallones Buin 1º y Tacna 2º de Línea, batallón cívico Santiago número 2 y el Regimiento de Granaderos a caballo que cerrará la retaguardia..."



—¡Lucho! ¡Eh, Lucho, espera!

Alfredo Irrarázaval Zañartu se separó del grupo que conversaba en la esquina de Huérfanos con Ahumada, en las afueras del Café Torres, esperando la salida de las trabajadoras de la Casa Prá, y corrió hasta alcanzar a Orego Luco que caminaba a grandes trancos observando de tanto en tanto su reloj. Ambos mozos se saludaron afectuosamente. Los unían lazos de profunda amistad desde 1881, cuando se conocieron en la Alameda de las Delicias mientras las tropas que retornaban del norte hacían su entrada triunfal a la capital siendo recibidos por la sociedad santiaguina que repletaba los palcos de madera apresuradamente contruidos en ambos lados de la avenida y adornados con ramas y flores. Mientras los discursos se sucedían en medio del piafar de la caballería, del resonar de clarines y de los saludos de los amigos y parientes que reconocían a sus héroes al pasar —no había familia en Santiago que no tuviera entre sus miembros a un soldado u oficial que había escalado el Morro de Arica con la bayoneta en ristre o cruzado el desierto con el fusil en la mano—, el joven Irrarázaval, de pantalones cortos y traje de brin amarillo, se había acercado cortésmente a unos amigos que celebraban y aplaudían el paso de los regimientos y de la artillería con sus cañones Krupp, invitándolos a celebrar la gran fiesta del Ejército donde Torres. Allí, dando muestras de cualidades de gran señor, había encargado helados para todos y dos docenas de pasteles. Después de repetir, y cuando los helados y los pasteles comenzaban a ralearse, el generoso anfitrión llamó aparte al joven Orego Luco y le preguntó en voz baja si tenía dinero. El interpelado, después de hacer un cuidadoso arqueo del contenido de sus bolsillos, respondió en el mismo tono que sólo contaba con

sesenta centavos. “No sirve, murmuró Irarrázaval; entonces sólo queda un recurso... y sálvese quien pueda”. Y sin más, se encaminó tranquilamente hacia la puerta, y una vez cruzado el dintel, escapó como alma que lleva el diablo por la calle Estado hacia la Alameda, mientras Luis Orrego le seguía corriendo como si sus piernas tuvieran alas. En la confitería, mientras tanto, los abandonados con la cuenta debieron dejar en prenda unos cuantos relojes de plata mientras clamaban por justicia frente al engaño. Desde esa tarde, Alfredo Irarrázaval y Luis Orrego habían iniciado una profunda amistad.

—Lucho, casi no te alcanzo hombre. ¿Adónde vas tan apurado?

—Alfredo, hombre, ¿no escuchaste acaso el cañonazo del Santa Lucía? Tengo que hacerme presente en mi humilde oficina de archivero del Ministerio del Interior. Ya ves que no todos tenemos tu suerte, que sólo necesitas presentarte en tu puesto el día primero de cada mes para cobrar tu bien merecido sueldo de funcionario público.

—Y puntualmente, no lo olvides, puntualmente amigo mío... Pero, Lucho, necesitaba hablarte porque tengo que hacerte una pregunta que tú, como Jefe de Crónica de nuestro diario La Época, sabrás responderme.

—Dime entonces, ¿en qué puede serte de utilidad este humilde periodista?

—“*La bella va con el manto
con tal modo y gracia puesto,
que se diría que esto
es el colmo del encanto.
(Santiaguina, por supuesto)...*”

Orrego Luco sonrió. Ya adivinaba a dónde iba su amigo.

—“¡Qué par de ojos! Son luceros.

*¡Qué luceros! Fuegos puros.
Con razón hay, caballeros,
compañías de bomberos
y pólizas de seguros".*

—Ya veo, ya veo... Quieres noticias de la última adquisición de La Época, nuestro joven poeta nicaragüense...

—¡Rubén Darío! Eso es, querido Lucho, quiero que me cuentes quién es este Rubén Darío que con tanta gracia canta a nuestra hermosa mujer chilena: "*Tal parece una escultura hecha en mármol de Carrara, y con negra vestidura*"... Rubén Darío... ¿es su verdadero nombre, o solo un seudónimo? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su historia? ¿Piensa quedarse mucho tiempo? Vamos, Lucho, cuéntame lo que sabes...

—Mi impaciente amigo, siento decirte que no es mucho en lo que te puedo ayudar. ¿Rubén Darío? Todo lo relacionado con él es un verdadero misterio, ya sea porque él mismo se encarga de mantener la incógnita, hablando poco, entregando pocos datos y casi siempre contradictorios, o porque algunos se han encargado de echar a correr muchas historias y rumores. Ni siquiera se sabe bien a ciencia cierta si el nombre con el que firma sus poesías es verdadero o un feliz seudónimo.

—¿Sabes algo de las razones que lo llevaron a abandonar su patria? ¿No te ha hecho confidencia alguna sobre ello?

—Cuando nos avisó de la llegada de Darío a La Época, Manuel Rodríguez Mendoza mencionó algo sobre lances de amor y persecuciones políticas. Esa es la historia oficial, al menos. Y por su carácter, tampoco hemos podido interrogarlo. Sólo responde con monosílabos, y con un acento tan misterioso y con tan honda y profunda pena, que no hemos querido hacer preguntas por temor a molestarle o ser crueles. Tal parece que su vida ha comenzado de manera dolorosa...

—¿Y cómo es?

—Bueno, es difícil de responder. Pocos días después de su llegada, fuimos con Daniel Cadera —tú lo conoces, el segundo redactor del diario Los Debates— a saludarlo en la humilde covacha que le sirve de asilo, un cuarto poco más estrecho que esos en que se guardan los perros bravos en las haciendas. Luego de los saludos correspondientes, nos sentamos donde pudimos, ellos en la cama del poeta, cubierta de periódicos norteamericanos extendidos, con los cuales se abriga en la noche, y yo en la vieja maleta remendada y con clavos de cobre. Al ver esas hojas que hacen las veces de mantas, Caldera me susurró: “Ahora comprendo que la prensa sirve de algo”. No hay sillas en el cuarto, pero en cambio había un lavatorio de fierro y un paño de manos que en esas circunstancias desastrosas deben tener un valor infinito. En la muralla hay un clavo del cual cuelgan una indescriptible levita de una abotonadura y un pantalón que no va mal con el singular ulster. El pobre muchacho, que deseaba atendernos cuanto le era posible, sacó una caja de cigarros puros que nos pasó con la recomendación de ser de su tierra. Después de cortarles las puntas los encendimos, pero aquello era triste hombre. Los cigarros no daban humo, era inútil que chupáramos con toda la fuerza de nuestros pulmones y de nuestro buen deseo. Fue entonces cuando Caldera le dijo: “Amigo Darío, sus cigarros no son mejores que sus Abrojos”, a lo que el recién llegado respondió: “Es verdad que los cigarros no son buenos, pero las poesías... yo estoy contento con ellas”.

—¡Ah, Lucho! Concuerdo con Darío. Las poesías son buenas, muy buenas, y quien las escribió es un grande lírico. No sabes cuánto deseo conocerlo y platicar con él sobre sus gustos y pensamientos. ¿En qué se inspira, por ejemplo? ¿Cuáles son sus motivaciones?

—Te deseo suerte Alfredo —dijo Orrego Luco encogiéndose de hombros—. No podría asegurarte que vas a ser bien recibido. La conversación de Rubén Darío puede llegar a ser agradable y amena, pero *¡non sempre!* Suele tener sus días sombríos, que son los más. En ocasiones, callado, ausente, brota de pronto una

chispa en su cerebro y tórnase en alegre y locuaz charlador, pasmoso de inagotables recuerdos de poesías enteras, de largos trozos de los autores que admira, sobre todo Hugo y Musset. Pero su compañía, por lo general grata, es a menudo demasiado costosa, porque Rubén gusta de los buenos platos y caros licores, y como sus bolsillos no guardan más que sus manos vacías, sus amigos, pocos y reducidos por su exclusivista simpatía, deben pagar las largas cuentas, viéndose en amarillos apuros, calificados por él como "celestiales", por ser celeste el imperio de los amarillos. Así es que, mi querido Alfredo, piénsalo dos veces antes de buscar la amistad de nuestro lírico venido del trópico...

—Él es un grande lírico, Lucho, y frente a eso, no hay mucho más que decir.

—Nos vemos entonces en La Época, Alfredo, y no digas que no te lo advertí. Ahí encontrarás respuestas a tus preguntas y puede que sacies tu inagotable curiosidad. Ahora voy a cumplir el deber sagrado del trabajo. Adiós.

—Adiós Lucho. Nos vemos en La Época.



—Vamos Rubén, dime algo —repitió por décima vez Rodríguez Mendoza intentando sacar una palabra al poeta ensimismado—. No puede haberte afectado tanto nuestra visita al cementerio. Si vas a estar toda la noche callado, mejor me voy a dormir.

—Me siento enfermo Manuel. Mira como tiemblo, tengo fiebre y frío —dijo Rubén tomando las manos de Rodríguez Mendoza y dejando caer la cabeza entre ellas—. No puedo quedarme solo, y tú, que eres bueno, me acompañarás, porque me siento aterrorizado... Los muertos, los cráneos... Hamlet, Yorik, las sombras, el más

allá, ¡el más allá!... Soñar, dormir acaso... ¿Oyes cómo suenan esas palabras? Me muero de terror y no tengo vergüenza de confesarlo a mi amigo, a mi hermano... ¡Dame cognac!

Darío se persignó, murmurando una oración entre dientes. Rodríguez Mendoza lo observaba con benevolencia, como a un hermano menos, aunque en sus ojos podía descubrirse fácilmente una expresión de infantil travesura...

—Tranquilo, Rubén, tranquilo. Me quedaré contigo como todas las noches. Conversaremos sobre arte y literatura, haremos recuerdos, escribiremos Abrojos, beberemos y reiremos. ¿Qué te parece?

El joven nicaragüense estrechó las manos de Rodríguez Mendoza con reconocimiento. Así estuvo unos momentos, respirando profundamente con los ojos cerrados. Cuando estuvo un poco más tranquilo, dijo a su compañero como disculpándose:

—¡Ah, Manuel! Tú sabes las razones de mis temores. Mis noches de niñez estuvieron repletas de cuentos sobre fantasmas y aparecidos. Se me mostraba, no lejos de mi casa, la ventana por donde los demonios se llevaron a la Juana Catina, mujer muy pecadora y loca de su cuerpo. Una noche, la mujer gritó horriblemente; los vecinos se asomaron atemorizados, y alcanzaron a ver a la Juana Catina, por el aire, llevada por los diablos, que hacían un gran ruido, y dejaban un hedor a azufre...

—Tranquilo, Rubén —repitió sonriendo el segundo redactor de La Época—. En Chile no hay espacio para demonios. Esta es una sociedad moderna y avanzada, que no tiene tiempo para cuentos de espectros. Así es que puedes dormir plácidamente. Ningún diablillo podrá ingresar por tu ventana para llevarte a la fuerza.

—Tienes razón, Manuel —sonrió a su vez Darío—. Tal vez mis temores nocturnos son parte de ese laberinto de emociones primitivas que son causa de diversión para quienes me conocen y tratan por primera vez, según Luis Orrego Luco.

Ambos guardaron silencio. Así estuvieron por largos minutos, escuchando el ruido de las prensas imprimiendo la edición del diario, las risotadas y peleas de los borrachas que a esa hora transitaban a tropezones por la calle Estado, el casi inaudible sonido de la llama de la lámpara a gas que irradiaba su luz dorada sobre los dos silenciosos noctámbulos.

—¿Qué pasa Rubén? Tu obstinada mudez no creo que tenga que ver con tu declarado temor por los aparecidos...

—¿Por qué crees que me pasa algo, Manuel? —respondió Darío son una extraña sonrisa—. ¡Ah! Debe ser por mi ceño, que tiene en un mismo punto de cólera y spleen los fruncimientos. Tú sabes la causa del misterio. Una estatua de carne me envenenó la vida con sus besos. Y tenía labios lindos, rojos, y ojos grandes, bellos.

—No es eso Rubén —replicó Rodríguez Mendoza moviendo la cabeza—. Conozco tu desengaño amoroso, sé que no sin motivos se abandona a los veinte años el hogar, los compañeros de la infancia, los maestros queridos..., pero esa palidez que veo en tu rostro es indicio de algo más profundo, de una enfermedad del alma antes que de una cicatriz del corazón. Amigo, sabes bien que puedes confiar en mí, ¿qué pasa?

—Nada, Manuel, nada. Sólo que en las horas amargas de esta soledad que es un triste destierro, he comprendido con profunda tristeza el cariño de Byron por su perro. ¿Ves? Todo está bien, los Abrojos ya comienzan a fluir...

—¿Por qué no los escribes, no los aprisionas en unas cuartillas de papel?

—¡Ah! Es que yo me río a carcajadas de las sederías de Lyon que se exhiben en las vidrierías de Pra...

—No te comprendo. O estás loco o yo he perdido la razón.

—Ya verás, Manuel, ya verás —respondió Rubén Darío con aire de profundo misterio—. Un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros. El velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. El velo de la Reina Mab —murmuró con voz inaudible—, la soberana que viaja en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol...

Rodríguez Mendoza observó al poeta con extrañeza, sin lograr entender sus enigmáticas palabras. ¿Qué tenían que ver las vidrierías de la Casa Pra con sus Abrojos, fina colección de miniaturas al agua fuerte, dignas casi todas del buril de Rembrandt o de Alberto Durerero?

—¿Qué podría pasar, hermano? —repitió Darío rompiendo el silencio con un mohín despectivo en los labios sensuales—. Nada nuevo, y lo mismo de siempre. ¿Que no hay infierno? —exclamó exaltándose—. Si hay, y por desgracia, lo sabemos tú y yo. Juntos hemos visto el mal y en el mundano bullicio, cómo para cada vicio se eleva un arco triunfal. Mucho tigre carnicero, bien enguantadas las uñas, y muchísimas garduñas con máscaras de cordero. La envidia, que desenrosca su cuerpo y muerde con maña; y en la tela de la araña a cada paso la mosca...

—Amigo mío, ves la sociedad a través de un vidrio ahumado y encuentras en el mundo al vicio y la maldad dominando sin ley, con una tiranía odiosa y horrible. Pero estos son falsos mirajes de la inexperiencia. A los veinte años no hay término medio: todo se ve color de rosa o todo se ve sombrío, negro. Es cierto: el infierno existe. Pero debemos procurar reír y hacer hasta donde es posible la comedia humana. A veces, como en el teatro, la ficción se convierte en realidad.

—Puede que tengas razón, hermano, pero es difícil hacer la comedia humana cuando el estómago se queja. Santiago paga poco a sus escritores y mucho a sus palafreneros. Quiere aparecer vestido de democracia, pero en su guardarropa conserva su traje heráldico y pomposo. No debe extrañarnos entonces que el club de los *mirlitons* tenga más miembros que la sociedad científica o literaria: el lujo

atrae, y entre unos hexámetros de Homero y unos guantes crema o un sombrero de copa se prefiere lo último. Las exigencias del medio social, la moda, las distintas amalgamas conformes con las tendencias y modos de ser, la falta de estímulo, y, lo más importantes, el ejemplo de hombres ilustres en la miseria poco hacen para incentivar el cultivo de las letras. Y ahí está el triste poeta que hace versos, viviendo en la miseria, sufriendo la burla y la envidia de los elegantes vestidos por Pinaud. Nadie le oye en su desgracia, y cuando pide limosna, le arrojan a la calle. ¡Qué ironía! Tal parece que hoy el traje de los vicios son los harapos y las virtudes andan vestidas de blanco. ¡Oh, Padre Eterno! —exclamó alzando las manos y los ojos al cielo—. Justo sería que ordenaras entonces una edición de lujo del infierno digna del guante y frac de la canalla, de esa que compra a una madre por dos monedas de oro la virginidad de su hija... ¿Conoces esa historia? ¿No? Pues entonces permíteme contártela como un Abrojo que escribí esta tarde, cuando la escuché de labios de uno de sus protagonistas:

*“Cuando cantó la culebra,
cuando trinó el gavián,
cuando gimieron las flores,
y una estrella lanzó un ¡ay!;
cuando el diamante echó chispas
y brotó sangre el coral,
y fueron dos esterlinas
los ojos de Satanás,
entonces la pobre niña
perdió su virginidad”.*

—¿De qué historia me estás hablando, Rubén? No te entiendo.

Darío continuó recitando, como si no hubiera escuchado la pregunta formulada por Rodríguez Mendoza:

*—“Convengo de cualquier modo.
No son raras hoy las víctimas;
y es preciso, en el mercado*

*donde todo se cotiza,
que se demande y se busque
el material de la orgía...
Pero, una madre, ¡una madre!,
a su hija, Dios Santo, ¡a su hija!*

*“¡Oh, Alfredo de Musset! Dime si Rolla
regateó con el Diablo la tarifa,
o con la madre monstruo tiró dados
sobre el desnudo cuerpo de la niña”.*

Cuando terminó, lanzó una carcajada terrible, que vibró en las viejas paredes de la habitación por largos segundos. Había en aquella risa estridente mucho de desesperación y abatimiento, desaliento y aflicción.

—Hoy conocí a un joven muy simpático, Alfredo Irarrázaval creo que se llama —dijo con voz plana, como hablando en sueños—. Me lo presentó Lucho Orrego, con la recomendación de ser un grande admirador mío. Pero luego de estrechar mi mano, me tomó por el hombro con uno de sus brazos largos y fuertes, y me dijo que iba a ser algo muy bueno por mí. ¿Algo relacionado con mi poesía? No, claro que no. Aunque mis versos le agradaban, para él lo más importante en ese momento no era hablar de arte o literatura ni recitar los clásicos y los modernos: era ponerme en relaciones con su sastre, “con el divino Pinaud”, para que me confeccionara el mejor traje a medida de Santiago. “Pero cómo, le hizo notar Lucho Orrego, si Darío no tiene ni donde caerse muerto”. Dime si no es gracioso, Manuel. ¡Qué más quisiera yo que vestir un traje elegante y a medida, y hacer caridad con esta ropa estrecha y corta, que me hace parecer un espantapájaros! Pero los pocos pesos que gano como empleado de La Época se van a las pocas horas de haberlos recibido, y el resto del mes debo hacer dieta obligada o vivir de la caridad de mis escasos amigos. Y pasan los meses, y una tras otra se van acumulando las cuentas del alquiler y de la cocinería. ¡Qué maldición más grande es el tener estómago! ¡Ah, Manuel! ¡Siento que voy a enloquecer! —exclamó ocultando el rostro entre la

manos. Así estuvo por largos minutos, sollozando sordamente. Momentos después tomó una pluma, y escribió unas cuantas líneas en una hoja de papel que en seguida extendió a Rodríguez Mendoza, quien la sostuvo entre sus manos con el corazón apesadumbrado, sintiendo como suyo el dolor de su joven amigo, sin decidirse a leer las palabras garrapateadas rápidamente.

—*“Puso el poeta en sus versos
todas las perlas del mar,
todo el oro de las minas,
todo el marfil oriental;
los diamantes de Golconda,
los tesoros de Bagdad,
los joyeles y preseas
de los cofres de un Nabab.
Pero como no tenía
por hacer versos ni un pan,
al acabar de escribirlos
murió de necesidad”.*

Rodríguez Mendoza cerró los ojos por un instante para dominar la emoción que lo embargaba, y al abrirlos leyó los dos Abrojos escritos en la cuartilla de papel, que habían apresado los angustiosos sentimientos de ese momento, y que no eran sino el desahogo fallido de Darío, una suerte de epitafio en verso dedicado a sus ilusiones rotas y a sus ambiciones inalcanzables en la sociedad chilena, cerrada y vetusta.

—*“Vivió el pobre en la miseria,
nadie le oyó en su desgracia;
cuando fue a pedir limosna
lo arrojaron de una casa.*

*“Después que murió mendigo,
le elevaron una estatua...*

¡Vivan los muertos, que no tienen estómago ni quijadas!”.

—¡Y bien! —exclamó el segundo redactor de La Época después de terminar de leer, impresionado por la amargura de su amigo retratada en esos versos dolientes, intentando sacudirse de la amarga atmósfera que se había apoderado del salón, pero sin lograrlo—. Aquí tienes tema para uno de tus Abrojos, el más triste quizás.

Rodríguez Mendoza hizo una pausa, concentrándose. Luego suspiró profundamente y comenzó a hablar con voz alterada, contagiado por el pesimismo de Rubén Darío.

—En la mañana de hoy he vagado largamente por calles perdidas, Rubén, intentando encontrar las respuesta a estas preguntas que tú y yo nos hemos hecho en este mismo salón. Aunque te sea difícil de creer, no eres el único que sufre y que se siente abandonado por la suerte. Tú al menos tienes amigos, unos pocos hombre de corazón sincero que se preocupan por ti. Hay otros que ni eso tienen... Así como tú me contaste la historia de una joven vendida por su madre al primer postor, yo te voy a narrar la vid de un ser perdido, que no espera más que la muerte, y que cada día debe recordar respirar —dijo con la voz quebrada—. Tengo un amigo muy querido, casi un hermano, que hoy no figura en el campo de las letras, a pesar de su innegable talento y de los excelentes ensayos de poeta y de crítico que su pluma dio a la luz alguna vez. ¡Qué ironía! Pertenece a una de las familias más ricas y aristocráticas de Chile. Hasta hace pocos meses estudiaba leyes en la Universidad, y en sus cuadernos y libros escribía versos, dedicados a una joven rubia a la que amaba con locura. Pero la desgracia comenzó a perseguirle desde que comenzó a beber en exceso. Cometía locuras, derrochaba el dinero, protagonizaba escándalos. Su familia, rígida y llena de viejos y severos prejuicios, lo llamó, reprendiéndolo en vano. Por fin, le abandonó. Se acabó el dinero y el crédito y principian los apuros negros, las terribles dificultades. ¡La mujer le abandonó también! El compromiso matrimonial quedó definitivamente roto, y el padre de su amada le impidió la entrada a su casa. Casi se volvió loco... Hoy lo encontré en la

calle, delgado y enfermo, vestido con un viejo sombrero de paño negro de anchas que le cubría la cabeza, un traje raído, manchado y una capa española que caía andrajosa por la espalda. Casi no lo reconocí. Lo invité a Gage, donde encontramos a otros conocidos y amigos. Pedimos una ronda de oporto, y en el momento en que alzaba la copa, acaso deseando embriagarse para olvidar, alguien le dijo: "Ahí va tu amada". La puerta estaba abierta y se veía pasar a la señoras por la calle Huérfanos, concurridísima a esa hora. Rápidamente, echó su sombrero a los ojos, alzó el cuello del pobre *rendingot* e inclinó su rostro sobre el mármol en que descasaban las copas. Una lágrima rodó por su mejilla y cayó en la copa. Pasado el peligro bebió de un sorbo el vaso de oporto que tenía en la mano y se retiró.

Darío observaba a Rodríguez Mendoza impresionado, con los ojos brillantes, sin la garganta estrangulada por la emoción, sin poder formular palabra alguna.

—En verdad, esa historia melancólica, la locura pálida del desengaño, todo aquello que hace querer arrancarse el corazón del pecho para no sufrir más—balbuceó sin sentido—. Llorar de amor, y beber la lágrima y el vino. ¡Ah, Manuel! Tu triste relato bien podría titularse "De cómo se va al país de Bohemia"...

—"De cómo se va al país de Bohemia", es un buen título, Rubén, pero ningún título podrá nunca dar cuenta de los padecimientos de ese pobre enamorado, ni de su rostro sin esperanzas... Darío, ¡y tú y yo nos quejamos!

—Ese hombre es mi hermano...

—Tu hermano —repitió Rodríguez Mendoza asintiendo lentamente, pensativo, ausente, jugando con la hoja en la que Darío había escrito sus Abrojos—. En materia de amor, y quizás a consecuencia de esa cicatriz imborrable que llevas en el corazón, tienes el pecado de creer superficialmente en la virtud y en la inocencia de las mujeres. Por ello miras con la más sincera simpatía a los que han tenido que mitigar con lágrimas sus desventuras amorosas, y te sientes inclinado a unirte a ellos

por la amistad más franca y más estrecha... Pero vamos, Rubén —dijo Rodríguez Mendoza incorporándose—. Sacudamos nuestras almas y nuestros corazones de esta tristeza que nos está ahogando. Salgamos de esta habitación que está asfixiando nuestros sueños y nuestras ilusiones. Te invito a un lugar en el que hay buena compañía, risas y alegría, más de la que encontraremos en esta oscura sala de redacción. Vamos Rubén —repitió tomando al poeta de un brazo y tratando de incorporarlo—. ¡Ánimo! No debes dejar que la tristeza se apodere de espíritu. Recuerda: tienes tu talento, tu musa, y nadie podrá quitarte eso, nadie.

—¿Y qué vale el talento, Manuel, si la gloria se resiste a abrazarte? La envidia impide apreciar el trabajo de otros y la crítica es feroz... Ya ves. Me obligan a escribir gacetillas y párrafos de crónica y enjuician cruelmente mis versos: “¡Qué bonitos los versitos!”, me dicen, y esa frase tiene del diente del can hidrófobo, del garfio del alacrán...

—Pero Rubén, ¿acaso no lo sabes? Nunca en tu vida debes tomar en cuenta la burla de un envidioso, el insulto de un borracho, el bofetón de un cualquiera y las patadas de los asnos que caminan en dos patas. Vamos, hombre, levántate y salgamos. Te hará bien —repitió tirando a Rubén de un brazo—. ¿No quieres? Está bien —suspiró Rodríguez Mendoza dándose por vencido y sentándose al lado del malhumorado poeta, que permanecía con la vista baja y el ceño fruncido—. ¡Ah, la ambición de la gloria! Pronto la abandonarás. Amigo Darío, con muy pocas excepciones, los artistas más importantes han tropezado con la incompreensión, la enemistad o la indiferencia del público. Solamente después de violentos y prolongados combates han llegado a alcanzar el general reconocimiento, muchos después de su muerte, otros en vida, pero sólo dentro de una pequeña comunidad. Inversamente, los artistas que obtuvieron un reconocimiento general, fácil y rápido, carecían en su mayoría de valor real y duradero. Recuerda las palabras de los hermanos Goncourt: “*Al público le gustan las novelas falsas. Le gustan los libros que parecen marchar con la buena sociedad*”. Debes ser uno de los vencedores, Rubén, preocúpate de que tus castillos y monumentos, levantados con la más variada y rica arquitectura, tengan cimientos firmes, y resistan los empujes del viento

y del huracán. Ésa debe ser tu preocupación: dotar a tus personajes de carne humana, no importa si visten capas de armiño o harapos de mendigo.

Rubén Darío no contestó. Estaba sentado en la punta de la silla, con el cuerpo reclinado sobre la mesa, los ojos apagados, y sus gruesos labios contraídos, sin dar más señales de vida que su rítmica respiración y el movimiento compasado de los pies. De pronto Manuel Rodríguez tuvo el deseo loco de remecerlo, para sacarlo de su ensimismamiento y espantar la tristeza que parecía acosarlo constantemente, sin darle tregua, como una grave e incurable enfermedad que había infectado su alma y su espíritu. ¡Cuántas veces ese joven talentoso, con la vida por delante, no se había extraviado por días, sin dar explicaciones, y Ortiz, el portero de La Época, había tenido que ir a buscarlo, rastreando como el mejor baqueano las calles del Santiago oscuro y negro, en donde lo encontraba en brazos de alguna mujer, recitando versos perdidos! ¡Cómo le dolía ver ese derroche de juventud e intelecto, esa caída libre y consciente al vacío, esa decadencia buscada! Pero su misma juventud que arrastraba al poeta por la bajeza de una bohemia miserable, debía ayudar a su redención, tal como las ramera de sus versos...

—Amigo Darío —dijo suavemente Rodríguez Mendoza decidiéndose por fin a hablar y posando su mano en el brazo abandonado del nicaragüense—. Sabes que eres para mí como un hermano querido, a quien deseo proteger. Permíteme entonces hablarte, en nombre de esa entrañable amistad que nos une, desde el fondo de este corazón que sólo tiene un deseo: tu felicidad. Tú eres con todo un gran talento, que yo lo juzgo a la altura de muy pocos en América, un pobre hombre con alma de niño y carácter de mujer. En el poco tiempo que llevas en Chile has escrito versos y prosa con inimitable brillo, superando, en mi sentir, a todos nuestros poetas y prosistas; pero al propio tiempo, quizá por no retardar una cena o una cita amorosa, has escrito en ocasiones vulgaridades, en contra de tu divina misión que te ordena sólo vendimiar —si me permites esa palabra— uvas doradas, exprimir su jugo en cinceladas copas de oro, y brindar néctar de dioses a caballeros y plebeyos, a amigos y enemigos, a hombres de ingenio y estóolidos envidiosos. Algún día en alguna parte, no sé si en Chile o en tu patria, tendrás mármoles y bronce que

recuerden tu privilegiada inspiración, tu originalidad extraordinaria y tu estro que a menudo supera al de muchas celebridades y que en ocasiones me hace pensar en tu parentesco con Hugo y en tus afinidades con Byron; pero tú, mi buen amigo, bien mereces también figurar en los altares, como santo con vara de azucena en la mano, porque has sido cándido y demasiado bondadoso para estrechar la mano de verdugos que tomabas por amigos, de Judas que te adulaban cuando podías ofrecerles una copa de champaña coronada de espuma, de miserables que se daban prosa para esquivarte el cuerpo cuando tu pluma de poeta había hecho mala cosecha de escudos. Tú —continuó Rodríguez Mendoza como en un desahogo largamente deseado, que le traía tranquilidad—, recordando un nombre, Rosario, que nunca olvida tu memoria, por pura sinonimia has besado labios descoloridos, mejillas pálidas, una frente de Magdalena vulgar y no arrepentida, que al par de tus caricias te ofrendaba todas las miserias de su cuerpo de ramera. Tú, permíteme que continúe siendo franco, es decir, siendo tu amigo, tú has hecho a escape y sin tino la vida de bohemia. Cuando yo me arrepentía de esa vida en que el crepúsculo y el amanecer y la aurora es la noche, en que se derrocha la vida y la salud se escurre como el azogue de entre los dedos, cuando yo te gritaba: “¡Detente!”, tú decías: “¡Adelante!”, y volaban los corchos de *Moscato Spumante* o de *Roedere* y recibías en tus brazos senos desnudos y cuerpos de libidinosas odaliscas. De tarde en tarde, lo repito, de tarde en tarde, has herido las cuerdas mágicas de tu lira, cantabas a las flores y a las nieves, los árboles floridos y las plantas que marchita el otoño, los ideales de un gran corazón, de tu corazón de poeta, dabas a luz un abrojo, amargo como el ajeno o corrosivo como el vitriolo, entonabas patrias canciones, hacías el epitalamio de las aves y de los insectos, de los lirios y de las rosas, escribías la apoteosis del pájaro azul, aplicabas cauterios... y te columpiabas después en hamacas mecidas por geniecillos alegres y traviosos. En Chile, ¿has gozado? Sí. ¿Has sufrido? Sí, y mucho, por desgracia. ¿Has aprendido a vivir? Quién sabe, yo no lo podría jurar. Pensando en tus grandezas y tus extravíos, te exijo que no olvides mis consejos, que siempre te he repetido: El arte de la vida es el arte supremo; la felicidad es de los buenos, de los grandes, y, sobre todo, de los que saben hacer la comedia de vivir.

Darío tomó la diestra que Manuel Rodríguez Mendoza apoyaba en su brazo y la puso entre sus propias manos, largas y finas. ¡Qué grato era sentir que alguno se interesaba en su vida, en su porvenir! Él que nunca había tenido una familia, que nunca supo lo que eran las caricias paternas, ahora contaba con un amigo leal, sincero y noble.

—Vamos Manuel, salgamos. Tienes razón, hermano, como siempre. Es necesario que escapemos de esta atmósfera que nos está asfixiando. Sigamos siendo dos flacos soñadores, llenos de ciertas vanidades de son virtud en algunos hombres... ¿Qué te parece?

Rodríguez Mendoza sonrió aliviado al ver el cambio operado en el ánimo de Rubén Darío, quien le estrechó con fuerza su diestra con sus manos para levantarlo.

—Vamos, Manuel, levántate hombre. Ahora soy yo el que quiere salir de esta habitación para recorrer las calles iluminadas de esta bella ciudad.

—Está bien, está bien, impaciente. Yo no me resisto. Salgamos.

Bajaron las escaleras los dos amigos con los corazones algo más livianos. Al salir a la fría calle, Manuel Rodríguez Mendoza levantó el cuello de su ulster y metió las manos a los bolsillos con un leve estremecimiento. Le parecía que el aire limpio de la noche lo ayudaba a purificar sus ideas, y a deshacerse de ese peso que le había oprimido dolorosamente el pecho arriba, en la sala de redacción del La Época.

—Rubén, es por acá.

Subieron por la calle Estado hasta llegar a la Alameda de las Delicias. Allí se toparon con un policía que se paseaba, a quien Rodríguez Mendoza saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Es mejor estar en buenas relaciones con los representantes de la ley —rió—. Ese joven que hoy conociste, Alfredo Irarrázaval Zañartu, tiene poco más de veinte

años, pero ya ha dado muestras de un talento poco común escribiendo unos versos satíricos que han sido celebrados por muchos, especialmente por sus alegres camaradas. Tiene una mirada picaresca y divertida, es desenfadado y metebulla. Por eso debes perdonarle su indiscreción. El joven Irarrázaval anda siempre de juerga, en fiestas y comidas al estilo bohemio, en restaurantes de mala muerte, con mucha alegría y poco gasto de dinero, nunca muy abundante entre nosotros, como bien tú los sabes. Uno de sus pasatiempos preferidos es atacar a los pobres “pacos” para conquistar alguna gorra y llevarla de trofeo al cuartel general, después de una campal refriega en las que los policías hacen sonar sus pitos de hueso para llamar refuerzos. En una ocasión Alfredo no alcanzó a escapar a tiempo y tuvo que pasar la noche encerrado, hasta que su tío Aníbal Zañartu lo rescató.

Continuaron caminando por la Alameda de las Delicias. Pasaron frente a la Universidad y al Palacio de La Moneda. Manuel Rodríguez cruzó la calle seguido por su compañero y enfilaron luego por Nataniel. Darío caminaba callado, con la cabeza gacha. Reparando en los restos del oscuro estado de ánimo de su amigo nicaragüense, Rodríguez Mendoza siguió hablando animadamente en un intento de mejorar el alicaído humor del joven poeta

—La casa a la que vamos pertenece a Samuel Ossa Borne, a quien ya te presenté en la sala de redacción del diario. A Samuel lo conocí por su primo Emilio, íntimo amigo mío desde mi época de estudiante en el Instituto Nacional. Los tres formamos un grupo de mozos alegres e infatigables lectores. Leíamos en voz alta obras de autores ingleses, franceses y españoles. Flaubert, Zola, Daudet, Bourget, y hasta los rusos Tolstoi, Gogol y Dostoievsky. No era raro que don Benjamín Vicuña Mackenna nos sorprendiera en estas lecturas y tomase asiento alentándonos benévola y cariñosamente. No pocos de estos libros nos los facilitó el distinguido conquistador del Santa Lucía —un suspiro interrumpió la narración, triste suspiro que fue una especie de réquiem tardío en honor del noble mentor, ya desaparecido—. En aquellos tiempos, te hablo de 1878 —continuó después de una pausa—, yo vivía en la calle de los Carrera, Samuel en Nataniel y Emilio en la tercera cuadra de San Francisco. Nos juntábamos, en cualquiera de los tres domicilios, siempre después de

la comida, y charlábamos y leíamos hasta medianoche, tomando la imperdonable taza de té. Luego, nos lanzábamos a recorrer calles y plazas tras el eterno femenino, a dar vuelo a las aficiones filarmónicas y a las destrezas coreográficas que nos caracterizaban. Poco después resolvimos tomar notas de nuestras lecturas, anotaciones que comenzamos a considerar actas de una Sociedad del Silencio, turnándonos para redactarlas en cada sesión celebrada las más de las noches. Así nació y quedó consagrado este té que ha continuado sin interrupciones desde entonces. Ya llegamos —dijo deteniéndose un momento para señalar un lugar en particular—. ¿Ves? Es esa casa contigua a la Iglesia Protestante. Si hay luz en esas ventanas, la entrada está franca y el visitantes seguro de ser aclamado. Vamos Rubén.

Rodríguez Mendoza golpeó suavemente los vidrios con tres golpes a intervalos regulares de tiempo seguidos por otros dos casi juntos. La puerta no tardó en abrirse, y los recién llegados fueron introducidos a la sala, donde varias voces conversaban desordenadamente.

—¡Manuel, qué gusto verte! —saludó Samuel Ossa Borne—. Y a usted también, Rubén. Es un honor para mi pobre casa recibir a un poeta joven y talentoso. Adelante, llegan a tiempo. El té está recién servido y las galletas crujientes. Pero amigo Darío, no se quede atrás. Déjeme presentarle a los interesantes asistentes a esta reunión —continuó pasando uno de sus brazos alrededor del cuello del nicaragüense y hablándole casi en el oído—. Ese que vé usted sentado en la esquina de la mesa es un hombre de ciencia, de excelente carácter, muy alegre y de gran ingenio —explicó apuntando casi imperceptiblemente—. Su nombre es Paul Lemétayer. El que está su lado es Charles Bunot, arquitecto distinguido, medalla de oro en el Salón anual de París. Ahí tenemos a otro arquitecto, Marcel Dourgnon, marsellés de mucho ingenio, dibujante admirable, caricaturista que da siempre en la nota cómica: ¡renversant! Goza de un buen ánimo sorprendente y de envidiable memoria; ha leído mucho, lee mucho y mantiene correspondencia con Alphonse Daudet, Clovis Hugues y otros ingenios de los cuales somos devotos admirados todos los concurrentes a este té. Y ese, amigo Darío, es Fernando

Laroche, joven pintor de mucho talento y con la cabeza llena de versos de los poetas modernos de renombre, que declama con gran brío y con pronunciación bordelesa. A Gregorio Ossa ya lo conoce. ¡Atención, atención! —exclamó golpeando las palmas para llamar la atención de los presentes, enfrascados unos en una amena charla, otros escribiendo o dibujando, y los de más allá disfrutando un fragante sorbo de té—, les presento a Rubén Darío, poeta recién llegado de Nicaragua, un dios de la pluma que ha arribado a nuestras costas australes, excelente amigo y compañero.

Varias manos se extendieron para estrechar la diestra de Darío, quien, como era su costumbre frente a los extraños, se mostraba taciturno de retraído. Mostró más interés en las revistas francesas *Nouvelle Revue* y *Revue de Deux Mondes*, cuyos lomos azules y rojizos destacaban sobre una pequeña mesita de diarios, que en las preguntas de sus anfitriones. Pronto, la atención dejó de enfocarse en Rubén, y la conversación se reinició en el mismo punto que se había detenido:

—¿Qué les parece si le preguntamos su parecer a Manuel, quien como segundo redactor de *La Época* conoce bien a nuestro individuo que de tanto en tanto publica algún artículo en el diario dirigido por don Eduardo Mac-Clure? Manuel, hermano, debes ayudarnos con tu buen juicio a resolver una pequeña controversia.

—¿De qué se trata?

—Paso a explicarte en este momento. Hace pocos minutos tuvimos entre nosotros a Julio Bañados Espinosa, quien debió retirarse a causa de un compromiso. Fue entonces cuando Mr. Charles Wiener expresó que tenía a Bañados por el joven de más talento de los que vienen entrando a la política, y que apostaba a que muy pronto lo veremos de Ministro, y que su administración será brillante. Mi amigo Ossa recogió la apuesta, pero como somos todos hombres impacientes no queremos esperar a que el Presidente Balmaceda sea quien nombre al ganador, así es que hemos decidido que nosotros determinaremos las cualidades de Bañados y si éste tiene o no un futuro promisorio en la política.

—No creo poder ayudarte Samuel. Julio Bañados es uno más de La Época, un buen compañero como tantos que escriben en nuestro matutino.

—Ya veo que Manuel lleva la diplomacia en la sangre y que no quiere hablar mal de un compañero —replicó Gregorio Ossa—. Pero, ¿sabes Samuel? Creo que el señor Wiener tiene razón y que Bañados llegará a encabezar un Ministerio. Para eso basta que emplee el mismo método que utilizó con su suegro, el doctor Valderrama. Como ustedes saben, Julio tiene el don de hacerse grato prodigando elogios a los hombres prominentes, como José Victorino Lastarria y Domingo Santa María, íntimos de la casa de Ambrosio Montt, una de las más encopetadas de Santiago. Asistía a esas reuniones el doctor Valderrama, que no perdía ocasión de reírse de Bañados. Dio don Ambrosio un suntuoso santo, al cual asistió la familia de Valderrama. La hija, muy inteligente y simpática, era fea y planchada. Al verla sola, en un rincón, preguntó Bañados a un amigo: “¿Quién es esa muchacha fea que plancha tanto?”. “¡Cállate!, le respondió el otro, es la hija de Valderrama, hija única de un padre rico. Te conviene, es un gran partido”. A lo que nuestro siempre bien despierto Julio Bañados contestó sin vacilar: “¡Preséntamela!”. Se acercaron, y conversó toda la noche con ella, pues no tuvo reemplazante ni competencia. Y así comenzó a cortejarla, con muy buena acogida de parte de la joven. Pero el doctor Valderrama tomó la cosa muy a mal, pues Julio Bañados no pertenecía por su familia a la sociedad encopetada de aquel entonces, y se opuso a esas relaciones. Pero Bañados, hombre decidido, no cejó en sus aspiraciones. Pocos meses después el doctor publicó una colección de versos, o versas, como las llama mi amigo Vicente Grez, bastante ramplones. Y nuestro héroe no encontró nada mejor que publicar en El Ferrocarril un artículo a cuatro columnas en el que comparaba al doctor Valderrama con Víctor Hugo, Fray Luis de León y Núñez de Arce, con quienes, a su entender, rivalizaba. El doctor Valderrama quedó encantado. Los monttinos celebraron el artículo, felicitaron al doctor, y éste comenzó a decir por todas partes: “Ese Julio Bañados es un chico de talento y porvenir”. Bañados, por su parte, sacaba a colación los versos de Valderrama a la menor provocación. Si se hablaba de noches de luna, ahí salía él con las poesías

del doctor, lo mismo si se hablaba de incendios. Y así logró la mano de la muchacha, que...

Unos golpes en la ventana distrajeron la atención del narrador y del anfitrión, quien dejó su asiento para abrir los cristales y verificar quién era el visitante.

—Pero mi señor don Vicente Grez, sólo usted faltaba para que la reunión esté completa. Su lugar está esperándolo, como siempre. Voy a abrirle la puerta.

—Esta vez no podré aceptar su amable invitación, amigo Samuel. Debo ser héroe en candelero en un idilio de un conocido, y usted sabe: ¡El amor...

—¡El amor ante todo compañerito! —completó la frase Ossa Borne sonriendo—. ¿Y quién es el afortunado que va a encontrarse con la diosa que nació de la espuma, si no es indiscreción preguntar?

—No creo que lo conozca, Samuel. Siempre anda con aquel señor que nos echó a perder aquella velada donde Gage. ¿Recuerda?

—Recuerdo perfectamente al tunante, Vicente. ¿Pero qué pasó después que lo sacara del local?

—Nada muy interesante, amigo Samuel. Subí al de la gresca en uno de los carruajes estacionados frente a Gage, y lo llevé hasta la puerta de la casa de un viejo conocido, por donde entré resueltamente, dejando al pendenciero abandonado a su propia suerte y al auriga. En fin. Tengo que irme. El amor llama. Nos vemos Samuel.

—¡Buena suerte en su lance amoroso, Vicente! —gritó Ossa Borne asomando medio cuerpo por la ventana cuando la baja figura de Grez casi desaparecía caminando apresuradamente por calle Nataniel.

Samuel Ossa Borne cerró la ventana sonriendo. Al volverse, observó con curiosidad a Rubén Darío, sentado en una butaca color bronce, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y las manos entrelazadas en el regazo. Frente a él, en la mesita de noche, una taza de té a medio terminar y un platillo de galletas de agua que no había tocado. Los labios se movían sin que de su boca saliera sonido alguno, lo que llevó a Ossa a preguntar:

—¿Qué murmura, Rubén? ¿Está rezando?

—No es eso sino Campoamor:

*“Me ha dicho mi madrina
que besar a mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado
que él me ha de besar, pese a quien pese,
pues cree que a mí me gusta que me bese”.*

Darío guardó silencio. Ossa Borne abrió un mueble para renovar algún servicio. Manuel Rodríguez y Gregorio Ossa hojeaban un volumen de Revilla. El poeta cogió una pluma, escribió unas pocas líneas y luego dejó el papel sobre la mesa, el que fue recogido por el anfitrión de la reunión, quien leyó en voz alta:

*—“Este del cabello cano
como la piel del armiño,
juntó su candor de niño
con su experiencia de anciano.
Cuando se tiene en la mano
un libro de tal varón,
abeja es cada expresión
que volando del papel
deja en los labios la miel
y pica en el corazón”.*

—Tus versos lucirían perfectos como encabezamiento del número dominical de La Época dedicado con el que inauguraremos la correspondencia especial de Campoamor —dijo Rodríguez Mendoza tomando el papel de manos de Samuel Ossa y guardándolo en el bolsillo de su ulster—. Los mostraré a Mac-Clure.

—Nada de eso, amigo Manuel —replicó Ossa Borne extendiendo la diestra—. Devuelve ese papel al lugar de donde la sacaste, es decir, a mis manos. ¡Han visto ustedes semejante falta de respeto! Como anfitrión de este té de amigos, debo guardar estos versos para luego escribir las actas de esta noche. ¿O no, Manuel? ¿No es así como funciona esta Sociedad del Silencio —preguntó guiñando un ojo.

—Pero Samuel, necesito una copia para incluirlos en el especial del diario.

—No te impido que los copies, querido amigo, sólo que te los lleves.

—Es inútil, Manuel. Los tengo en mi cabeza —terció Rubén Darío con una sonrisa de orgullo.

—Me llama la atención, Rubén, la rapidez con que trazó estos versos dignos de la mejor pluma. Tal parece que están escritos al correr de la pluma siguiendo el pensamiento. Y los cambios fueron hechos en el momento mismo de nacer la idea... ¿Ves Manuel? Sólo están enmendadas las palabras “ante” y “el”.

Mientras Ossa Borne y Rodríguez Mendoza comentaban la décima de Rubén Darío escrita en honor de Ramón de Campoamor, el de las Doloras y las Humoradas, Gregorio Ossa trazaba unas líneas en un álbum perteneciente al segundo redactor de La Época y que contenía no pocos dibujos y caricaturas, algunos pensamientos y firmas. Luego pasó el librito al doctor Puga Borne diciéndole

—Escriba, querido Ministro.

El doctor miró un retrato de Samuel Ossa que Laroche acababa de pintar y que se exhibía sobre el estante a la espera de que la pintura se secara, y escribió sin firmar:

—Opino que me parece un pino.

Aquello motivó una carcajada general. Laroche cogió el álbum, leyó la línea y se puso de pie en actitud y con palabras de desafío. Fueron designados los testigos, quienes salieron al patio acompañando a los adversarios y portando las armas reglamentarias: unos primorosos bastones. Los duelistas se pusieron en guardia esperando la cuenta de sus padrinos. Laroche fue desarmado en tres asaltos sucesivos. Hubo reconciliación rápida porque los helados se derretían.

Mientras el duelo se desarrollaba, Darío tomó el álbum de su amigo que había quedado abandonado sobre la mesa y escribió en pocos segundos:

“—Noches buenas, ¿no? Charlas como aquellas será difícil que volvamos a tenerlas, entre el ruido de los papeles, uno frente al otro, ambos flacos y soñadores, llenos de ciertas vanidades que son virtud en algunos hombres.

“Hablabamos una noche en la sala de redacción, de cierto brillante talento; una triste historia de amor, un capítulo que bien podría titularse: De cómo se va al país de la Bohemia... Verdaderamente, el sucedido me impresionó. La lluvia tamborileaba musicalmente, cayendo escasa de los tejados. Hacía frío, un frío de esos que hacen pensar en una taza de té, en una copa de vino negro y en un lecho lleno de blancuras tibias.

“Ya los Abrojos —esos abrojos míos que son tuyos también— estaban casi terminados. Luego tú desesperaste. —¡Y bien! Ahí tienes tema para uno.

“En verdad, la historia melancólica, la locura pálida del desengaño, todo aquello...

“Escribí:

*“Cuando la vio pasar el pobre mozo
y oyó que le dijeron: —¡Es tu amada!...
lanzó una carcajada,
pidió una copa y se bajó el embozo.
—¡Que improvise el poeta!
Y habló luego
del amor, del placer, de su destino...”*

*Y al aplaudirle la embriagada tropa,
se le rodó una lágrima de fuego,
que fue a caer al vaso cristalino.
Después, tomó la copa
¡y se bebió la lágrima y el vino!...”*

*“Desde esa noche
fue mi amigo A. de Gilbert...”*



*“Desde aquella noche fue mi amigo
A. de Gilbert...”*

✱

✱ ✱

—¡Eh, Rubén! Acérquese, hombre. Alberto va a leer el último de los asesinatos inventados por Carlos Zañartu, que ponen los pelos de punta y mantienen las puertas del vecindario cerradas desde las ocho de la noche en adelante. Puedes comenzar Alberto, estamos listos.

Los miembros de la redacción de La Época arrimaron las sillas y formaron un semicírculo alrededor de Alberto Blest Bascuñán, quien se encontraba sentado despreocupadamente sobre la mesa de redacción con unos papeles en la mano.

Darío estaba ubicado en el otro extremo, leyendo unos diarios, sin hacer mayor caso de bullicio. A su lado estaba Manuel Rodríguez Mendoza, revisando unas pruebas de imprenta. Luego de carraspear, el hijo del Ministro de Chile en Francia comenzó a leer con voz clara y pausada.

—“Espantoso crimen”. Buen título, ¿no les parece? —comentó deteniéndose apenas iniciada la lectura y dándose importancia.

—Por supuesto, por supuesto. Vamos con el espantoso crimen.

—“Se ha dado cuenta al Juzgado correspondiente de un crimen verdaderamente horrible cometido en la habitación de la señora Francisca Bertin, de nacionalidad francesa. Dicha señora vivía en la lavandería de la Casa de Maternidad, calle de Escanilla. Su habitación da a la calle de San Eufasio...”

—Sáltate el preludio Alberto, y pasa inmediatamente a los detalles macabros con que gusta adornar sus crónicas policiales el colega Carlos Zañartu.

—Está bien, está bien. Pero debo decir que la paciencia no es una de tus virtudes Lucho. Déjenme ver, déjenme ver... Aquí está: “Ayer como a las 3 de la mañana, seis hombres se introdujeron por la calle Colón, a la casa de maternidad, llegando hasta la pieza donde dormía la señora Bertin. Los bandidos para penetrar fracturaron la cerradura de la puerta a golpes de piedra. Sujetaron a la pobre señora, le taparon la boca y narices con una media, y le apartaron el cuello con las manos hasta estrangularla —narró Alberto con tono teatral, reforzando su lectura con gestos acordes a la trama—. A la jovencita Leontina la amarraron y quitaron dos llaves, la de una puerta que da a la calle del Retiro y de la de un baúl. Luego comenzaron a hacer su robo. Echaron en una manta todos los trajes de las dos mujeres y algunas pocas prendas de los pobres, Robaron además unos 300 pesos y 2 relojes, uno de oro y otro de plata. Dejaron atada y envuelta en una sábana a Leontina, cerca del cadáver de su madre y se fueron de huida los infames. Por la mañana pudo desatarse y avisar al mayordomo, quien dio parte a la policía”. Querido amigo Carlos —dijo Alberto deteniéndose nuevamente—, la solución a este

espantoso crimen es bastante simple. Basta que el señor juez ponga a todos los diligentes efectivos de la policía a buscar a dos bandidos vestidos de mujer. No creo que sea muy difícil. ¿Qué cree usted, poeta Darío?

Rubén no contestó. Estaba enfrascado en el examen minucioso de un artículo aparecido en el diario Los Debates que no llevaba firma. Ante el silencio del extranjero, Alberto Blest se encogió de hombros y continuó comentando con el personal de La Época el crimen narrada por Carlos Zañartu, que todos los presentes juzgaban como nacido de su inagotable y fértil imaginación.

—Manuel —dijo Darío sin levantar la cabeza a su compañero de labores—. ¿Sabes quién escribió este artículo?

—¿Cuál artículo, Rubén? —Rodríguez Mendoza abandonó por un momento las pruebas de imprenta para fijarse en el periódico que el poeta nicaragüense le extendía.

—Es aquel que se refiere a la muerte de un romancero popular —contestó Darío—, uno de esos poetas bronco e ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento que les acaricia. Su estilo nada tiene en común con el de los otros escritores que abundan hoy. ¿Lo conoces?

Rodríguez Mendoza permaneció pensativo por unos momentos, con la vista fija en la hoja del diario Los Debates.

—No podría afirmarlo con certeza, Rubén —respondió titubeando—, pero creo reconocer en el estilo a su autor. ¿Te interesó, eh?

—Sí. Me gustaría conocer al creador de estas líneas deliciosas en las que la frase sonrío y chispea, llena de la alegría franca del corazón joven.

—Voy a hacer unos arreglos entonces, amigo mío —dijo Rodríguez Mendoza con tono misterioso—. Si no me equivoco en mis suposiciones, tú y el autor de ese artículo que tanto te llamó la atención tienen mucho en común —continuó levantándose—. Si alguien me busca estoy en mi oficina, pero sólo si es urgente. Voy a revisar las pruebas de imprenta de la edición de mañana, así es que prefiero que no me molesten.

Darío asintió repetidas veces, mientras comenzaba la cuarta o quinta lectura de “Guajardo”.

“Cómo principiar?”

“No se trata de un gran poeta, de un gran pensador. Es la pequeña historia de un hombre del pueblo, que durante largos años ha cantado sus sentimientos y sus tristezas, porque, sin duda alguna, en medio de las tumultuosidades de la vida, el pueblo es triste y melancólico.

“He aquí, pues, el secreto de muchos hombres y de muchas poesías.

“Interpretar el perfume salvaje de la naturaleza, los arranques apasionados del mundo de los pobres, traducir en estrofas sus deseos, sus pensamientos y sus lágrimas, es algo difícil. Se necesita haber nacido en el círculo, haber experimentado los sinsabores de la multitud, hacer sentido con ella, haber estudiado sus amores, para producir esos cantares, que se repiten de boca en boca, que las guitarras preludian monótonamente, como el zumbido de un enjambre de abejas, que arrebatan esos corazones ignorantes, que despliegan a sus ecos toda la fuerza de la esperanza, toda la estrecha ambición del porvenir.

“Muy pocos son los poetas populares.

“Recordamos a Ferrán, el español, que echando a un lado los mantos de seda y los ensueños delicados de su fantasía, nos tradujo con la forma pulida de su pluma, as

magnífica noches de Granada, los suspiros de oro de sus mujeres y los ayes de sus hombres desesperados por el amor.

“Era aquel infierno delicioso, en las gentes sufrían acompañadas de versos y de lágrimas.

“‘La Soledad’ es un magnífico poema, es el poema de un pueblo escrito en cantares. Cada uno reconoce ahí su obra. Todos han depositado una flor que muestran orgullosos. El pueblo siente y ama, y cuando expresa sus amores conserva la virilidad triste de la desgracia.

“En España, tierra de guitarras, las carcajadas tienen el sabor inteligente de sus mujeres; el pasado les legó un recuerdo de héroes y galanes que palpitan y viven en sus cantos.

“En Chile —forzoso es hablar de nuestro país al recordar un nombre para muchos desconocido— en Chile son pocos los que bajo la manta y el enorme sombrero, ocultan un corazón hecho para cantar las penas de la gran comunidad del trabajo.

“La poesía popular nace de la tradición y de la leyenda. Aquí alcanzamos con la mano el más apartado de los hechos. Nuestra historia es corta, sin Prometeo, sin ondinas, sin dioses destronados; de aquí el carácter original, robusto, ineducado de los poetas populares. Todo lleva el sabor de la brisa de los campos, de los aires de la tierra.

“¿Quién no conoce, de nombre siquiera, a Bernardino Guajardo? ¿Quién no conoció esa cabeza blanca, esos ojos inmóviles, aquella pronunciación peculiar?

“Era pequeño. Vestía traje del campo, manta y sombrero de anchas alas. Sus versos, a veces, producían también el sonido característico de las espuelas. Nada le faltaba para ser un original. Hacía versos, eso sí, que provenía del pueblo, y las grandes personalidades de la multitud sólo son aplaudidas en los mercados, en las estaciones, en las fiestas de Noche Buena, y nada más.

“Bernardino Guajardo imponía su talento y lo vendía muy barato.

“Todo era en él característico.

“Una mala imprenta daba a luz sus canciones. El anuncio de la nueva poesía de Guajardo circulaba por la mañana, en la Plaza de Abastos, a la hora de las cocinerías, y a la tarde, se podía observar a un grupo de hombres, acurrucados en un rincón cualquiera de una calle o de un edificio en construcción, con el cigarro prendido y leyendo pausadamente, como para saborear hasta la menor idea, el sentimiento más insignificante de su pequeño Homero.

“¿Es verdad que no conocéis a Guajardo? ¿A la musa de las sierras? ¡Qué injusticia!

“Tenía estro y su corazón latía desordenado como todas las pasiones del pueblo.

“¿Nunca le oísteis declamar versos? ¿Nunca visteis su cabeza blanca?

“Leer una de sus estrofas es leer un pedazo de la vida del pueblo. Declamaba sus versos, que tenían todo el perfume de un manojito de flores silvestres.

“Hoy ha concluido su tarea. Ya no se verán más por las calles los papelititos de colores firmados por Bernardino Guajardo.

“Un eco del pueblo que se va es la historia de muchos corazones que no podrán expresar sus quejas.

“Los pequeños ídolos se desmoronan, sus adoradores sufren; pero la gran constelación de dioses permanece impasible.

“He escrito estos reglones, porque, sin duda alguna, el pueblo lo siente, y hoy día lo que piensa el pueblo es acatado por muchos”.

—¿Quién será el creador de estas líneas deliciosas en las que la frase sonrío y chispea, llena de la alegría franca del corazón joven? —repitió en voz baja, embelesado y pensativo, mientras los jóvenes miembros de la redacción de La Época iniciaban la lectura de otro de los macabros casos policiales de Carlos Zañartu.



Pocos días después, Manuel Rodríguez Mendoza apareció en la sala de redacción acompañado de un joven de corta estatura, delgado y rubio, que recibió —¡cosa extraña!—, un saludo extrañamente amable y respetuoso de parte los miembros del personal de La Época, de ordinario más bien zumbones. Una joroba curvaba su espalda, y de entre sus hombros emergía una hermosa cabeza de delicados rasgos, nariz aristocrática, ojos grandes y rasgados de mirada dulce y transparente, boca fina y sensual.

—Rubén —dijo Rodríguez Mendoza acercándose al joven nicaragüense que se encontraba, como de costumbre, batallando por escribir algún párrafo para la crónica del diario—, permíteme presentarte a un joven generosamente dotado por las musas, dueño de un ingenio maravilloso, talento natural y grandes condiciones de asimilación, además de un interés por ilustrarse en todos los campos. Pedro Balmaceda Toro, el señor Rubén Darío, poeta nicaragüense que honra al reino de Chile con su presencia.

—Un gusto, señor Darío. Manuel me ha hablado mucho de usted. Es un verdadero placer conocer a un hermano de letras.

Balmaceda Toro hablaba con tono afable, pero en su voz se adivinaba la nota vibrante de un temperamento nervioso. Los tres se sentaron en una esquina de la

gran mesa de redacción de La Época, un poco aparte del resto de los concurrentes, entretenidos en una charla iniciada hacía bastante rato.

—Rubén —habló Rodríguez Mendoza luego de un momento de silencio en el que Darío y Balmaceda aprovecharon de examinarse a hurtadillas, pero concienzudamente—, a sus pocos años, Pedrito tiene una sapiente erudición. Sabe idiomas. Sin haber ido a Europa conoce a la perfección los detalles de las bibliotecas y museos. En estos días que corren, pocos ponen su pluma a disposición de las artes, pero nadie con la novedad de estilo de mi amigo Pedrito Balmaceda.

—No debe hacer mucho caso a Manuel, señor Darío—dijo el hijo del Presidente de la República con un vago gesto restándole importancia a los elogios del segundo redactor de La Época—. No es gran mérito el que señala. Es verdad, pocos intentan innovar en el campo de las letras. Pero ello obedece a que en Chile no hay escuelas, no hay caracteres, no existen por desgracia las condiciones necesarias para dar fisonomía propia al arte que se dulcifica, que se mezcla, que se encarna en la vida de un pueblo, que participa de su sustancia y se transforma en habitante gracioso y risueño del nuevo hogar, como las palomas de blancas alas que anidan en el techo recién construido, suavemente dispuesto a recibir el fruto de sus favores.

—En eso tienes razón, Pedrito. Hay pocos capaces de librarse de la afectación castiza y de adoptar la claridad y sencillez de los escritores franceses.

—¡Qué cierto es lo que acabas de decir, Manuel! Nada más estéril que los preceptos consagrados de antemano para una producción cualquiera. Las ideas preconcebidas matan el vuelo libre de la inspiración y apagan la naturalidad desenvuelta de la juventud. Ahí tenemos el ejemplo de la pintura. En Francia, que posee una de las organizaciones más completas en Bellas Artes, se ha llegado hasta el extremo de negar la utilidad de una escuela sostenida por el Estado, porque se comprende lo difícil que debe ser para maestros distinguidos, que han bebido todo su arte bajo la cúpula del Instituto, en los moldes griegos o en las composiciones

hieráticas de fama antigua, renunciar a esa enseñanza, suprimir ese pasado de tantos siglos, dejar perderse por inútiles todos aquellos preceptos estudiados a costa de tantos esfuerzos, todo aquel mecanismo embrionario, seco y profundamente negativo en sus consecuencias. Y ha llegado hasta tal extremo esta corriente de independencia para las artes, que todos los pintores nuevos, los nuevos maestros, se han formado en los talleres particulares, fuera del alcance de Cabanel, el pontífice de la Escuela de Bellas Artes.

—Como dice mi amigo Darío, tal parece que hoy la poesía sufre de anemia, y de tisis el ideal.

Balmaceda toro miró con curiosidad al poeta nicaragüense, quien se sintió obligado a explicar su dicho:

—En castellano hay pocos que sigan la escuela parnasiana, la de Catulle Mèndes y otros, casi exclusivamente franceses. Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan —para producir la chispa— con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa, la doctor, que retorció y laminaba y trenzaba a frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizá más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia. Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo en buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tendido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.

—Lúcida apreciación —afirmó Pedro Balmaceda observando con interés al poeta extranjero algo azorado—. El arte, la literatura, pasa en Chile por un período de decadencia. No se diga que es falta de ambiente, que no hay instrucción para

apreciar la obra de desenvolvimiento artístico. Si no se producen escuelas es porque falta el espíritu. *“No hay arte. Solo hay hombres. ¿Llamáis arte al oficio de la pintura, del poeta o del músico, mientras éste consista en frotar la tela o el papel? Habrá, pues, arte mientras haya gentes que tengan estas ocupaciones. Si, por el contrario, creéis que lo que preside al trabajo material es lo que resulta de este trabajo; si pronunciando la palabra arte queréis dar un nombre a esa entidad que tiene tantos otros: inspiración, meditación, respeto por las reglas, culto hacia la belleza, realización del ideal; si bautizáis de esta manera una idea abstracta cualquiera, en ese caso, lo que llamáis arte es el hombre”*. Creo, con Musset, que la decadencia literaria y artística no proviene de la falta de estímulo o de amparo de los gobiernos. Depende sencillamente de que los hombres faltan, y de que el ingenio de la mediocridad sólo tiene valor para llorar su desgracia, abandonándose a la corriente...

Darío escuchaba a Pedro Balmaceda con gran atención. Se sentía inclinado hacia el hijo del Presidente de la República por el lenguaje claro con que expresaba sus ideas que estaban tan de acuerdo con las que él mismo alimentaba, y por los gestos convincentes que servían de apoyo a sus razones. *“Tal como si subrayara con un movimiento vivaz y penetrante de malicia sus frases, pronunciadas con voz vibrante pero opaca, como si estuviese la vocalización suavizada por una tela de raso”*, pensó.

—Sin embargo —dijo en voz alta Rubén Darío—, es posible encontrar perlas en el lodo. Hace pocos días leí un artículo en el que descubrí un estilo totalmente diferente al de todos los escritores que llenan las columnas de los diarios con sentencias anquilosadas escritas siguiendo el dogmatismo académico. Manuel fue testigo del interés que me produjeron esas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría del corazón joven. Me gustaría saber quién es el autor de ese elogio a un pobre romancero popular muerto sin haber recibido más reconocimiento que el del bajo pueblo.

—¡Soy yo! —exclamó Pedro Balmaceda, con expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua de una fuente montañosa.

—Hay esperanzas entonces —dijo con emoción Rubén Darío—. He aquí un hombre joven, rico, hijo del Presidente de la República, que escribe admirablemente, que deshoja margaritas y hace ramos de blancas clemátides olorosas, en vez de darse de lleno al negocio, a las tareas bursátiles, ocupación principal de casi todos los de su clase, en este país lleno de riqueza, tan a propósito para el placer. Helo aquí, prefiriendo la conversación de un par de artistas pobres, la tarea de exprimir su pensamiento en las cuartillas de papel, o la deliciosa fruición de desflorar las páginas de un libro nuevo, a andar brazo a brazo con los *sportmen*, a apostar dinero a las patas de un caballo, o a gozar con los placeres elegantes de un *five o'clock tea*...

Las últimas palabras de Darío se perdieron en el repentino sonido de los bronces de las campanas de los cuarteles de bomberos convocando a sus voluntarios. Manuel Rodríguez Mendoza se levantó bruscamente y de tres saltos cruzó la habitación en dirección a la ventana. Asomó medio cuerpo por el balcón seguido por casi la totalidad del personal de La Época que pugnaban por conseguir una ubicación que les permitiera echar un vistazo a lo que ocurría en el exterior. Afuera, por la antigua calle del Rey, pasaban presurosos los bomberos a pie, poniéndose sus cinturones o sus casco de bronce, reconociéndose en el camino, y más allá, en la Alameda de las Delicias, se escuchaban los chasquidos de los latigazos con que los aurigas de los coches bombas apresuraban a sus nobles cabalgaduras.

—¡Eh! —gritó Manuel Rodríguez a un transeúnte que pasaba corriendo bajo el balcón—. ¿Qué pasa? ¿Dónde es el incendio?

—Una de las casas regias de la calle del Ejército Libertador esta siendo devorada por las llamas —contestó el hombre en el mismo tono sin detenerse en su rápida carrera—. Los bomberos ya van en camino. ¡Algún ricachón habrá olvidado

apagar la lámpara de gas! —rió casi perdiéndose en la esquina de Estado con la Alameda.

—Compañeros —dijo Manuel Rodríguez cerrando la ventana y volviéndose hacia el personal del diario que lo observaba ansioso esperando noticias—, ya escucharon: tenemos trabajo que hacer. ¡Rubén! —llamó al poeta que continuaba sentado sin dar mayor importancia al alboroto producido por el incendio y sin entender tampoco la expectación del personal de La Época, que comentaba en voz baja la nueva aventurando los nombres de algunas familias encopetadas que podrían verse afectadas por el desastre—. Rubén, hombre, despierta. Anda a la calle del Ejército Libertador a ver qué sucede. Voy a guardar espacio para tu gacetilla, cinco o seis párrafos a lo más. No te olvides de averiguar los nombres de los dueños de los palacios afectados, los heridos, si es que hay, y las causas del siniestro. ¡Vamos, vamos! —urgió a Darío golpeando las palmas—. Si no te apuras vas a llegar cuando los bomberos hayan controlado el fuego.

Rubén Darío se levantó de la mesa con desgano, disculpándose con Pedro Balmaceda por tener que abandonarlo en medio de tan agradable conversación. Pero, usted sabe, cuando el deber llama...

—¡Iremos juntos! —exclamó Balmaceda Toro incorporándose.

Darío aceptó complacido el ofrecimiento. Ambos jóvenes bajaron animados las escaleras, desde donde escucharon la voz de Manuel Rodríguez Mendoza recomendando a Rubén Darío premura, que ya la eran las ocho de la noche y la edición estaba apunto de cerrarse. ¡No fuera a ser que la impresión se iniciara sin los pormenores del incendio! Los nuevos amigos se miraron y sonrieron, y tomados del brazo salieron a la calle, uniéndose a la turba que se dirigía al lugar del incendio, señalado por una espesa columna de humo que ascendía pesadamente y que destacaba contra el cielo primaveral de ese día de diciembre. En medio de la aglomeración de curiosos, frente a las llamaradas que se extendían sobresaliendo por las techumbres encendidas, Darío y Balmaceda conversaban animadamente

sobre literatura, sin darle mayor importancia a los empujones de los curiosos que se esforzaban por avanzar en medio del tumulto a fuerza de codazos y puntapiés y así tener una buena ubicación para apreciar los daños provocados por las llamas en los palacios y sus finos decorados sin perder detalle alguno.

—Por mi parte, hombre —casi gritó Pedro Balmaceda para sobreponerse al bullicio mientras la multitud lo tironeaba de un lado a otro—, yo opino que es suficiente gloria para los hermanos Goncourt haber sido los introductores del japonismo en Francia, haber dado la nota de buen gusto en los muebles y adornos de salón resucitando las cosas bellas, y haber presentado a Zola y al desarrollo de la escuela. ¿Qué crees tú? Pero por lo visto —continuó sin dar tiempo a Darío de responder—, tú no te fijas. ¡¿Qué dices?!

—¡Escribiremos un libro hirviente titulado Champaña! —exclamó riendo Rubén Darío haciendo bocina con sus manos.

—¡Eso es! Un escrito que unifique nuestras dos naturalezas, nuestras ardientes y vivas emociones estéticas, y que se transforme en aliento mantenedor de nuestras esperanzas. Una novela poblada de flores de loto, de paisajes pintados con la punta del ala de una golondrina. ¡Un libro hirviente titulado Champaña!

El sonido de sus risas se perdió en medio del hablar confuso de la muchedumbre, la cadenciosa palpitación de las bombas, el estallido de los cristales en el fuego, el golpe de las hachas, la voz de las bocinas y clarines de los carros de los bomberos. Y en esas circunstancias, ¡cosas de la juventud!, mientras una casa ardía, los dos geniales muchachos, rubio uno y moreno el otro, discutían sobre los Goncourt y sobre Zola, se comunicaban su amor por Francia y disertaban más y mejor sobre sus destinos.

—Escribiremos en francés, Darío. La lengua castellana es la más apropiada para ciertos géneros, como el histórico, el didáctico, el filosófico y el de la alta elocuencia, pero la lengua francesa es la única que se presta para expresar con

brillo y novedad todos los caprichos de una rica y fecunda imaginación, la única capaz de traducir embriones de ideas...

El violento derrumbe de una muralla interrumpió la disertación del hijo del Presidente y recordó a Darío sus obligaciones como cronista de *La Época*. En medio del polvo y las chispas encendidas que la brisa nocturna arrastraba y dispersaba, Rubén Darío consiguió dar con un comandante de la quinta compañía de bomberos, quien le entregó las informaciones que requería para componer los párrafos que le había solicitado Manuel Rodríguez. Mientras el esforzado bombero respondía jadeando por el esfuerzo las preguntas hechas por el aprendiz de periodista, Darío tomaba concienzudamente apuntes en una improvisada libreta de reportero, que siempre llevaba en uno de sus bolsillos para anotar las palabras que le llamaban la atención en medio de las conversaciones con sus amigos chilenos y que después usaba en sus composiciones poéticas.

—Todo listo, Pedro. Ya podemos regresar.

—Vamos entonces, Darío. Hay un pequeño negocio que debo tratar con don Eduardo Mac-Clure.

Emprendieron el regreso a *La Época* tomados del brazo, como buenos camaradas que se conocen desde hace largos años y comparten una amistad profunda, un mutuo comercio de ideas. Dos soñadores entregados a la construcción de castillos en el aire.

—¡Ah, querido Darío! Iremos a París, seremos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mèndes, a quien le preguntaremos porqué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiremos a Renán en La Sorbona y trataremos de ser asiduos contertulios de *madame* Adam. Y escribiremos libros franceses, ¡eso sí! Haremos un libro entre los dos y le pediremos a Emile Bayard y al ex chileno Santiago Arcos que hagan las ilustraciones. ¿Qué título llevará el libro?

Ya sé, no me lo repitas: ¡Champaña! Pero ante todo el estilo. ¿No es cierto hombre?

—Y después de París, iremos a Italia y a España. Y luego, ¿por qué no?, un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti. Y vestidos de seda, pasearemos por bosques de vegetación desconocida sobre un gran elefante.

Pedro lanzó una gran carcajada, y deteniéndose, se situó frente al joven nicaragüense, a quien tomó de los hombros y remeció suavemente.

—¡Y haremos, ¿no es así?, lo de Tartarín de Tarascón!

—¡Y beberemos ajenjo, mucho ajenjo! —exclamó Rubén Darío reanudando la marcha.

—Sí, y lo que es mejor, ¡beberemos a pleno pulmón la gloria, que es el ajenjo de los poetas!

Así conversando llegaron los dos poetas a las oficinas de redacción de La Época. El eco de sus risas alegres subió por las estrechas escaleras retumbando en las viejas murallas y despertando a los pequeños suplementeros que dormían en los fríos escalones a la espera de la salida de la edición matutina.

—¿Se puede saber de dónde vienen tan alegres? —preguntó a los recién llegados uno de los miembros del personal de La Época.

—¡Ah, ya llegaron! —exclamó Manuel Rodríguez levantando la vista de la prueba de imprenta que estaba revisando—. Maqueira, lleva esto a los muchachos. Que modifiquen lo que está tachado y corregido, aquí y aquí —dijo señalando las enmiendas hechas con su letra inconfundible—. ¿Está claro?

—Sí, don Manuel. Les digo que antes de que comiencen a imprimir hagan los cambios que usted señaló aquí y aquí —repitió apuntando a su vez las rectificaciones hechas por el segundo redactor—. ¿Eso es lo que tengo que decirles?

—Sí, Maqueira, eso mismo —asintió sonriendo Rodríguez Mendoza—. ¡Espera! —casi gritó—. Se me olvidaba algo. Falta una gacetilla. Que esperen hasta que les envíe el suelto de Rubén. Queda tiempo todavía —dijo para sí mismo observando la esfera del fino reloj que acababa de sacar del bolsillo de su elegante y bien cortado pantalón—. Que adelanten mientras tanto con estas pruebas que ya están corregidas. Gracias Maqueira.

El gordo Maqueira se retiró rascándose la enorme cabezota en un gesto que todo el personal de La Época conocía perfectamente. Rodríguez Mendoza tiró la pluma con la que había estado corrigiendo las pruebas de imprenta sobre la mesa, y saludó a Rubén Darío palmeándole cariñosamente la espalda con su mano derecha, manchada por la tinta.

—¿Cómo estuvo la cosa, Rubén? ¿Trajiste algo bueno?

—Sí, Manuel. Todo lo que me pediste. Pregunté al comandante de bomberos por las causas del incendio y tomé nota de las direcciones y de los propietarios de los palacios afectados. Todo esta aquí —dijo golpeando sonriente el bolsillo derecho de su abrigo.

—¿Hubo heridos?

—Déjame ver —contestó Darío como tomado por sorpresa y sacando apresuradamente su libreta de apuntes del bolsillo de su ulster.

—Déjalo así, Rubén, déjalo así —sonrió Rodríguez Mendoza moviendo las manos en el aire—. Ya me enteraré por tu gacetilla. Pero ahora, hombre, siéntate y ponte a escribir, mira que queda poco tiempo. Si tienes alguna dificultad me avisas.

Darío tomó la pluma que su amigo Rodríguez Mendoza acababa de abandonar y acercando algunas hojas de papel se sentó un poco tenso en la mesa de redacción. Respiró profundamente, una, dos, tres veces, y abriendo su libreta de notas comenzó a revisar los apuntes. Pedro Balmaceda Toro acercó una silla y se sentó a su lado.

—Manuel, ¿has visto a Lucho Orrego o al director Eduardo Mac-Clure? Tengo un negocio que debo...

—¡Pedrito! Al fin llegas —interrumpió Orrego Luco, quien venía entrando al salón con en mangas de camisa—. Me dijeron que habías acompañado a Rubén al incendio. ¿Qué te pareció nuestro joven poeta llegado del trópico? ¿Interesante, no es verdad? Ya le entregué tu artículo al director —continuó impetuoso sin dar tiempo a Balmaceda de contestar—. Dijo que lo iba a leer y que nos avisaría apenas tomara una decisión, así es que pronto tendremos una respuesta. Pero no creo que debas preocuparte. Tu crítica es excelente, de lo mejor que te he leído, y estoy seguro que nuestro director no podrá resistirse a tu fina escritura. Aunque también es cierto —dijo bajando la voz y acercándose al oído del hijo del Presidente de la República—, que Mac-Clure prefiere a la mejor poesía de Homero un buen bistec o un jugoso asado al palo.

—¿Qué se traen ustedes dos? —preguntó Rodríguez Mendoza aparentando no haber escuchado la última frase del Jefe de Crónica de La Época.

—Nada Manuel —respondió todavía riendo Lucho Orrego—. Lo que pasa es que le llevé un artículo de Pedrito a nuestro director para que lo publique en nuestro periódico. ¿Qué te parece?

—¡Al fin, chico, al fin! —exclamó Rodríguez Mendoza extendiendo su mano a Pedro Balmaceda—. ¿Qué te hizo decidirte? Desde que entré a trabajar a La Época te he invitado a adornar sus columnas con tu hermosa prosa. ¿De qué trata el artículo? ¿Un cuento, una crítica de arte, tal vez?

—Eso mismo, Manuel. Una crítica de arte. Es sobre el último Salón realizado en la Quinta Normal —respondió Balmaceda—. ¿Qué dices, amigo? ¿Le gustará a don Eduardo Mac-Clure?

—No creo que haya problema, Pedri...

La frase de Rodríguez Mendoza quedó inconclusa por la llegada de Eduardo Mac-Clure, quien entró al salón sin fijarse en los presentes, hablando rápidamente mientras hojeaba las cuartillas de papel que le había entregado el Jefe de Crónica de La Época.

—¡Orrego! ¿Quién escribió esta crítica? Como todo el mundo sabe, soy un completo entendido en la materia y he leído en mi vida muchos artículos sobre arte, pero este, francamente, no me gusta nada. ¿Qué es esto de que se necesita algo de ceguera voluntaria para estudiar las pocas obras de mérito? Se nota que quién escribió esto no tiene idea alguna de lo que es el verdadero arte —Mac-Clure detuvo bruscamente su discurso cuando reparó en el joven rubio sentado al lado del poeta nicaragüense—. Pero si es don Pedro Balmaceda, el hijo de nuestro Presidente de la República, don José Manuel —saludó ceremoniosamente—. Es un honor tenerlo acá. ¿Cómo no me habían avisado de que teníamos tan ilustre visita? —incurrió al personal de la redacción que cruzaba divertidas miradas esperando la borrasca—. ¿A qué debemos la grata sorpresa de su visita, Pedrito?

—“Pedrito” —dijo Luis Orrego Luco imitando el tono solemne utilizado por Mac-Clure— es el autor de la crítica que le dejé esta tarde en su oficina recomendándole que la leyera por su estilo novedoso y juicio certero.

Eduardo Mac-Clure recibió el golpe en pleno estómago, y por unos instantes no supo qué decir ni qué hacer. Estaba de pie, inmóvil, con los brazos caídos y el rostro descompuesto. Una de sus manos sostenía un habano que se quemaba lentamente sin que su dueño atinara a llevarlo a sus labios, y de tanto en tanto sus cenizas caían al piso y se amontonaban cerca del zapato lustroso del elegante y distinguido miembro del Partido Liberal.

—¿La crítica? —repitió balbuceando—. ¡Por supuesto, por supuesto! La crítica...

—Tal parece que no fue de su agrado...

—¡No! —casi gritó el director de La Época—. No, no —insistió bajando el tono y tratando de comprar tiempo—. ¿Lo dices por mis comentarios de hace un rato? Me refería a otro artículo sobre arte, uno escrito por uno de esos bribones que se creen entendidos y que no saben ni deletrear bien su nombre. ¡Por supuesto que me agradó la crítica de Pedrito! ¡Si es admirable, digna de Saint-Beuve! Cuando vea al Presidente Balmaceda le diré lo talentoso que es su hijo mayor y lo orgulloso que debe sentirse de tan insigne lírico. Manuel, ¿qué te parece si lo publicamos en la edición de mañana del diario? En la primera página, como corresponde a una obra tan brillante.

—Como usted diga, don Eduardo. Pero ya hay una crítica de arte considerada para mañana, así es que si le parece, podemos publicarla pasado mañana, el 13 de diciembre. De ese modo Pedrito dispondrá de tiempo para revisar su escrito y hacer alguna modificación si lo estima conveniente.

—Perfecto, perfecto —respondió ausente Eduardo Mac-Clure—. Bueno, debo volver a mis deberes. Pedrito, un placer. No es necesario que le diga que las páginas de La Época serán honradas por su firma.

Eduardo Mac-Clure se retiró de la habitación rápidamente, sin esperar respuesta, perturbado y nervioso. Apenas su figura baja desapareció, una carcajada general

largamente retenida llenó la sala de redacción. ¡Buena metida de pata del director Mac-Clure!

—Te lo dije, Pedrito. Nuestro insigne guía no podía rechazar tu crítica, menos si consideramos que él es un “completo entendido en la materia” —río Orrego Luco—. En fin, lo importante es que tu crítica se publicará y los lectores de La Época conocerán un nuevo estilo en literatura. Pero, ¿qué tienes hombre? No me vayas a decir que tomaste en serio los comentarios sin fundamento de Mac-Clure.

—No es eso, Lucho, no eso... Me entristece pensar que en nuestro país se valora más la aristocracia de la ascendencia que la del talento.

—Te entiendo, amigo. Pero no desesperemos: ya vendrán tiempos mejores. En vez de dejarnos abatir por las durezas de la vida, pensemos en tu artículo... ¿Estás contento?

—Por supuesto, pero no puedo dejar de pensar en la reacción de Mac-Clure al saber que el hijo mayor del Presidente de la República era el autor de la crítica. No quiero que el público alabe mis escritos por mi apellido. Estoy harto de los elogios falsos, que sólo se pronuncian esperando una retribución a cambio.

—Es muy fácil solucionar tu problema, Pedrito. Firma con un seudónimo. ¿Tienes alguno en mente?

—No, nada se me ocurre. Ustedes, ahora mis queridos compañeros de labores, deben ayudarme. ¿Alguien tiene una propuesta?

Los miembros de la redacción de La Época se miraron unos a otros en silencio, como tomados por sorpresa. Luego comenzaron a escucharse las sugerencias, las que una a una fueron desechadas. La cosa no era sencilla. Aquellas cuartillas, llenas de ideas y frases encantadoras, con un estilo que era una novedad, no

podían llevar cualquier firma. Tenía que ser algo novedoso, que llamara la atención y dijera algo de las características únicas de esas líneas.

—¡Firmemos Gilbert! —gritó de pronto Rodríguez Mendoza, con una gran voz que se sobrepuso al bullicio generalizado.

—¿Gilbert, por qué Gilbert? —preguntaron varias voces.

—Si Manuel, ¿por qué Gilbert? —repitió Orrego Luco—. ¿Es acaso en honor del célebre satírico del siglo XVIII? Si es así, permíteme decirte que estas páginas no tienen nada de satírico...

—¿Gilbert a secas? —preguntó Darío dejando por unos momentos el incendio y sus causas—. Como la Sapho de Daudet a su futuro amante, al comenzar la novela de su amor... Como seudónimo de Pedro hay que escoger un nombre sonoro, una combinación lírica de letras que algo dijese de quién posee una tan opulenta imaginación y títulos tan soberbios en la aristocracia del estilo.

—Con algún agregado —respondió Manuel Rodríguez—. Por ejemplo, A. de Gilbert. ¡Eso es! A. de Gilbert —repitió—. Ése es un nombre de escritor francés. ¿Quién es más francés que Pedro, en su modo de escribir, en su aire literario?

La propuesta fue celebrada por todos y pronto salieron de quién sabe qué escondrijo secreto unas botellas de vino espumante que fueron inmediatamente descorchadas. Había que celebrar el nacimiento de un nuevo escritor, quien ganaría su bien merecidos aplausos desde las columnas de La Época.

—Un momento, por favor —pidió Rodríguez Mendoza—. Antes de comenzar la bien merecida celebración, debemos hacer un brindis por nuestro nuevo compañero de labores. Señores, les presento al eximio poeta y crítico A. de Gilbert. Levanto mi copa en su honor, para que las musas siempre lo bendigan con sus dones, y así

continué regalándonos obras maestras como la que hoy conocimos. Por A. de Gilbert.

—¡Por A. de Gilbert! —respondieron todos.

Inmediatamente comenzaron las bromas y la conversación, más y más amena a medida que la botella iba siendo vaciada y aparecían otras cuya procedencia era tan misteriosa como la de la primera. Manuel Rodríguez Mendoza se acercó silenciosamente a Rubén Darío, quien se encontraba llenando nuevamente su varias veces vaciada copa.

—Rubén, ¿está listo el artículo? Debo cerrar la edición de mañana.

—Aquí está Manuel —respondió Darío con orgullo—. Terminado y corregido.

—Perfecto, sigue celebrando entonces.

El segundo redactor de La Época tomó las cuartillas de papel y las revisó rápidamente. Una vez terminada la lectura, sonrió con un sentimiento muy parecido a la ternura, y dejando su copa sobre la mesa, salió silenciosamente de la habitación para arreglar los párrafos en la tranquilidad de su oficina. “Ah, mi querido Rubén. Tú no naciste para el oficio de periodista. No conoces los lugares comunes ni los socorridos términos que acomodan a todas las situaciones. Tú eres un poeta, un gran poeta”, pensó mientras caminaba por el pasillo de la redacción.

“EL INCENDIO DE ANOCHE.— A las 8 y media de anoche, la campana del cuartel general de bomberos daba la señal de alarma en el sexto cuartel. Un grande incendio se había declarado en la calle del Ejército Libertador, en la casa número 19, de propiedad de don Alfredo Prieto Zenteno actual intendente de la provincia de Llanquihue.

“Con la presteza acostumbrada los bomberos acudieron al lugar del siniestro, siendo la quinta compañía la primera que comenzara su tarea de salvación. A las 9

todas se hallaban funcionando, en la colocación que oportunamente se les señaló. Con entusiasmo digno de elogios los animosos voluntarios se concretaron antes que todo a aislar las casas que el fuego dominaba ya, a fin de evitar su continuación a los edificios colindantes.

“Además de la casa número 19, el devastador elemento invadió desde un principio las designadas con los números 21 y 17, ocupadas respectivamente por las familias de los señores don José Buceta y don Emilio Valdés; todas las cuales fueron destruidas en su totalidad.

“Las bombas trabajaron sin descanso hasta después de las doce; en seguida algunos se retiraron, quedando otros de guardia y ocupados en apagar los escombros.

“Diferentes versiones corrían anoche acerca del origen del incendio; unos lo hacían comenzar en la casa de la familia Buceta, otros en la del señor Prieto Zenteno. Quien decía que había principiado por el cañón de una chimenea, quien por un grande escape de gas que en una pieza se produjo.

“Lo cierto del caso era que nada se sabía a punto fijo siendo, por otra parte, imposible averiguarlo a causa del desorden y confusión que en este caso todo lo invade.

“Las pérdidas que ha ocasionado el incendio son más o menos, las que en seguridad indicamos.

“De la casa del número 21, del señor Buceta, se logró sacar una parte del mobiliario que como los anteriores, tampoco está asegurado. El edificio lo estaba en 20.000 pesos en la compañía Trasatlántica.

“Varios hombres han resultado heridos y contusos a consecuencia del incendio y de las comisiones más o menos peligrosas que en él les cupo desempeñar. Entre ellos figura el voluntario de la tercera don Ernesto Hiriart, con grave herida en la cabeza,

ocasionada por una viga que se desprendió de la parte superior de uno de los edificios incendiados; don Manuel Velasco, herido en un pie por la caída de un balcón, y varios otros con heridas o contusiones ligeras.

“También figura entre los heridos el alférez Pacheco de la Guardia Municipal, quien tuvo la mala fortuna de caer de un tejado por donde anduviera en persecución de algunos rateros.

“Poco después de haber principiado el incendio llegaron piquetes de tropa del batallón Tacna, de la Artillería y de la Guardia Municipal, a fin de mantener el orden y de facilitar el trabajo de los bomberos.

“Tales son los datos que nos ha sido posible recoger por ahora acerca de este desgraciado suceso que en el espacio de pocos minutos ha destruido magníficos edificios y ocasionado otras pérdidas de consideración”.

Pocos días después, apareció en La Época el artículo sobre el Salón de 1886 firmado por A. de Gilbert:

“Fue hace dos días solamente. La tarde estaba fresca, alegre, sonrosada; era sin duda alguna la mejor circunstancia para visitar con tranquilidad y calma la exposición de pinturas. El aire presta al espíritu algo de la naturaleza flotante; —y el arte, como el aire, necesita para ser juzgado, mucha diafanidad, mucho polvo de oro, mucha luz... Por eso escogí sin trepidar aquella tarde.

“En una de las avenidas de la Quinta Normal, se divisa, casi perdido entre las ramas de árboles y el azul del cielo, un pequeño Partenón de formas correctas, sencillas, que encierran la belleza en su desnudez encantadora. Aquel edificio hace pensar en toda la historia del pueblo griego —raza de hombres que formaron los dioses del Olimpo, y cuyas estatuas guardan aun, como un recuerdo perdido, las sonrisas y las miradas de aquellos tiempos...”

A. de Gilbert, una firma que era un verdadero enigma.

✱

✱ ✱

Los dos jóvenes entraron resueltos por la puerta principal del Palacio de La Moneda. Tomaron la escalera de la izquierda, al pie de la cual se paseaba un granadero con el arma al brazo. Subieron uno, dos pisos, y caminaron por el pasillo pasando frente a la puerta del despacho del Presidente de la República. Doblaron a la derecha y caminaron por el frío corredor alfombrado. Una, dos, tres, cuatro, cinco mamparas, hasta que Manuel Rodríguez se detuvo frente a una puerta con vidrios deslustrados.

—Aquí es.

Un criado salió a su encuentro, saludándolos con una reverencia ceremoniosa. Luego, golpeó tres veces la puerta suavemente y sin esperar respuesta del interior, giró la manilla y asomó la cabeza:

—Don Manuel Rodríguez Mendoza y Don Rubén Darío, señorito —anunció.

—Bien, hazlos pasar y cierra.

Los visitantes entraron a la espaciosa habitación, dividida en dos por un cortinaje que separada la sala de la alcoba. Las murallas, revestidas con un fino tapiz rojo, estaban adornadas con colgaduras y abanicos japoneses, cuadros de Valenzuela Palma, de Pedro Lira y de Alberto Orrego donados por los amigos. A la entrada, un viejo pastel, retrato de una hermosa dama de cabellera recogida, tez rosada y perfil de duquesa, con los mismos ojos soñadores y nariz aristocrática que Pedro. Una simple ojeada a esta pieza original, bastaba para comprender que su dueño era un apasionado por los *bibelots* curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japonerías, por los bronce, las miniaturas, los platos y los medallones. El mobiliario consistía en muebles de caoba de estilo colonial, una mesa ratona, porcelanas de Sèvres y jarrones orientales. En todas partes libros, clásicos y las últimas novedades

de la literatura universal, en especial la francesa. Sobre la mesa, unos diarios, y a su lado, un viejo ibis de bronce estiraba su cuello inmóvil. Cortaban el espacio de la habitación pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y florescencias de seda. En una esquina, no lejos del antiguo piano vertical, colgaba un cuadrado de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras deslucidas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*: era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios *bibelots*, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas.

Después de los saludos y bienvenidas correspondientes, los recién llegados se sentaron, Rodríguez Mendoza en una silla frente al escritorio de estudio, y Darío en un cómodo sillón oriental. Pedro Balmaceda cerró el libro que estaba leyendo, un título del Código Civil relativo a las asignaciones forzosas, y exclamó:

—¡Vencer mi afición a las letras y aprender argucias de leguleyo! ¡Cuestión admirable! ¡Esto no puede ser! Cuando ustedes entraron a mi pieza reñían descomunal batalla el artículo 1172 del Código Civil y la estrofa XI de las *Hojas Secas de Acuña*, el inspiradísimo vate mexicano. ¡Ah, Manuel! Recuerda tus tiempos de estudiante de la carrera de las leyes y compara, por más que el símil resulte grotesco. Leí el artículo que define la porción conyugal, que habla del patrimonio de una persona difunta, del cónyuge sobreviviente y de congrua sustentación. Terminada la lectura, ya no me acordaba del inicio, y a duras penas habría podido explicar lo que se entiende por congrua sustentación. Leí en seguida la estrofa del desgraciado poeta, en la que lamenta los desdenes de su amada:

*“¡Como quieres que tan pronto
olvide el mal que me has hecho,
si cuando me toco el pecho
la herida me duele más!
Entre el perdón y el olvido
Hay una distancia inmensa;*

*Yo perdonaré la ofensa;
Pero olvidarla... ¡jamás!”*

—El abogado excluye al hombre de letras —continuó Balmaceda mientras sus acompañantes intercambiaban una mirada de inteligencia y una sonrisa—. Antes de los veinticinco años habré publicado dos o tres volúmenes, pero antes de esa edad no habré hecho ningún alegato de bien probado. Pero, ¿qué les pasa a ustedes? ¿Cuál es el motivo de esas miradas?

—Mencionas a Manuel Acuña, Pedrito, y con Rubén no pudimos sino recordar que una estrofa del atormentado poeta suicida dio el título para sus Abrojos...

—¡No me digas más! —interrumpió Balmaceda Toro—. Ya sé a cual Dolora te refieres, a *Mentiras de la Existencia*, una de las más intencionadas composiciones de Manuel Acuña:

*“¡Qué triste es vivir soñando
en un mundo que no existe!
Y qué triste
ir viviendo y caminando,
sin fe en nuestros delirios,
de la razón con los ojos,
que si hay en la vida lirios,
son muchos mas los abrojos.*

*Nace el hombre, y al momento
se lanza tras la esperanza,
que no alcanza
porque no se alcanza el viento;
y corre, corre, y no mira
al ir en pos de la gloria
que es la gloria una mentira
tan bella como ilusoria.*

*¡No ve al correr como loco
tras la dicha y los amores,
que son flores
que duran poco, muy poco!
¡No ve cuando se entusiasma
con la fortuna que anhela,
que es la fortuna un fantasma
que cuando se toca vuela!"*

—Tus Abrojos, querido Darío —continuó Pedro Balmaceda después de que los tres amigos se felicitaran acaloradamente por la hermosa declamación a coro—, son la expresión profunda y sincera de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada...

—¡Ah, mi amigo! Me haces el bien de no confundir mis versos del alma con tantos arranques quejumbrosos, o blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como yerbas malas, que pretenden, en el jardín de las letras, el mismo jarrón que los *vergissmeinnicht* y rosas espinosas de Heine, o los desfallecientes lirios y campanillas azules de Gustavo Bécquer.

—Tú eres un poeta. Deberías reunir todos tus Abrojos en un libro escrito en puntos suspensivos. La mitad de tu vida es llanto. Y en la otra mitad, cantas tus lágrimas. Sí, Darío, eso hay que hacer. ¡Publicar tus Abrojos! ¿Sabes por qué? Hoy día las tristezas de los pobres no se aceptan en la sociedad, porque llegan así, sucias, harapientas, con todo el sabor de la miseria ignorada. ¡Hay que imprimir las penas, publicarlas, hacerles *réclame*! De otra suerte, si el desgraciado poeta pasa por la calle, sin que nadie lo conozca, alguien puede seguir: "¡Qué feliz! Ése no ha sufrido". Ese poeta eres tú. Tienes miedo de que crean que eres dichoso. Por eso, encargaremos a la imprenta que de a luz tu alma, desgarrada, llena de sollozos y de amarguras, y regalarás después tu libro a todos los conocidos, a todos los amigos. Ya lo veo en las elegantes vitrinas santiaguinas: Abrojos, el Libro de Job de la adolescencia.

—Esa es una muy buena idea, Pedrito, que debemos pronto llevar a cabo... ¿Qué te parece Darío? Abrojos será tu carta de presentación en la vida literaria de Santiago.

—No sé si sea muy a propósito, Manuel. El escepticismo y la negra desolación que llevan a dudar de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, pueden ser malentendido por el público. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hiera o nos enloda, si enamorados de la luz, de lo santo, de lo ideal, nos encontramos frente a la cloaca, si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza, si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende a la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo...

—¡Trueno de Dios! Darío, los poetas tienen siempre tristezas que sectarizan en el mundo literario. Tus Abrojos son una poesía nueva entre nosotros, es la virgen de los hielos, las rubias ondinas de los bosques de Alemania, que han emigrado a nuestro país, y por lo mismo, que allá en el polo esa inspiración seduce, aquí, llenos de sol, de aire, tiene atractivos y magnificencias deslumbradoras. Tus Abrojos son un nido de palabras encantadoras, una serie de cuentos, bosquejos de novelas, de dramas, sintetizados en bellísimas estrofas, que caracterizan el perfume cálido de una nueva poesía, que llega siempre en el invierno. ¡Los poetas dicen tan bien las cosas! Tus Abrojos son la vida real con sus peripecias, sus amarguras inverosímiles. ¿Qué hay más inverosímil que la vida, la vida *au jour le jour*, sin hogar, sin familia, sin ensueños de mujeres?

Pedro Balmaceda hizo una pausa mientras se levantaba para buscar en su bien provista biblioteca un libro en especial. Era *Germinie Lacerteaux*, de los hermanos Goncourt, que recién había adquirido en la librería de monsieur Chopis, el de la tienda del Pasaje Matte donde se vendían guantes y artículos para caballeros, y también las últimas novedades francesas de Zola, Bourget, Villiers de l'Isle Adam, Daudet, Baudelaire, Barbey d'Arenville, y, por supuesto de Edmond y Jules Goncourt.

—Darío, no debes preocuparte si tu obra es bien recibida o no —dijo mientras hojeaba el prólogo libro buscando un párrafo que había subrayado—. Escucha a los lúcidos Goncourt: *“Le public aime encore les lectures anodines et consolantes, les aventures qui finissent bien, les imaginations qui ne dérangent ni sa digestion ni sa sérénité: ce livre, avec sa triste et violente distraction, est fait pour contrarier ses habitudes et nuire à son hygiène”*. O si lo prefieres en la lengua de Cervantes: *“Al público le gustan también las lecturas anodinas y consoladoras, las aventuras que terminan bien, las fantasías que no perturban su digestión ni su serenidad: este libro, con su distracción triste y violenta, es a propósito para contrariar sus hábitos y perjudicar su higiene”*.

—¿Qué libro es ese? —preguntó Darío estirando a mano y recibiendo el texto que Pedrito le extendía.

Balmaceda Toro aprovechó para tomar a Manuel Rodríguez Mendoza de un brazo y arrastrarlo un poco aparte del poeta nicaragüense, precaución inútil, pues cuando Darío tenía cerca una novedad llegada de Francia, el resto poco le importaba.

—¿Qué pasa, Pedrito?

—Quiero que me cuentes Manuel, como está nuestro amigo. ¿Continúa teniendo problemas económicos? Me parte el alma escucharlo quejarse de su pobreza, de la miseria en la que se encuentra, de la soledad que lo agobia. ¿Sigue con su vida bohemia en las calles perdidas de Santiago?

—Siento tener que responderte que sí, Pedrito. Como comprenderás, como gasta en tres días el sueldo de un mes, su situación es siempre precaria. Hace poco desapareció por cerca de cinco o seis días de la imprenta y nadie le había visto ni tenido noticias de él. Temí que estuviese enfermo y fui a visitarle en la pensión de calle Nataniel donde aloja ahora. Cuando le pedí noticias a la patrona de la casa me dijo que ella creía que estaba bien porque no le había oído quejarse de mal

alguno, pero que hacía seis días que estaba en cama y no se levantaba, y agregó: “Es muy raro este caballero. Así se lo pasa acostado, rodeado de libros y de papeles, hablando sólo a ratos. No me llama sino para pedirme que comer”. Interrogué a la señora sobre cuánto pagaba el poeta por la pensión y si debía algo. La señora contestó que, efectivamente, ese día vencía el mes y expresó la cantidad. Yo no contaba con el dinero, pero le pedí una prórroga hasta conseguirlo...

Balmaceda Toro con una rápida mirada, se acercó al escritorio y echó mano a la cartera que guardaba en el primer cajón. Le extendió unos pesos a Manuel Rodríguez, quien suspirando le dijo con una nota trágica en la voz:

—Ni juntando tu dinero con el mío alcanza, Pedrito. No terminé de contarte. La señora me explicó que además del arriendo Rubén debe otras cosas. “Todos estos días, me indicó, he tenido que darle algunos extras que aumentan la cuenta, y éstos son muchos pichones que se ha comido, que he tenido que mandarlos buscar afuera, porque desde que está en cama éste ha sido su único alimento”. No puede evitar reírme, pero si vemos las cosas fríamente, la situación es dramática.

Pedro sonrió y moviendo la cabeza volvió a meter mano en la cartera, aunque esta vez le costó mucho más encontrar algún billete perdido.

—Ten Manuel, tú y yo tendremos el placer de pagar el mes de pensión y los famosos pichones de nuestro querido Darío.

—Don Alberto Blest Bascuñán, señorito Pedro —anunció el criado abriendo apenas la puerta. Antes de que Balmaceda Toro pudiera contestar, se escuchó la voz agradable del hijo del Ministro de Chile en Francia, maldiciendo en francés al sirviente.

—¿Acaso no sabes quién soy, infeliz? Quítate y déjame pasar, hombre, antes que te de una buena paliza por tu insolencia —la puerta se abrió de golpe y Alberto Blest hizo su triunfal entrada, pálido, pero sonriendo despreocupadamente—. Buen dar

con tu criado, Pedrito —dijo alegremente después de saludar a los tres amigos—. Está bien que esta maldita enfermedad me tenga delgado, pero aún así no podría pasar por la estrecha abertura de la puerta que sostenía tu descarado sirviente. ¿Qué hacen, amigos?

—¿Qué más podríamos hacer, *Ito**? Hablar sobre arte, que, como ustedes saben, es la mitad de la vida para todos aquellos que tienen un poco de alma.

—Para ti, Pedrito, es la vida entera. Y tienes razón, chico. Las mujeres están siempre a nuestro alcance y tarde o temprana acaban de aburrirnos; el champaña nos alegra y oxida a la vez... Sólo lo artístico permanece.

—Supongo, Alberto, que lo artístico somos nosotros.

—Tú Manuel, Rubén, Lucho Orrego, Alfredo Irrarrázaval y tantos otros. Yo sólo soy un pobre parisiense desterrado que vive soñando con los *boulevares* y *midinettes*.

—Un parisiense desterrado es más que un artista sin musa, querido Alberto —terció Manuel Rodríguez Mendoza.

—Don Luis Orrego Luco, señorito Pedro —anunció el criado apresuradamente, casi sin alcanzar a asomar la cabeza, ante la mirada divertida de Alberto Blest Bascuñán.

—¡Diablo de criado! —exclamó Balmaceda. Le he explicado unas mil veces que no me gusta que me llame "señorito", y ahí lo tienen, señorito esto, señorito esto otro.

—Paciencia, Pedrito, paciencia.

—Buenas noches, señores míos. Manuel, ilustre Alberto, poeta Darío. Pedrito, ¿cómo estás hermano mío? —exclamó el recién llegado abrazando con cariño al anfitrión y

* Seudónimo con el que firmaba Alberto Blest Bascuñán sus artículos y por el que le llamaban sus amigos en la intimidad.

palmeándole fraternalmente la espalda—. Como vengo con retardo, seguramente se han servido ustedes una buena tajada de mi ilustre personilla.

—Cree el ladrón que son todos de su condición —rió Pedro Balmaceda—. Esta noche estamos todos angelicales. ¿No notas en mi espalda como un embarazo de alas?

—Las alas de los artistas rompen por donde pueden, querido Pedrito —respondió con un tono de hondo afecto Lucho Orrego—. En fin —dijo cambiando rápidamente de tema, intentando distraer la expresión de tristeza que apareció en el rostro del hijo mayor del Presidente José Manuel Balmaceda—, ¿qué cuentan? Tienen apariencia de conspiradores, compañeros. Los veo y no puedo evitar recordar al General Godoy, quien pidió que pusieran en un epitafio: “Aquí yace don Pedro Godoy, general de división de la República. Pasó toda su vida hablando mal de la gente y no alcanzó a decir la mitad de lo que sabía”.

—Tiene gracia. Si alguien tuviera la idea de organizar un campeonato mundial de pelambre, es cosa segura que un chileno se llevaría la palma.

—*Nulle doute, queridos míos, nulle doute.* Como tampoco hay dudas de que si se organizara una competencia de pies enormes, nuestro poeta del trópico ganaría el primer lugar, y por mucho.

—¡Ah, travieso Alberto! La gloria acogerá a Darío por sus versos, sin necesidad de que él la busque, como tampoco buscó el humor triste que caracteriza a sus Abrojos.

—Es inútil, amigo. No necesito más gloria que la de este viejo Palacio de La Moneda, y lo que vale aún más, la gloria en esta tertulia de nuestro querido amigo Pedrito. Creo que no olvidaré en toda mi vida, porque si de la memoria se me borrasen las tendría en el corazón, estas noches, en las que el té humea fragante, y en el plaqué argentado chispea el azúcar cristalino, y la buena musa juventud nos

cubre con sus alas rosadas. La gracia de esta charla desbordante, que hace tintinabular campanillas de oro en esta habitación, mientras afuera pasa el soplo de la noche fría, y aquí dentro está el confort, la atmósfera cálida y ondas áureas que nos inundan desde la girándula del gas, y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chiporroteo...

—Lástima no poder convocar a todas las musas.

—Todo es cuestión de imaginación —murmuró con aire soñador Pedro Balmaceda.

—¡Un descubrimiento, un gran descubrimiento! —exclamó festivo Alberto Blest—. Nuestro joven crítico está enamorado. ¿De quién? ¿De los sueños? ¿Del arte? Que confiese el joven talento.

—El amor se adivina, no se confiesa —intervino Rubén Darío desde una esquina. Estaba inmóvil en su sillón oriental, contemplando las formas del humo azulado del incienso que se quemaba en los pebeteros de plata, y entre sus manos el libro de los Goncourt que había estado hojeando.

—O no se confiesa ni se adivina.

—¿El amor? La vida no es más que un poema entre dos personas —afirmó Pedrito con aire soñador.

—A veces, un aburrimiento entre muchas —afirmó Blest Bascuñán.

—La vida es amor. Es preciso amar y después de haber amado, seguir amando siempre.

—Silencio. Ha pasado un ángel... ¡Ha pasado el amor!

—Les contaré algo que observé en mi último viaje, una breve historia del gusto de Pedrito —dijo Luis Orrego Luco haciendo una graciosa venia al anfitrión—. En un cementerio de no sé qué lejana ciudad, había una tumba abandonada. Era la tumba de un poeta. Cuando me acerqué a ella estaba florecida de margaritas silvestres. parecían millares de besos dormidos, como palomas en descanso... Eran los besos que el poeta había dado...

—¡Ah! —suspiró Balmaceda Toro—. Esa historia me hace soñar con un beso que no he dado nunca.

Rodríguez Mendoza iba a contestar, cuando fue interrumpido por una gran voz del poeta Rubén Darío:

—¿Quién es el hombre más tonto de Chile?

—Si mi querido amigo Darío fuera de aquí, bien podría darle una respuesta —dijo Alberto Blest—. Y ahora dígame, señor poeta, ¿a qué viene esa sorprendente pregunta que no tiene nada que ver con lo que estamos hablando?

—Nuestro lírico es así, *lto* —intervino Luis Orrego—. En medio del bullicio, se abstrae por completo, por la vía de su vida interior, sus recuerdos y sus sueños, y luego, por una asociación de ideas baja a la realidad, bruscamente, para darse a menudo una caída.

—¿Por qué no mejor hablamos de versos y de poetas? —propuso Pedro Balmaceda, saliendo en ayuda de su amigo.

—Hablemos un poco de París... esta noche visitaremos a Gauthier y a los Goncourt en su propia casa.

—¡Excelente idea! —exclamó Pedrito Balmaceda—. Lucho, ¿te acuerdas del libro que le compramos a Chopis? Pues aquí lo tengo. ¿Qué les parece si leo un poco de *Germinie Lacerteaux*, la última novedad llegada de París a nuestras costas?

La propuesta fue aceptada unánimemente, y cada uno de los presentes buscó una cómoda ubicación en alguno de las finas sillas y cómodos sillones que adornaban la habitación del hijo del Presidente de la República. Cuando vio a su auditorio preparado, Pedrito comenzó a leer con voz pausada y buena pronunciación, aprendida en el silencio de su salón y no en las bulliciosas calles de París, como hubiera deseado.

—Este es un párrafo del prólogo firmado por los Goncourt que llamó mucho mi atención. Quién sabe si algún día nuestros escritores se abrirán a la vida y la describirán tal cual es, teniendo como protagonista a una humilde sirvienta, como *Germine*. Comienzo: *“Vivant au XIX^e siècle, dans un temps de suffrage universel, de démocratie, de libéralisme, nous nous sommes demandé si ce qu'on appelle ‘les basses classes’ n'avait pas droit au roman; si ce monde sous un monde, le peuple, devait rester sous le coup de l'interdit littéraire et des dédains d'auteurs, qui ont fait jusqu'ici le silence sur l'âme et le coeur qu'il peut avoir. Nous nous sommes demandé s'il y avait encore pour l'écrivain et pour le lecteur, en ces années d'égalité où nous sommes, des classes indignes, des malheurs trop bas, des drames trop mal embouchés, des catastrophes d'une terreur trop peu noble. Il nous est venu la curiosité de savoir si cette forme conventionnelle d'une littérature oubliée et d'une société dispaure, la Tregédie, était définitivement morte; si dans un pays sans caste eet sans aristrocatie légale, les misères des petits et des pauvres parleraient à l'intéret, a l'émotion, à la pitié, aussi haut en bas, pourraient faire pleurer comme celles qu'on pleure et haut”*.

—¿Quieres hacer tú los honores, Alberto?

—Cómo no. Aquí viene *Germinie Lacerteaux* en el idioma del Quijote.

Ito Blest respiró profundamente, aclaró su garganta y comenzó la traducción:

“Como vivimos en el siglo XIX, en una época de sufragio universal, de democracia, de liberalismo, nos hemos preguntado si eso que se llama ‘las clases bajas’ no tenía derecho a la novela; si este mundo bajo otro mundo, el pueblo, debía permanecer sometido a la interdicción literaria y al desdén de los autores, que hasta ahora han guardado silencio sobre el alma y el corazón que puede poseer. Nos hemos preguntado si existían aún, tanto para el escritor como para el lector, en estos años de igualdad que vivimos, clases indignas, desgracias demasiado bajas, dramas demasiado mal hablados, catástrofes de un terror muy poco noble. Nos ha picado la curiosidad por saber si esta forma convencional de una literatura olvidada y de una sociedad desaparecida, la tragedia, estaba muerta definitivamente; si en un país sin castas y sin aristocracia legal, las miserias de los pequeños y de los pobres despertarían interés, emoción y piedad tanto como las miserias de los grandes y de los ricos; si, en una palabra, las lágrimas que se vierten abajo podrían hacer llorar igual que las que se vierten arriba”.

—¿Qué piensan, mis estimados compañeros? —preguntó Balmaceda Toro.

—Espera un poco, querido amigo. Fue un plato fuerte y necesitamos tiempo para digerirlo.

—Conocí a un hombre, digo, un filósofo —intervino Darío, planeando desde las alturas de su pensamiento hacia la tierra firme—, que con voz muy grave me sostuvo que el derecho al pan era indiscutible. “Es cierto, le repuse, pero hay otro derecho no menos sagrado: que cada cual tenga en la vida su parte de rosas, incluso los miserables mendigos”. Creo que el poeta, el escritor, debe emplear lo bello en otras esferas, en nuestra literatura que empieza. Pensemos en aquel tiempo en que la Academia de las Bellas Letras era un foco de luz; en que el maestro Lastarria se agitaba, en que de los Arteaga, esos Cástor y Póllux de la prensa, derramaban sus chispas y sus flores, y Domingo traducía a Virgilio; en que Pedro León Gallo vaciaba el nombre de Víctor Hugo en moldes castellanos; en que otros tantos escritores producían obras buenas, y llegaban extranjeros como Hostos, como Piñeiro, como Zambrana. Meditemos en que hoy no hay nada, o hay muy poco de todo eso. ¡Y bien! ¡Vamos adelante! Luchemos con el hielo, con la intriga,

con el desprecio de lo ignorantes y hasta con el odio. ¡Luchemos! Tengamos siempre en los labios la que Hugo llama la gran palabra: Esperanza. Pero ante todo, seamos diligentes, no descansemos. Tú, con tus versos, el otro con sus artículos, el de más allá con sus libros. Combatamos todas las contrariedades, ¿quién afirma que no podremos vencer?

Fuertes aplausos acogieron las palabras de Darío, quien luego de pronunciarlas se volvió a sumergir en su sillón oriental, meditando concentrado.

—Buen filósofo el tuyo, Rubén. Para él debe haber escrito Justo Arteaga su editorial famoso.

—¿Qué editorial, Lucho?

—Ese que comienza con estas palabras: *“Dios mío, tú que has puesto límites a la inteligencia de los hombres, ¿por qué no le pones límites a su tontería?”*

—Dios no escucha esas plegarias...

—¡Hay tantos sapos y tan pocos cisnes...! —exclamó Darío.

—Ese es, precisamente, el valor de los cisnes, amigo Darío.

—A propósito de sapos y de tontos. ¿Conocen ustedes, amigos míos, la historia de Lolo, el asno que ganó una medalla en el Salón de París? —preguntó Alberto Blest—. ¿No? Pues el caso es que unos cuantos hombres de pluma, de pincel, de buen humor y de pésimas intenciones, exasperados de ver cómo todos los años, en el Salón de los *Independants* de París, unos cuantos majaderos cabelludos y otros cuantos ignorantes atrevido, entre algunos innovadores de talento que pierden con la vecindad, exponen mamarrachos indescriptibles, ante los cuales no faltan zopencos que creen ver lo invisible y hasta adivinar el ombligo en el símbolo; aquellos hombres, digo, de pluma y pincel, de buen humor y malas intenciones,

fueron a un café de *Montmartre* en cuyo patio hay un burro, ataron a su cola un pincel, colocaron hábilmente la tela preparada, y colazo va, colazo viene, mojado el apéndice del burro en colores vivos y distintos, resultó un cuadro de un ultraimpresionismo capaz de hacer aullar perros de piedra. Los sujetos de marras habían lanzado antes un manifiesto con todas las monsergas del caso, y al asno, que no era otro que Lolo, se le hizo aparecer como jefe de la Escuela Excesivista, con el nombre italiano de Joaquín Rafael Boronali. Todo bajo el amparo de la vieja alegría gala, claro está. ustedes imaginará la magnitud del escándalo. Toso París ha reído durante un mes a costa de los Independientes, y la multitud iba a *Monmartre* a ver cómo pacía el ilustre pintor. Los artistas nuevos protestaron con mucha indignación, pero uno hubo que tuvo una palabra risueña. “Es verdad, dijo, que este año en nuestro salón hay un cuadro de un burro. Pero en los salones oficiales hay cuadros, no de uno, sino de mil burros”.

—Y como ese señor ha reído el último, es quien ha reído mejor —interrumpió Lucho Orrego.

—Cuentan que el burro decía: “He conocido la gloria... ¡Ahora puedo rebuznar!”.

—Me explico el éxito de Lolo y de todos los Lolos de este mundo, porque cuando falta el talento se producen las alegrías de la extravagancia.

—El ideal de arte hoy día no es, por supuesto, el de hace veinte años, no porque haya cambiado la idea de la belleza, sino porque las aspiraciones intelectuales de nuestra época han llevado al espíritu humano a la perfecta libertad de nuestras concepciones, porque la evolución de las ciencias que dominan y subyugan hasta la idea más insignificante del hombre, ha abierto a su voluntad el ancho horizonte de la naturaleza.

—Eso es cierto, Pedrito. Ahí tienes a tu amigo Nicanor Plaza, el estatuario, cuya obra exuda vida que parece latir en la frente ceñida de su Caupolicán. ¿Qué dices? No es necesario que me contestes, ya lo sé. La escultura es tu preferida...

—Es verdad que prefiero el cincel a los pinceles, aunque esto moleste a *Ito*. Los cuadros se pierden, se rompen, se borran. El mármol queda, exuberante de vida, desafiando al tiempo, desconocido para la multitud, pero orgulloso en su silencio helado. Desgraciadamente, hay pocas estatuas perfectas. Mi amigo Nicanor Plaza, a quien nombrabas Lucho, el más atrevido de nuestros escultores, el más inteligente de nuestros artistas, parece contar los desengaños del mundo. Un día me dijo que las estatuas perfectas son como la felicidad: en encuentran muy rara vez...

—La dificultad de encontrar la felicidad bien la conoce nuestro poeta Rubén Darío. Ahí lo tenemos, con la mirada perdida, pensando en una estatua de carne que dejó abandonada en su país remoto...

—Don Jorge Huneeus, señorito Pedro —anunció el criado.

—Esta sí que es una grata sorpresa —exclamó Pedro levantándose para recibir al recién llegado que venía entrando, un joven de notable talento, aspecto frío, rostro inmutable y espíritu audaz, aficionado en extremo al amor y a las aventuras.

—¿Cómo están, queridos amigos? —saludó con un ademán amplio.

—Aquí, conspirando, querido Jorge. ¿Y tú? Cómo van tus peleas para alcanzar la libertad electoral?

—¡Ah, Lucho! Esa es una ardua tarea a la que todos los jóvenes que tenemos amor por la Patria deberíamos contribuir. Ya llegará el día, compañeros, en nuestro Chile las campañas políticas estén libres de la peste de la intervención, y los habitantes de este hermoso país puedan ejercer su derecho soberano al voto libre. Cuando eso suceda, Chile será un país distinto, moderno y pujante, en el que todas los chilenos tendrán las mismas oportunidades...

—¿Todas los chilenos, Jorge, o todos los chilenos que cumplan ciertos requisitos indispensables? —preguntó Balmaceda Toro.

—Todos los chilenos patriotas, por supuesto...

—Los chilenos patriotas... ¡Bah! —replicó Pedro con un mohín despectivo—. En Chile somos esencialmente patriotas: tenemos la furia del patriotismo, que es una de las tantas enfermedades heroicas que sufren los pueblos jóvenes, sin tradiciones, con un pasado nuevo y que todo lo aguardan de su propia fuerza, de su virilidad. Todo lo queremos chileno, las fábricas, las industrias. Pero esto solo no nos basta; se desearía ensanchar aún más el *cachet* nacional. Ahora el arte debe ser chileno, y si no, no sirve. Nuestra literatura debe también guardar ese sabor clásico del patriotismo, olor penetrante de flores silvestres, tostadas por el sol. Lo peor es que la marea creciente del “amor sagrado de la patria” amenaza convertirse en la más estrepitosa revolución, en el socialismo más desenfrenado, que sólo reconoce a los héroes que gritan desde las estatuas, que levantan muy en alto las manos, que montan a caballo con toda la coquetería de un aficionado a la alta escuela. De aquí que ha nacido esa manía inocente de ciertas personas que gastan su tiempo en parchar las esquinas de las calles con las estampas de los héroes, hasta convertirlas en etiquetas de cajas de fósforos o marcas de jabón. ¡Los héroes se hacen socios industriales! Y conozco gentes cuya vida no es más que una perpetua canción nacional, cantada en todos los tonos imaginables, pero sin acompañamiento de música. El pueblo, aquí en Chile, es perfectamente bochinchero, truhán, festivo, y anda siempre a caza de emociones picantes. Si va al teatro, es porque le espera algún desafío, alguna muerte, algún combate singular; porque la heroína tomará veneno y el padre se matará sobre su cadáver. Cuando anunciaban Carmen, la galería estaba repleta, porque Carmen muere apuñalada por don José —una puñalada a la chilena. Si los españoles tienen las corridas de toro, creo que en el único país donde podrían aclimatarse como en su casa, sería en Chile. El pueblo tiene en los rodeos las mismas sensaciones violentas, las mismas luchas del animal con el hombre... sólo falta la sangre!... No es de extrañarse entonces que mire como obra de arte acabada la estatua de O’Higgins, y que aplauda casi todos nuestros monumentos públicos, pues en todos ellos hay una nota forzada, casi todos salen del dominio del buen gusto, la mayor parte tiene esa majestad vanidosa que encanta al vulgo, y que es solo el resultado de la mala

educación artística, —pues nuestros hombres de bronce y de mármol, tienen fisonomías altaneras, provocadoras... y eso le agrada, eso le deleita, y si las gentes hacen alguna reflexiones al estudiarlos, cuando más exclamarán: “¡Vaya hombre! ¡Qué bueno debería ser Carrera para las bofetadas!”, “¡Qué bien monta O’Higgins! ¡Ése sí que sabía andar a caballo!”. Y los monumentos, que en las grandes ciudades sirven como ejemplo, como lección, las estatuas, que educan el gusto demasiado fuerte de las masas, que son una enseñanza, en Santiago alborotan el espíritu turbulento o son motivo para madrigales.

—¡Qué ridiculez! —exclamó Ito—. *¡Aures habent et no audient! ¡Oculos habent et non videdunt!**

—Las obras de arte son una enseñanza. En los pueblos antiguos, donde el desenvolvimiento intelectual no estaba limitado a ciertas categorías sociales, sino que era una lluvia benéfica que alcanzaba a todos los espíritus, la estatuaria era uno de los muchos elementos de civilización. Como lo recuerda Macaulay, es imposible que el cultivo de las masas alcanzara un grado más alto. No debemos, nosotros, descuidar este punto. Y, sin embargo, parece que hemos hecho todo lo posible por alejarnos del buen gusto. Tenemos miedo a las estatuas hermosas. Tenemos héroes, pero no estatuas dignas de héroes.

Las últimas palabras de Pedro Balmaceda fueron acompañadas por los acordes de una conocida opereta, sacados a duras penas por Alberto Blest al viejo piano de cola que estaba en una esquina de la habitación.

—*¡Aprés nous, le déluge!*** —exclamó mientras cambiaba de ritmo y empezaba a tocar una melodía de Gonoud.

—Mi padre me educó para lord inglés —comenzó a hablar sin dejar de pulsar las teclas del destartalado piano— y luego me envió a Tarapacá a una oficina salitrera

* Cf. en latín. *Tienen oídos y no oirán. Tienen ojos y no verán*

** Cf. en francés. *Después de nosotros, el diluvio.*

del desierto, donde casi me volví loco, hasta que abandoné mi puesto por seguir a una muchacha de la cual estuve enamorado y que luego me hizo el gran servicio de darme sonadas calabazas, lo que todavía le agradezco. Tengo la mala fortuna de llevar el nombre de mi padre tan conocido en las letras. Al llegar a Chile me invitó a comer el Administrador de Lota, preguntándome si era el autor de la conocida novela El Ideal de un Calavera. “Precisamente el autor, no, pero en cuanto al ideal del mismo, puede Ud. asegurarlo”, le respondí, por lo menos así lo afirmaban las cocottes, sobre todo una con la cual me fugué a Burdeos de donde la policía me llevó a la legación de París, a pedido de mi padre. ¡Ah, París!

—¿Qué les parece un coro? —preguntó como para disimular de tristeza que siempre lo invadía al recordar su vida en el viejo continente—. Nada mejor para las tristezas y las melancolías que una canción francesa con olor a *boulevard*. ¡¿Faut hurler avec les loups?! Amigos míos, acompáñenme en la *chansonette* de Verlaine.

—Buena elección. Es bellísima. El pobre Lelian la escribió con la pluma empapada en ajenjo.

—¡Adelante entonces, *messieurs les chanteurs*!

*“Je me suis marié le cinq ou le six
d’Abril ou d’Mai d’, l’année dergnière
je devins veuf le neuf ou l’dix
d’Juin ou d’Juillet, j’ m’em souviens guêre...*

*—Ah! mom bonhomm’, me direz-vous,
quel malheur! que j’ te trouve a plaindre!...*

*—Il faut hurler avec les loups!
j’ vas geindre”.*

—¡Adelante con el segundo couplet!

*“Bien que la pert’ de ma moitié
fut pour mom ame un coup bien rude,*

*quéqu' temps après j' me suis r'marié,
histoir' d'en pas perdr' l'habitude...*

*—Ah! mom bonhomm', me direz-vous,
c' te fois-ci, ton étoil' va r'luire...*

—Il faut hurler avec les loups!

J' vas rire!"

—Es Verlaine, señores. ¡Y al tercer couplet!

*"Mais a part qu'elle est chauv' tandis
qu' l'aut s' contentait d'un g' non modeste,
Joséphin' c' est, quand je vous l' dis,
l' même caractér que feu Celeste.*

*—Ah! mom bonhomm', me direz-vous,
pour le coup t'as d' la veine a r'vendre,*

*—J' veux plus hurler avec les loups!
J' vas m' pendre!"*

El coro terminó con un estruendoso aplauso de los participantes, quienes cruzaron calurosas felicitaciones por tan eximia demostración de las artes vocales. Jorge Huneeus aprovechó para empujar a Alberto Blest Bascuñán y apropiarse del asiento del piano, iniciando una extraña improvisación musical, en la que no daba con tecla buena, que causó las risas de todos.

—¿Qué les parece si hacemos una salida donde Gage?

—No puedo —respondió Balmaceda Toro—. Debo cumplir con deberes filiales que no puedo eludir.

—¿Y cuáles serían esos deberes filiales?

—Debo acompañar a mi familia al Municipal, pero después puedo alcanzarlos.

—Es cosa convenida, entonces. Después de cumplir nuestras tareas en La Época, iremos con Rubén a *Chez Gage*.

—Allá nos vemos entonces. Hasta pronto, compañeros.

✱

✱ ✱

Samuel Ossa Borne estaba apoyado en la cantina del Municipal, tomando una copa de whisky con soda. Vestía elegantemente, con una levita de pool que ceñía su cuerpo esbelto, sombrero de copa, guantes claros y una flor en el ojal. Pedro Balmaceda se le acercó con actitud misteriosa.

—*Chez Gage*, después de la función —dijo en voz baja.

—Es que ando con mi gente.

—Yo también. Por fuerza tengo que llegar antes a La Moneda. Es cosa convenida. Rodríguez y Rubén vendrán de La Época. Si quieres doy la vuelta por Nataniel.

—No, más bien yo paso por ti. Me queda en el camino.

—Como quieras. Diga al centinela que advierta al oficial de guardia.

No fue necesario. Cuando Samuel Ossa se acercaba a la puerta principal del Palacio de La Moneda, salía Pedro Balmaceda con el oficial y otra persona que en un primer momento Ossa Borne no reconoció. Era Alberto Blest Bascañán. Los tres mozos se saludaron afectuosamente y subieron al coche presidencial.

—¿Qué le pareció la ópera amigo Ossa?

—Interesante, Alberto, muy interesante. ¿Sabes con quién estuve conversando? Con tu amigo, Carlos Cousiño. Llegó en una victoria de lujo en compañía de la señorita Cordier, artista de la Ópera, con quien dicen las malas lenguas, cultiva cierto tipo de relaciones que su confesor no aprobaría. Y lo peor, escuché decir en cierto palco lleno de jóvenes señoras, es que se pasea por todo Santiago con la señorita en cuestión, como los turistas chilenos en París.

—¡Qué escándalo, señor mío! —exclamó con cómico acento Alberto Blest—. Estoy seguro que si Carlos se presentar en su coche con la señorita Cordier en la casa de la más encopetada señora de Santiago para pedir la mano de su hija, no se la negaría, y, por el contrario, aceptaría encantada, nombrando a la Cordier de madrina.

—¿Por qué no fuiste a la ópera, Alberto?

—Tenía unas traducciones pendientes en La Época, Samuel. Además, hoy no sentí deseos de escuchar al tenor gordo dando espantosos alaridos: "*Madre infelice, corro a salvarti...*"

—Te perdiste un lindo espectáculo. Los palcos eran verdaderos jardines, especialmente los de segundo orden. Había cada muchacha primorosa...

—¿Quiénes estaban? —quiso saber Alberto Blest.

—Las Vicuña Subercaseaux, Elena Concha, Elisa Irrarrázaval Correa, las Orrego Luco, Laura Robert... En la primera fila de la orquesta estaba el Cojo Barceló, con su clavel rojo que no se saca no para dormir. También vi a Emiliano Figueroa, quien no podía apartar los ojos del palco de los Sanchez Vicuña. Tal parece que su matrimonio con Leonor es un hecho.

—Por lo visto, el teatro estaba *au complet*.

Pronto el coche se detuvo y los tres amigos descendieron y caminaron media cuadra hasta llegar a la ancha puerta del *Papá Gage*, restaurante nocturno que funcionaba desde 1880, y que era frecuentado por los amantes de la buena mesa. Jules, el ilustre regente, salió a recibir a los habituales clientes, señalándoles el salón que les estaba reservado como miembros del personal de *La Época*, al fondo del segundo patio.

—¡Somos los primeros en llegar! —exclamó Pedrito Balmaceda al ver el comedorcito vacío. Los tres amigos se sentaron y entregaron sus livianos abrigos al mozo.

—¿Qué les parece si pedimos algo mientras esperamos a nuestros compañeros? No aguanto las ganas de probarle la mano al cocinero... Además, los de *La Época* todavía pueden demorarse un poco. Manuel nunca termina de corregir las pruebas antes de medianoche...

—Concuerdo con Alberto —dijo Samuel Ossa—. ¿Y tú Pedrito?

—Por mí no hay problema. Revisemos entonces la carta.

—Vemos, veamos... Podemos escoger entre langosta a la indiana, *vol au vent* de ostras, carpachos de jaiba, arroz al curry, salsa de alcaparra y tortilla al ron.

—Creo que me voy a decidir por las ostras. ¿Y tú Alberto?

—La verdad es que tengo unos increíbles deseos de servirme una tortilla al ron con *deux oeufs au plat*...

—Yo voy por el *bistec a lo pobre*...

El mozo se retiró llevando los pedidos y pocos momentos después que desapareciera por el pequeño acceso al comedorcito reservado, hicieron su

aparición los de La Época: Manuel Rodríguez Mendoza, Luis Orrego Luco, Pedro Nolasco Préndez y Rubén Darío.

—Bienvenidos amigos. Van a atender que disculparnos, pero tuvimos el atrevimiento de ordenar por ustedes. Podrán escoger entre una tortilla con huevos, un bistec a los pobre y unas ostras.

—¿Y las bebidas?

—Tranquilo Rubén, ya vienen.

En ese preciso instante dos mozos entraron con las bandejas bien cargadas, siendo recibidos con exclamaciones de júbilo por los hambrientos clientes. Rápidamente dividieron las porciones, y como algunos manifestaron su preocupación por el exiguo rancho, Alberto Blest dijo con tono misterioso:

—Dejen espacio para después amigos míos. Háganme caso, que la noche recién empieza. Si ustedes hubieran vivido conmigo las brillantes e interminables noches parisinas me comprenderían...

—Siempre he creído que los hombres de París son insoportables —afirmó con tono zumbón Pedrito Balmaceda mientras trinchaba con decisión una papa que se resistía a ser consumida—. Sólo viven para hacer *calemboures* y pasearse en victoria por el *bois*; mientras que las mujeres son el encanto y las delicias de los *boulevares*. Imaginemos a una parisiense vestida con un trajecito escosés, de colores vivos, con un sombrero adecuado al vestido y adornado con hebillas de plata oxidada, un quitasol rojo y una de esas pequeñas bolsas tejidas, de seda, que son la última moda y que ostentan la enseña de la familia bordada en oro, porque en París hay que tener un marquesado, aunque las rentas no den para alquilar un coche. Ahora pongamos esta golondrina paseando por las calles en un día de lluvia, con esa agitación de fiacres y , y al verla, debemos perdonar a Dios que haya

inventado tantos caprichos, que haya inventado a París, el mayor capricho del universo, y a las parisienses, ¡que son las flores de este capricho!

Darío escuchaba entusiasmado, y apenas Pedrito dejó de hablar, se puso de pie y alzó su copa:

—¡Por las hadas, que nos conducen a la región donde todo es aurora!

—¡Por las hadas! —respondieron todos riendo alegremente.

—Y ahora, mis queridos compañeros, siento la necesidad de improvisar unas cuantas estrofas, y ya que nuestro Pedrito ha puesto el tema de las damas, hermosas y caprichosas...

—¡Ay, amigos! —suspiró Manuel Rodríguez Mendoza en voz baja—. ¡Cuántas veces no les he advertido que no deben hablar delante de Rubén de las muchachas locas que duermen en blancos lechos, ni de las delicias de la alcoba, ni de la chimenea donde el fugo estalla el chispas, porque mi compañero no podrá resistir la tentación de componer en el momento versos perdidos, y así puede estar toda la noche, contando en formas métrica sus amores y amoríos...

—¡Ah, traidor! —exclamó Darío sonriendo—. Escuché tus palabras, y sólo por eso estás condenado a prestar atención no a una, sino a dos de mis humildes poesías, cuyos versos están bailando ahora en mi cerebro...

Guardó silencio el poeta unos momentos, concentrándose, mientras la expectación crecía en su auditorio. Luego, carraspeó un par de veces y comenzó a recitar haciendo pausas de tanto en tanto:

—*Aquella frente de virgen,
aquella cándida tez,
aquellos ojos oscuros,*

*aquellos labios de miel,
aquellos ojos purísimos
que veían con timidez
de aquel seno que tenía
de la niña y la mujer.*

—¡Bravo Darío! He aquí una excelente composición. Vamos ahora con la segunda.

*—Amo los pálidos rostros
y las brunas cabelleras,
los ojos lánguidos y húmedos
propicios a la tristeza,
y las espaldas de nieve,
en donde, oscuras y gruesas,
caen, sedosas,
las gordas trenzas,
y en donde el amor platónico
huye, baja la cabeza,
mientras, temblando, se mira
la carne rosada y fresca.*

—No cabe duda que nuestro joven poeta venido del trópico está en vena esta noche —comentó Luis Orrego cuando los aplausos que siguieron a las palabras de Darío comenzaron a declinar—. ¡Eh, Rubén! Sé generoso, y regálanos otra de sus poesías.

—Sí, Rubén, vamos con otra —exclamaron los presentes.

El nicaragüense observaba con visible placer el éxito de su improvisado recital poético y disfrutaba cada uno de los comentarios y elogios que sus amigos le brindaban. No había duda, el papel que mejor le quedaba era el del centro de atención.

—Ahora va una triste historia, un Abrojo:

*Cantaba como un canario
mi amada alegre y gentil,
y danzaba al son del piano,
del oboe y del violín.
Y era el ruido estrepitoso
de su rítmico reír,
eco de áureas campanillas,
son de liras de marfil,
sacudidas en el aire
por un loco serafín.
Y eran su canto, su baile,
y sus carcajadas mil,
puñaladas en el pecho,
puñaladas para mí,
de las cuales llevo adentro
la imborrable cicatriz.*

—¡Bravo Darío! —exclamó Balmaceda Toro cuando su compañero volvió a sentarse a su lado—. Acabas de demostrar que no sólo los franceses pueden abordar, con verbosidad incansable, los conocidos temas del amor, de la amistad, todas esas viejas coqueterías de la moral que frecuentemente nos encantan, y que olvidamos con igual frecuencia... Te felicito, compañero.

—¿Y tú Pedrito? ¿Qué ideas ocupan tu genial cerebro por estos días?

—Se me ha metido en la cabeza la loca idea de hacer una revista de una semana cualquiera en Santiago. No es un proyecto nuevo este de narrar impresiones. Imagino que todos los hombres han comenzado por lo mismo. La novela misma se forma por una serie de pequeños acontecimientos, de historias, de charlas, en las cuales se derrocha el ingenio con alegría y expansión, para concluir en el último capítulo con un encaje destrozado, con muchas lágrimas y otras veces en medio

de puntos suspensivos. Pero nada de eso cabe aquí. Una semana en Santiago no tiene los atractivos de la novedad. Por una fiesta hay muchos días que pasan en blanco, días de invierno, de nieve literaria. Y, además, para escribir con alegría hay que estar embriagado de ingenio.

—¿Y qué semana abordarías? ¿Esta que estamos viviendo, por ejemplo?

—No lo sé aún. La cosa no es fácil, porque como decía, por un día interesante pueden pasar muchos sin mayor atractivo. Podría comenzar con la alguna noticia relacionada con las artes, aunque no interese mucho al público —comentó pensativo—. Por ejemplo, comentar que hace algunos meses los diarios gastaron el fondo de la bolsa, e ingenio de las grandes ocasiones, para alabar a Sarah Bernhardt, aquella mujer flaca, extenuada, que vive en languidez perpetua de encajes y sollozos. Dos críticos eminentes la caracterizaron de manera bastante original. Esa ternera de cinco patas y aquel manojito de huesos sabrosos, que la prensa aplaudió con tanta gracia, nos muestran el grado de entusiasmo que puede despertar una actriz. ¿Qué dices Rubén? Tú escribiste un poema en honor de la gran diva, si mal no recuerdo...

Darío asintió y como el auditorio expresara su deseo de escuchar los versos, se puso de pie y comenzó a recitar con voz clara:

*—Bajo el gran palio de lumbre
del arte, una encantadora
a quien admira y adora,
y aplaude la muchedumbre;
una voz de tono blando,
un cuerpo de sensitiva;
algo como un arpa viva
que da el sonido temblando;
y luego una sombra; y luego
un alma y un corazón,
y una inmensa inspiración*

*que baja en lenguas de fuego;
amor hondo y subitáneo,
odio profundo y deshecho,
las tempestades del pecho
con las tormentas del cráneo
la pasión terrible y fiera
que por el rostro se asoma;
un arrullo de paloma
y un rugido de pantera;
la pálida faz de muerte
por donde el lloro resbala,
por una boca entreabierta;
algo humano, algo divino,
algo rudo, algo sereno;
con una palabra el trino;
¡eso es Sarah! Y la gloria a ella,
que con su ingenio fecundo,
brilla a los ojos del mundo
con resplandores de estrella.*

—Sólo las mujeres provocan frases espirituales —sentenció Balmaceda Toro tomando su copa y encogiendo sus deformes hombros.

—Yo asistí a las presentaciones de la Bernhardt en el Santiago. En mi calidad de periodista de La Época —dijo Orrego Luco dándose importancia— tenía entrada franca a los bastidores y fui acogido amablemente por la divina Sarah. Levaba considerable ventaja mis colegas y rivales, pues habiendo vivido de niño en París, hablo correctamente el francés y podía conversar con ella.

—¡Ajá! Tal parece que no soy el único parisién desterrado que desea volver la torre monumental de M. Eiffel, una verdadera torre babilónica, ¿eh, amigo Orrego?

—Recuerdo que una noche —continuó el jefe de Crónica de la Época sin darle importancia a las bromas de Alberto Blest—, el último entreacto se alargó de manera inesperada. Acudí al escenario y me encontré con un verdadero drama. La actriz había recibido un cable de su hijo en donde le informaba que acababa de tener un duelo, y terminaba con estas palabras: “Todo pasó bien”. Después de recibir semejante noticia ustedes comprenderán que Sarah terminó la representación como pudo. Al día siguiente se supo por los diarios que su hijo estaba herido.

—¡La función debe continuar!

—Después de Sarah, el cólera. ¿Y por qué no? ¿No decía Luis XIV, en cierta ocasión, “y después de mí, el diluvio”? El cólera, la más desconocida y la más terrible de las enfermedades, hace sus víctimas en silencio. A toda hora del día se ven las carretelas conduciendo a los enfermos. Se nota en la ciudad un movimiento, un trabajo incesante. En todas partes reina la abnegación.

—En eso tiene razón, Pedrito —intervino Lucho Orrego—. Basta ver a uno de nuestros mejores vidiores sin oficio ni beneficio, nuestro amigo el “Gordo”, inmejorable borracho. ¿Recuerdan cuando lo veíamos salir de los bares, con los ojos miopes cerrados a medias, atravesando con dificultad las calles? Pues ese tunante, al que su padre le había cortado los víveres como una postrera medida de salvación, se ha enrolado en la Cruz Roja para ayudar a transportar los cuerpos inertes de los enfermos.

—Y sin embargo, en medio de la tragedia, nunca falta la nota cómica. En la cárcel, según cuentan los diarios, se produjo un caso sospechoso. En el acto vino una *golondrina* para llevar al individuo al lazareto. Subieron al pobre hombre en medio de las contorsiones más terribles. A medio camino, viendo el preso que nadie lo observaba y que era para su salud era más conveniente el aire de la libertad que los cuidados de un lazareto, corrió las cortinas y con la tranquilidad del inocente, se

bajó, tomando una de las calles extraviadas que lo llevó lejos de su guardián. ¡Es de presumir el asombro del cochero cuando se encontró con el carretón vacío!

—Ustedes conocen a ese mozo bastante bien parecido, que se las da de elegante y que es tenido por la sociedad por *cursi*, que cortejó inútilmente a varias muchachas de tono que lo rechazaron invariablemente por *siútico* a pesar de que su padre era extremadamente rico y dueño de una gran viña- Pues me he enterado que este mozo ha tomado sus propias medidas para prevenir el contagio del temible cólera: “Lo que es en caso, dijo, no hay peligro que se meta el cólera. Yo tengo mi receta. ¿En qué consiste? Nada de otro mudo. Que como viene por el agua y es un microbio, lo sujetaré en el camino. He mandado poner coladores de té en todas las llaves de agua potable. No hay peligro de que el microbio se introduzca a mi casa”. Inteligente joven, ¿no les parece?

—Nuestro amigo Vicente Grez me contó el caso de una gran dama enloquecida de terror, que se presentó a la Cordonería Alemana pidiendo diez varas de cordón... sanitario. ¿Qué me dicen?

—¡Ah! —exclamó riendo Rodríguez Mendoza—. Que no se diga que la sociedad no ha tomado sus precauciones contra el terrible mal.

Pedro Nolasco Préndez se levantó un poco tambaleante, como viera que sus compañeros seguían riendo y comentando las curiosas medidas tomadas por la población en contra del *cólera morbus*, tomó su copa con una mano y con la otra empezó a golpearla suavemente con un tenedor:

—Amigos, por favor, silencio.

—¿Qué pasa poeta Préndez?

—Pasa que la espuma del vino se me subió a la cabeza y encuentro inspiración en el microbio que está solando nuestra capital. Escuchen y después denme su parecer:

*“¿Qué legión invisible de ocultos males
va abriendo tumbas por doquier que pasa
trocando en silencios funerales
la actividad del pueblo que ella arrasa?
En los miasmas que el sol volatiza
puñados de veneno,
el ojo de la ciencia la divisa
y no le es dado herir sus inmundo seno!
La animada ciudad está desierta,
víctima de tristeza indefinible.
El ángel del dolor vela a su puerta,
implacable y cruel, pero invisible!*

*“Contempla de la pampa la belleza
y la aterran sus vastas soledades:
con pérfidos instintos de grandeza
sólo quiere habitar en las ciudades.
Violando las fronteras
sin que se sienta el ruido de sus pasos
va por entre hondonadas y ribazos
y en sus marchas ligeras
escala las murallas
que amenazan erguidas al espacio
y los mismo se instala en el palacio
de construcción artística y extraña
resplandeciente de oro
que en la humilde cabaña
donde no hay más tesoro
que la virtud, que como el sol la baña!*

*"Siniestra y misteriosa caravana,
no busca la amplitud del horizontes,
ni la sonriente luz de la mañana,
ni la cima del monte.
No perfuma sus manos
con rica esencia de fragancia flores;
habita en los pantanos
aspirando mefíticos olores.
Cual si tuviera en implacable zaña
de su poder funesto en conciencia,
y la burla y la engaña
y caen a sus pies desvanecidos
con fuerza igual sufriendo sus crueldades
los hombres buenos para el bien nacidos
y el criminal cargando sus maldades!*

*"Visita los humildes arrabales
y las grandes, lujosas avenidas;
ya se acuesta en los lechos virginales
o en los de las mujeres desdichadas,
palomas en el fango revolcadas
por la pasión o por el vicio heridas!
Siniestra encarnación de la impureza
cuanto encuentra a su paso lo derrumba;
el espanto corona su cabeza,
es tu trono la tumba!*

*"Apaga en la industria los talleres,
cierra as puertas de las escuela santa
y rabiosa, quebranta
la cadena de amor que une a los seres!
Incrédula y atea
entra del templo en la suntuosa nave*

*donde el incienso de la Arabia humea,
con él se mezcla; extingue el incensario,
su veneno propaga;
queda sin luz la antorcha del santuario
y le órgano su voz misteriosa paga!*

*“Cual si fuese de Dios fiero castigo
para el cólera no hay lugar seguro
penetra de los claustros al abrigo
y salta de las cárceles el muro.
Armando de un enojo tremebundo
todo a su paso con pavor vacila.
Sólo queda la lámpara que oscila
junto al lecho de horro del moribundo
que cuando cierra los cansados ojos,
término de su amargura desventura,
so sabe si han de hallar sus despojos
ignorada y lejana sepultura!”.*

Fuertes risas y aplausos acogieron el final de los versos del poeta Préndez, quien agradeció la ovación con una graciosa reverencia. Luego intentó sentarse siendo cruelmente traicionado por su precario sentido del equilibrio afectado por el vino espumoso especialidad del *Papá Gage*.

—No se caiga amigo, si no es para tanto —rió Orrego Luco levantándose de su silla para ayudar al caído poeta.

Las carcajadas se hicieron generales cuando Lucho volvió a sentar a Pedro Nolasco Préndez, cuyo cuerpo se resistía a permanecer firme.

—¡Apuntálalo Lucho, que se viene guarda abajo!

Había uno que no que participaba del jolgorio generalizado. Rubén Darío estaba sentado muy serio, con las manos cruzadas en el pecho y los ojos fijos en la mancha que había quedado en el mantel tras la caída del poeta Préndez.

—¿Qué le pasa Rubén? ¿Por qué estás tan callado?

—Nada Manuel —contestó con desgano el malhumorado poeta—. Sólo que no encuentro ningún motivo de gracia en la epidemia de cólera. ¡Cuántas jóvenes hermosas, muchachos en la fuerza de la edad desaparecen de súbito! ¡Cuántos hogares están enlutados! Creo Manuel, que Santiago no es bueno para mí en estos momentos. A donde mires hay cerros y más cerros que no permiten ventilar el aire que arrastra la enfermedad. Prefiero un lugar donde pueda sentir la brisa libre y fresca, como Valparaíso.

—Valparaíso no está libre del contagio, Rubén.

—No, pero al menos se puede tomar un barco y viajar a otro país...

Mientras así hablaban Rodríguez Mendoza y Darío, la alegría seguía reinando en el comedorcito reservado. Un poco más allá, en la mesa de otros parroquianos, una repentina pelea calentó los ánimos, pero los mozos sacaron rápidamente a los pendencieros y la tranquilidad volvió al antiguo restaurante. Pronto la conversación de los periodistas se estableció en diálogos, cruzándose de tanto en tanto frases de un grupo al otro, hasta hacer difíciles las confidencias y convertir en imposible todo secreto.

Pedrito se dedicó a observar, y a escribir comentarios en pequeños trozos de servilleta que pasaban de mano en mano, con exclusiones odiosas, pero necesarias. Hubo protestas. Los comentarios, convertidos en pelotillas, fueron al fondo de las copas a mezclarse con los restos del vino. Pero uno de ellos fue salvado del naufragio por los ágiles dedos de una persona tan indiscreta como fatalmente interesada, que se había acercado a la mesa sin ser invitado, haciendo gala de un

desatino que también exhibió sin vergüenza al mezclarse en la conversación con apreciaciones burdas y sin fundamentos.

Ni la diplomacia, ni la elocuencia, ni la poesía, ni el afecto, ni aun violentos intentos, conatos de apelar a la fuerza bruta, nada logró impedir que se descifrara el contenido de aquel escrito.

Pronto el grupo quedó dividido en dos bandos, uno formado por los seis amigos y el otro por el intruso, irreconciliables a causa del rencor de uno de ellos, que no encontró mejor desahogo para su enojo que dar rienda suelta a su lengua, injuriando y denostando gravemente, sin hacer caso alguno a los intentos conciliadores emprendidos por los de La Época. La situación se hizo desagradable, y Pedrito Balmaceda no encontró mejor solución que escribir un corto recado en otro trozo de servilleta que fue de mano en mano hasta llegar donde el ofendido, quien estiró el arrugado papel y leyó la única palabra escrita. “¡Váyase!”

Así lo hizo el inoportuno, quedando los amigos de siempre nuevamente solos.

—Amigos míos —habló Orrego Luco—. He aquí una lección de vida. Nada más prudente que dejar que las cosas se aconchasen, abstenerse, no intervenir inmediatamente, no atravesar territorios neutrales, patios y otras dependencias, discutiendo, pugnando por convencer y tranquilizar a personas empeñadas en hablar recio y claro, dispuestas a mantenerse en el papel de víctimas, necesariamente ofendidas y ansiosas de bulla y represalias...

—Creo que es el momento oportuno para salir a buscar nuevos rumbos —propuso Alberto Blest—. El aire de este salón se me hizo de pronto irrespirable. ¿Les parece compañeros? —preguntó, y como los otros respondieran afirmativamente, llamó inmediatamente a Jules, el regente del *Papá Gage*: —Amigo, usted es un grande hombre. Sus conocimientos topográficos no podrían discutirse. por ello le pido que nos consiga un cocha discreto para salir a tomar el fresco —dijo guiñando un ojo con picardía.

Salieron los seis a tomar posesión de un coche americano de cuatro asientos, demasiado estrecho era para seis personas.

—Creo que vamos a tener que apretarnos, los que será algo difícil considerando nuestra reciente cena...

—Yo paso —dijo Pedro Nolasco Préndez—. Creo que será de más provecho para mi persona ir a recluirme a mi lecho que seguir retrasando el momento de entregarme al sueño. Será para otra vez, queridos amigos.

—Ahí va un desertor —murmuró Luis Orrego Luco—. Aunque ya saben lo que dicen: Soldado que se arrepiente...

—Sirve para otra batalla —completó Alberto—. Pero también es cierto eso de *gaudeamus igitur, juvenes dum sumus!**. En fin. Ahora subamos a nuestra elegante victoria. Les advierto que yo, por ser el más viejo iré en el pescante —exclamó travieso.

—¿Cómo que el más viejo. Si eres menor que Pedrito...

—Puede ser, pero yo no consentiría que Samuel fuese en el pescante, porque en 1883 lo he visto enredar la bocina de un birlocho entre dos barrotes de la puerta de reja de la entrada al parque del fundo que su mamá vendió a Antuco Valdés, en Parral.

Una vez en marcha, Alberto dio orden de conducir por Puente al Mercado, y al llegar a la esquina de éste, torció hacia Rosas. Cuando el carruaje se detenía, abrió el vidrio para decir:

—Hemos llegado al anhelado término de nuestro viaje, señores.

* Cf. en latín. *Alegrémonos, pues, mientras somos jóvenes.*

—¿Qué es esto?

—¿Dónde nos trajo este diablo de Alberto?

—Silencio y escuchad, prestad atención.

Mansamente los cuatro compañeros abandonaron el vehículo y seguimos al improvisado cicerone. Alberto golpeó sus manos, gritando: "¡Matías!". En el acto salió un mozo con quien habló en voz baja y que contestó: "Está disponible, don Albertito", y nos condujo a un comedor bastante amplio, en medio del cual se ubicaba un piano.

Era una casa de cena, bastante populares entre los políticos y dirigentes de la época. Alberto la calificó como la primera del orbe por la excelencia de las cazuelas, las ensaladas de patas, el pavo fiambre y tan buen café como el de la *mére Zouzou*. Salvo lo último, el resto no se hallaba comparable ni en *Montmartre*, aseguró.

Blest Bascuñán tomó asiento ante el teclado y dio inicio a una *soirée* musical salpicada con anécdotas de Offenbach, de Strauss, de Gounod. Mientras Alberto tocaba y cantaba, los otros se sentaron en una mesa un poco retirada y no tardaron en hilvanar la charla:

—¿Te contó Rubén que fuimos a visitar el taller de Nicanor Plaza? ¡Qué orgullo para Chile!

—Algo me dijo del escultor del mechón cano. ¡Pobre Plaza! los gitanos le robaron un hijo, explotaron sus méritos, le dieron notoriedad sin beneficio para el padre, y hasta le bautizaron como "El último mohicano"...

—¿Verdad? —preguntó Rubén—. ¿Por qué no cuentas esa historia? Ha de ser interesante.

—Se trata, Rubén —contestó Manuel—, del “Caupolicán” de Plaza. Tú lo conoces. Plaza había dejado en Europa su obra en garantía de una suma. Antes que ésta fuese pagada, acaso creyendo que el artista no regresaría, en todo caso ejecutando un acto indigno, un abuso de confianza, se lanzaron al mundo reproducciones que fueron abundante y fácilmente pagadas sin conocimiento del autor de la obra de arte, que era presentada y vendida sin designación de autor y denominada “El último mohicano”.

Alegres exclamaciones saludaron el gran acontecimiento de la presentación de una abundante ensalada de patas y cebollas.

— ¡Ah! —suspiró olfateando con deleite—. Innumerables seres humanos han bajado al sepulcro sin haber paladeado esta maravilla, sin conocer, por tanto, la vida en todo su esplendor. Yo en París, y ustedes saben que sueño con volver a París, sentiría la nostalgia de nuestras ensaladas de patas. No creo ya en mi regreso a París, y de ello me consuelo únicamente en condiciones como las del presente instante.

—¡Fausto acontecimiento! —exclamó Pedrito refiriéndose a la ensalada.

—¿Fausto? —preguntó Blest y sentándose otra vez ante el piano comenzó a ejecutar con maestría y entusiasmo parte del poema dramático, interrumpiéndose de tiempo en tiempo para referir sus impresiones del Fausto en la Grande Ópera—. ¡Amigos, el Fausto en la Ópera de París! El genial Gounod quedó con la espalda adolorida por las numerosas reverencias que tuvo que ofrecer al pública para agradecerle sus delirantes aplausos. Debieron haber estado ahí. ¡Cómo lo habrían disfrutado! Cuerpos de baile que lo hacen pensar a uno en cosas de otro mundo, la belleza de las mujeres, la riqueza de las vestimentas, la armonía admirable, irreprochable del conjunto, la elegancia, la riqueza de la sala; la gloria de los numerosos nombres que se repetían de boca en boca. ¿Ven? —dijo como si estuviera describiendo una escena que transcurría frente a sus ojos—. Ahí está Víctor Hugo con Alphonse Daudet; el de más allá es Teófilo Gautier; aquel es Dumas hijo, el autor de la Dama de las Camelias; ese que inclina la cabeza para hablar a

una diosa, es el vizconde de Vogüé; la diosa es una princesa rusa; él está recién llegado de esos mundos... ¡¿Le vean d'or est toujours debout?! —terminó cantando con toda la fuerza de sus enfermos pulmones.

De pronto, Manuel Rodríguez Mendoza, que había hecho una salida, regresó con cara de circunstancias.

—Compañeros, ha llegado un grupo de copetudos que escoltan a uno de los más encarnizados críticos del Presidente Balmaceda.

—¡Diablos! —exclamó Samuel Ossa Borne—. Advirtamos a Alberto y evitemos consecuencias ingratas para Pedrito.

Alberto llamó al mozo y le preguntó si alguien sabía quiénes éramos.

—No, don Albertito —respondió Matías.

—¿Estás seguro, hombre? Piénsalo bien, mira que lo que me contestes es de la mayor importancia

—¿Cómo alguien va a saber quiénes son ustedes, don Albertito? Como usted y sus amigos han cantado y hablado en francés, los otros clientes los han tomado por artistas alegres venidos del país de la *champagne*.

Los amigos se levantaron rápidamente, tomaron sus abrigos y salieron a la calle, donde los esperaba el coche y el guardia que acompañaba a Pedrito en todas sus incursiones nocturnas.

—¿Ha pasado algo raro? —preguntó el hijo del Presidente José Manuel Balmaceda.

—Nada señorito. Todo está tranquilo —respondió soñoliento y refregándose los ojos.

—Está bien. Y recuerda alguna vez, hombre, que te he dicho que no me digas señorito.

Subieron todos al coche que echó a andar pesadamente. Las ventanas no tardaron en empañarse por el calor reinante en el interior. Iban primero al Palacio de La Moneda. Unos minutos después de iniciar el trayecto, un grupo de borrachos se cruzó por delante del carruaje, obligando al auriga a detener los caballos. Se escucharon gritos y luego un dedo escribió en una de las ventanilla empañadas “Abajo Balmaceda”. Todos miraron a Pedrito, quien tranquilamente comentó:

—Miren como andamos de conspiradores...

Poco tiempo después de esa noche el mismo grupo de alegres jóvenes volvió a reunirse para acompañar a Rubén Darío a la estación de trenes. Volvía a Valparaíso, según él huyendo del cólera, pero quienes lo habían acompañado durante su estadía en Santiago no le creyeron del todo. Cuando tiempo después vieron publicado en la Revista de Artes y Letras la Canción del Oro, los recuerdos de esa noche donde Gage afloraron inconscientemente:

“Cantemos el oro.

“Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

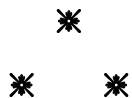
“Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

“Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea, como una disolución de topacios hirvientes.

“Cantemos el oro, esclavo despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo...”

Epílogo





Valparaíso, febrero 16 de 1889

*Señor Coronel
Don Evaristo Carazo
Managua.*

Distinguido Señor y amigo:

*Quedo vivamente reconocido a la alta prueba de confianza que
me ha dado al nombrarme Encargado de Negocios y Cónsul*

General de Nicaragua en Chile, anticipándome así bondadosamente a los deseos y aspiraciones que le manifesté en mi carta fecha 5 de enero pasado.

Puede usted contar, mi distinguido señor y amigo, con que en toda circunstancia sabré colocarme a la altura del honroso puesto que se me encomienda, y con que he de trabajar incesantemente por servir las miras que de su digno Gobierno ha tenido en vida al otorgarme esta distinción.

Por último vapor remití a usted los diarios en que se daba cuenta de la cordial recepción que me hizo el Gobierno de Chile el 2 del presente. Por haber hecho a última hora esa remesa, y por conducto no muy seguro, la repito por el presente vapor y le incluyo también unos recortes relativos al mismo asunto.

Rubén Darío partió a su país por último vapor ("Cachapoal") hace hoy una semana. Quizás llegue antes que la presente, pues con la preparación repentina y atropellada de su viaje, que casi coincidió con mi regreso de Santiago, no tuve materialmente tiempo para escribir a usted por el último vapor.

Ante todo, debo advertir a usted que no ha sido posible suministrar a Rubén los medios para llegar hasta Nicaragua. Ultimamente hemos quedado aquí solos en la tarea de facilitar lo que necesitaba Eduardo de la Barra y yo. Él le procuró, haciendo valer buenos empeños, pasaje de Valparaíso hasta Panamá y yo le he suministrado los pocos recursos pecuniarios de que he podido disponer para dejarlo a bordo, comprarle algunas cosas indispensables de uso personal, darle algo para el viaje, etc. En el vapor le prometí hacer cuanto de mí dependiese por reunir unos 200 pesos para remitírselos por este vapor a Panamá, a fin de que pagase desde allí su pasaje y cubriera el valor de su estadía de

una semana en ese puerto. Pero, en previsión de cualquier evento, le di un oficio para el representante consular de Nicaragua en Panamá, a fin de que suministrase a Rubén los medios necesarios para seguir a su destino, dando cuenta al Gobierno de Nicaragua o aguardando mi remesa. Tengo el sentimiento de anunciarle que nadie ha querido erogar aquí, ni en Santiago, la menor suma con este objeto. Sólo figuran en la lista mi nombre y el de Eduardo de la Barra. Los demás alegan invariablemente lo mismo: "Darío es un mozo de mucho talento y admiramos sus producciones; pero, como hombre es un perdido, y habiendo hecho por él ya demasiado, no daremos ni un centavo más para que lo gaste en beber o en sus vicios".

Por desgracia de la Barra y yo somos pobres y hemos hecho en su obsequio todo lo humanamente posible. Los amigos de Darío estaban también indignados porque últimamente habíase dejado nuestro poeta de todo trabajo para la vida, y después de haber abandonado los buenos círculos, vivía en el de los jefes y miembros de las sociedades obreras de Valparaíso. Así fue que al vapor no le acompañaron sino el infrascrito y cuatro o cinco de esos jefes de obreros, quienes le habían dado el día anterior un banquete de despedida.

De manera, pues, que le ruego se sirva dar orden para que se pague a su Cónsul en Panamá los gastos de manutención y transporte de Rubén Darío desde ese puerto hasta Nicaragua. En este mismo sentido escribo hoy al Señor Ministro (Adrián) Zavala y al Cónsul en Panamá.

Le pido ahora no trate con severidad al pobre Rubén. Creo se corregirá. Ha recibido golpes dolorosos últimamente, siendo de lo más mortificantes el aislamiento en que por su propia culpa se ha visto. Por otra parte, la reputación literaria que en buena lid ha

merecido su talento creo le hará mirar más, en adelante, por su propio decoro y dignidad. Así me lo ha prometido, cediendo a mis reiterados consejos e instancias. Además, lleva la esperanza de obtener de usted una Secretaría de Legación en Europa y me ha pedido le recomiende al efecto. Dejo a su alta discreción el resolver este punto. Ya he dado antes a usted la opinión de que Darío tiene títulos, por sus aptitudes y su talento, a ser colocado en un buen puesto; pero, como hay el grave peligro de su conducta privada, que en cargo de representación debe ser irreprochable como la pública, me parece delicado el asunto, salvo el caso en que, sometido allí Darío a una temporada de observación, demuestre haberse morigerado; y sobre todo, si al nombrarlo secretario u oficial de Legación puede usted confiarlo al cuidado de un jefe celoso y severo que sepa mantenerlo a raya y velar por su conducta. Con esta salvedad, aseguro a usted que deseo cordialmente el engrandecimiento de Rubén, a quien yo y mi familia hemos querido y queremos como se quiere a un hermano y por lo menos le hemos disimulado muchas faltas ante nosotros mismos y sobre todo ante los demás. Es el cariño el que dicta todas estas minuciosas recomendaciones, el cariño y el deseo de que ese talento distinguido se conserve para Nicaragua, ya que cuenta con los medios de darle gloria mediante los frutos de su ingenio. Ya en Chile los ha dejado muy hermosos, y su nombre no se borrará fácilmente de la memoria de los que aquí escriben y de los admiradores de lo bello en el arte y en las letras. Búsquese, pues, un buen médico para las enfermedades de ese cuerpo y de esa alma y en seguida déjese a su talento poderoso y original toda expansión y dará vuelos prodigiosos.

Lleva inédito un Salmo de la Pluma, composición grandiosa, si bien un tanto por la tendencia sensual que caracteriza a Rubén.

Pedro Alvarado. Darío me ha pedido encarecidamente recomiende aquí al caballero de este nombre al Gobierno chileno para que le nombre Cónsul de Chile en León. Le he ofrecido hacer de mi parte lo que sea posible, pero ante todo desearía conocer la opinión de usted acerca de si la conducta y los antecedentes del Señor Alvarado, a quien no conozco, le abonan para que pueda yo hacer con toda confianza y cabal conocimiento la recomendación pedida. De su bondad aguardo estos datos.

Obras. Aún no recibo las dos obras pedidas al Perú y a la República Argentina respectivamente y que faltan para completar la remesa que hice a usted con fecha 22 de setiembre último.

Darío no ha publicado más libros después de Azul... Para satisfacer en parte los deseos de usted le remito en dos paquetes:

10 ejemplares de Azul...

2 ejemplares de Abrojos

2 ejemplares de Emelina

Es todo lo que por el momento tengo a la mano.

Las otras obras que se detallan en la página posterior de la Carátula de Azul no existen. Son las siguientes:

Epístolas y poemas: Esto es el libro que trajo de Nicaragua y contiene la colección de sus primeras composiciones.

Rimas: Este fue una serie de becquerianas presentadas aquí al Certamen Varela, pero de las cuales no se hizo más edición que una privada del Señor Varela conteniendo todas las

composiciones del certamen y de la cual parece no ha dado a los autores un solo ejemplar.

Recortes: Acompaño a usted los de mi recepción el día 2 del presente y además un paquete de diarios.

Con sentimientos de distinguida cooperación, soy de usted muy atento seguro servidor y amigo afectísimo,

Eduardo Poirier

Anexos





Managua, 12 de mayo, 1886

Rosario:

Esta es la última carta que te escribo. Pronto tomaré el vapor para un país muy lejano de donde no sé si volveré. Antes, pues, de que nos separemos, quizá para siempre, me despido de tí con esta carta.

Te conocí tal vez por desgracia mía, mucho te quise, mucho te quiero. Nuestros caracteres son muy opuestos y no obstante lo que te he amado, se hace preciso que todo nuestro amor concluya; y como por lo que a mí toca no me sería posible dejar de quererte viéndote continuamente y sabiendo lo que sufres o lo que has sufrido, hago una resolución y me voy. Muy difícil será que yo pueda olvidarte. Sólo estando dentro de mí se podría comprender cómo padezco al irme; pero está resuelto mi viaje y muy pronto me despediré de Nicaragua. Mis deseos siempre fueron de realizar nuestras ilusiones. Llevo la conciencia tranquila, porque como hombre honrado nunca me imaginé que pudiera manchar la pureza de la mujer que soñaba mi esposa. Dios quiera que si llegas a amar a otro hombre encuentres los mismos sentimientos.

Yo no sé si vuelva. Acaso no vuelva nunca. ¡Quién sabe si iré a morir en aquella tierra extranjera! Me voy amándote lo mismo que siempre. Te perdono tus puerilidades, tus cosas de niña, tus celos infundados. Te perdono que hayas llegado a dudar de lo mucho que te he querido siempre. Si tú te guardaras como hasta ahora, si moderando tu carácter y tus pequeñas ligerezas siguieras en la misma vía que has seguido durante nuestros amores, yo volvería y volvería a realizar nuestros deseos. Tú me quisiste mucho, no sé si todavía me quieres. ¡Son tan volubles las niñas y las mariposas!...

Mucho me tienes que recordar si amas a otro. Ya verás. Yo no tengo otro deseo sino que seas feliz.

Si estando como voy a estar tan lejos, me llegase la noticia de que vivías tranquila, dichosa, casada con un hombre honrado y que te quisiera, yo me llenaría de gozo y te recordaría muy dulcemente. Pero si me llegase a Santiago de Chile una noticia que con sólo imaginármela se me sube la sangre al rostro; si me escribiese algún amigo que no me podrías ver frente a frente como antes..., yo me avergonzaría de haber puesto mi amor en una mujer indigna de él. Pero esto no será así, estoy convencido de ello.

Pongo a Dios por testigo que el primer beso de amor que yo he dado en mi vida fue a ti...

Ojalá que nos podamos volver a ver con el mismo cariño de siempre, recordando lo mucho que te quise y que te quiero. Adiós, pues, Rosario.

Rubén Darío

✱

✱ ✱

Valparaíso, 12 de marzo, 1887

Señor doctor don Adán Cárdenas
Managua

Muy estimado doctor:

Escribole esta carta desde ésta, donde estamos en la temporada de baños, hoy triste y poco concurrida por causa del cólera. Dicho sea desde ahora, éste va acabándose después de hacer muy poco estrago.

Debo dar y doy a usted una doble felicitación por su felicidad y por su tranquilidad. La primera la supe por la apreciable tarjeta de usted. La segunda la calculo desde que ha dejado la tan pesada carga que tantas desazones y luchas le acarrearán.

Yo continúo en las tareas del diario. Con esta pequeña gimnasia de un año de trabajo arduo, no sé si puedo decir a usted (pero creo que sí, por su cariño casi paternal que me abona) que he logrado mucho por todos aspectos. He sido nombrado (cosa en verdad inmerecida, pues el señor Cañas puede decir a usted lo que ello vale en Chile) segundo redactor de La Época. Este diario, en el que comencé de cronista, me comisionó para escribir las crónicas teatrales durante la temporada de Sarah Bernhardt, y ello, malo y todo, me valió mi nuevo puesto, en donde, como en todas partes, estoy a la órdenes de usted leal y agradecido.

Cumpliendo con las palabras de usted al mismo tiempo de mí despedida "no se olvide de su patria", he publicado en

varios diarios artículos sobre Nicaragua, algunos de los cuales (por no tener otros a la mano) le remito ahora. Me permito recomendarle (como a un hijo que quiero) el referente al nuevo gobierno, que dio a luz La Unión, periódico de todos el más conservador, redactado por el famoso Zorobabel Rodríguez, porque, aunque pertenezco a La Época, dio cabida a mi artículo liberal y todo. En verdad, señor, no me juzgo profeta; pero no creí nunca que triunfara la candidatura de don Pedro.

Me honro enviándole por este correo un nuevo ejemplar de mis Abrojos, pues creo que el anterior no llegó a sus manos.

Por próximo vapor remitiré una colección de informes de los varios médicos que han estudiado la epidemia, con datos, detalles, tratamientos nuevos, etc. Ligeramente diré a usted que el mejor tratamiento con que han encontrado magníficos resultados, ha sido el sistema Cautani, de la hipodermoclirís. Para detalles, me remito a lo que debe usted recibir próximamente.

Deséale toda suerte de dichas este su amigo agradecido, quien le saluda, rogándole le ponga a los pies de su muy respetable señora.

Rubén Darío

✱

✱ ✱

Valparaíso, 25 de marzo, 1887

Mi querido don Juan:

No he vuelto a recibir más cartas de usted que la que me contestó con fecha 24 de diciembre. Yo le he escrito dos veces más. esta carta, está fechada en este puerto, donde estoy por unos días, en la temporada de baños, que ya va concluyendo.

No tengo qué decirle sino que sus palabras fueron proféticas, cuando me habló usted de mi porvenir en Chile. El impuesto que usted me dio debo agradecersele eternamente. Mi posición, usted debe calcularla: no sé si usted les ha explicado lo que es ser segundo redactor de un diario en Chile, y un diario como La Época, de Santiago.

Señor don Juan, pena me ha dado ver y comparar lo que era en mi tierra y cómo se me trata y aprecia en Chile. Es también cierto, que quizá en esa no habría hecho lo que aquí, por mil motivos. El primero, que aunque tengamos alas no podemos volar sin haber aire.

Envíele mi primer libro chileno: Abrojos. También envíele unos números de algunos diarios en que hay juicios espléndidos, como aquí los hacen, sobre mi pobrecito

volumen. Recomiéndole el de *La Época*, firmado por de Gilbert, seudónimo de don Pedro Balmaceda Toro, hijo del Presidente.

Así mismo, en de *La Unión*, diario de don Zorobabel; va firmado por Ruy Blas, seudónimo del crítico Izquierdo, o de Egaña, o no sé en realidad de quién, pues ha sido difícil averiguar.

He de mandarle los otros próximamente, entre ellos, el de la *Revista de Artes y Letras*, que es obra de nuestro querido Poirier.

A propósito, ha llegado el tiempo de las revelaciones.

Poirier ha sido para mí un hermano, más que un hermano. Su familia es como si fuera la mía. He recibido de esta casa, cariño a corazón lleno, amistad grandes, agasajos impagables. Es en Chile, a quien más tengo que agradecer. Después, Carrasco.

Carrasco se portó bien a mi llegada. Trabajó por colocarme en *La Época*, donde entré de cronista. Al poco tiempo, me comisionaron para escribir las crónicas teatrales de Sarah Bernhardt; luego me nombraron segundo redactor. Debo decirle a usted que en realidad, Carrasco hizo todo lo que pudo por mí desde mi llegada. Hay más: todo lo hizo "por usted", según sus palabras. Por usted "a quien debía una inmensa gratitud, queriendo pagarla con algo".

Los demás... así, así. El señor Valderrama bien.

Ahora, una cosa.

Durante mis tareas en el diario, en ratos desahogados, y a indicación de personas respetables que me tienen cariño, he asistido, desde hace seis meses, a las clases de Derecho Público e Internacional de la Universidad de Chile dirigidas por don Jorge Huneeus. Pienso concluir el curso. Pero como esto no es cosa de poco tiempo, y mis miras son servir de algo positivo a mi patria (ya que hay glorias que son humo, y que poco les importan a los de ahí), quisiera yo, y por esto me dirijo a usted, que el Gobierno me pensionara, para seguir esos estudios, comprometiéndome, por medio de un contrato, a estar a las órdenes de ese mismo Gobierno para la enseñanza o el servicio, que se necesiten. Como usted ve, ello no es de corto tiempo. Cada curso dura un año; y yo, continuaría mi estudio particularmente, además de concurrir a la Universidad; en caso de personas que, como don Julio Bañados Espinosa, se me han ofrecido gustosas; personas todas de gran competencia y conocimiento.

Esas ciencias en Chile es donde están hoy más adelantadas en la América Latina, y quizá mi propuesta tendría buenos resultados y algún provecho.

¿Conseguiré? ¿Harán algo los de mi país, hoy que les pido eso? ¡Quién sabe! Ello sería una pequeñez.

Por lo demás, si no se realiza, si no aceptan mis propuestas, santo y bueno. Ni se me quita, ni se me da nada. Abrojos. ¡Nada más!

Salúdeme a Juan muy afectuosamente, escribame; deme noticias de todo, y crea en el cariño de su afectísimo seguro servidor y amigo.

Rubén Darío

*
* *
*

Valparaíso, 3 abril, 1887

Mi querido señor Tondreau:

No diga usted que soy un mal educado , porque hasta hoy le contesto. Muchos inconvenientes, entre ellos mi salud un tanto quebrantada , han sido causa de mi tardanza en escribir a usted. Hoy lo hago con muchísimo gusto, enviándole además mis Abrojos: cuyo volumen hasta hace pocos días recibí de Santiago.

Ahí tiene usted esos versos, ásperos y tristes, mis más queridos versos. De la benevolencia de los críticos deduzco yo que no miran mis Abrojos por su lado verdadero. Yo que esos críticos, buena lección hubiese dado al poeta que echa su malhumor a la cara de la gente a título de poesía. Porque spleen y no otra cosa son tales versos!

Guárdelos usted, mi querido poeta, si no como regalado y bello libro, por razón de que el olmo no da peras, si como recuerdo de éste su amigo que son conocerle, le cuenta entre los mejores que ha encontrado, con ser poquísimos.

Lo saluda su afectísimo

Rubén Darío



Valparaíso, principios de mayo, 1887

Mi querido don Juan:

Hace algún tiempo que no recibo absolutamente correspondencia de usted. Según sé, Poirier tampoco. Hoy tengo algo que comunicarle. Desde mi llegada de Santiago me he sentido un poco mal de salud. Quizá haya contribuido a esto el excesivo trabajo, pues, como usted sabe ya, además de escribir en La Época, atiendo aquí mi empleo en la Aduana.

El señor Poirier recibió hace algunos días un cablegrama de Nicaragua en que se le pregunta por mí. Ignoro lo que haya contestado. Asimismo ignoro el por qué se le piden informes

de este pobre diablo, que ya se creía olvidado de la gentes de su patria.

Mi enfermedad (que afecta algo el pecho) e tiene flaco. Así, usted no me conocería casi, por eso y por las barbas que harían honor a un capitán de granaderos.

Nada me ha dicho usted de mi libro. Nada sé de todos y de cada uno de los amigos. ¿Creerán que me he muerto? ¿Verán siquiera los diarios en que aparece mi nombre? ¿Gozarán con mi propio bien y mis inmerecidos triunfos? Así lo creo al menos, de tosa esa falange de buenos corazones jóvenes: Argón, López, Ortiz, Ramírez, Figueredo, etc., etc.

No será raro, mi caro don Juan, que me vea usted por ahí algún tiempo. El médico me aconseja un clima como el del Mediodía de España, o Centroamérica, si no arreglo mi viaje a Europa, lo que puede suceder, iré a restablecerme al Salvador o a mi querida tierra nicaragüense. Todos lo saludan. Ya Valderrama salió del ministerio. Caldera se ha ido a provincia, don A. Montt está en Londres, Matta se va a Argentina, ¡oh, cuánto tengo que contarle!

Ayer conocí a un Rey. Hablé con don Carlos de Borbón. ¡...Cuando digo que en Chile se me han cumplido tantas cosas...!

Hasta la vista. recuerdos a todos. Si se realiza mi viaje pondré un cablegrama. Suyo, leal,

Rubén Darío

✱

✱ ✱

Valparaíso, 16 de julio, 1887

Señor general don Juan J. Cañas,
Managua, Nicaragua, Centroamérica.

Mi querido y excelente amigo:

Va esta carta con grandes cosas. A usted queda el que ellas se realicen, y podamos o verle por acá, o dar nosotros, nuestro estimadísimo señor Poirier y yo, nombre y lustre a la patria nicaragüense en Santiago. La explicación de esto, aquí la tiene usted.

Cuando yo llegué a Chile, Nicaragua era para los chilenos como un país barberisco, como una tierra de montañas adentro. Algunos pocos hombres ilustrados hablaban de ella como a humo de pajas: apenas se referían en sus conversaciones a la invasión de Walker y a la de Barrios, y al entonces proyectado Canal interoceánico. Cuando me preguntaban por mi país, lo hacían con la curiosidad que pondríamos nosotros al hablar con un búlgaro o tártaro del suyo, situación geográfica, vida política, producciones, así, así... En verdad, a uno que como yo, no creía que fuésemos en la misma América del Sur, y en el país más adelantado de esta, desconocidos de tan triste manera. Desde que murió Vicuña Mackenna, que de todo se ocupaba, nadie ha

vuelto a escribir sobre nada de por ahí. Así las cosas, llegó el encumbramiento del señor Poirier. Yo, en mi puesto de redactor de La Época de Santiago, como usted debe comprender, hacía todo lo posible por dar a conocer mi país. Creo que debo hablar a usted con la confianza con que a un padre. Mis artículos sobre Nicaragua, sobre su Gobierno, sobre el Canal, reproducidos por casi toda la prensa argentina y uruguaya, demuestran que no he dejado un solo momento de servir a la patria. Y en verdad, que no es a mí a quien ellos hacen honor, como mi alto puesto conseguido en diario tan de valer y fuerza como La Época de Santiago de Chile. A pesar de la divergencia de ideas de los órganos a que pertenecemos, don Zorobabel Rodríguez dio acogida en La Unión, a un largo y ardiente artículo que publiqué el 19 de marzo día de la elevación al poder del Presidente Carazo. En fin, he estado, sin descanso, lleno de chauvinisme, para con mi tierra. El Consulado de Nicaragua en Valparaíso ha servido de mucho, de muchísimo para dar también a conocer al país. Poirier ha hecho tanto aquí, que es la de loársele, por su apego, sin interés ni remuneración alguna. Hoy ya de Nicaragua se habla, y más de su Canal; hoy se sabe quién es el firme ex Presidente Cárdenas y el honrado Presidente Carazo, y, tal vez muy pronto un buque de guerra chileno haga una visita a esos puertos. Ahora, después de estas cortas preliminares, entro en materia.

Es de gran conveniencia una legación de Nicaragua en la primer nación latinoamericana, en Chile. Y el llamado a venir, es usted, don Juan. Voy a explicarme.

Por las recomendaciones de usted, por mi carácter nuevo, chileno; por mi posición en las letras, etc. como redactor de un diario de nombre, he adquirido la visión y el conocimiento de esta sociedad. Y ahí, en lo alto de esta sociedad, he visto lo que a usted le quieren. "Que venga, y hallará hogares, abiertos" me dijo de la Barra; "¡que venga!" dice Valderrama, y así todos. ¿Quién mejor que usted, pues, para traer a esta tierra la representación de mi país? Haga usted don Juan, todo lo que pueda por conseguirlo. Yo estaría con usted. ¡Qué alegría, qué triunfos en Santiago! Como dice el señor Chacón: "Amigos queridos, el Ministro y el secretario: legación laureada". Haga usted, don Juan, lo posible.

Que, en fin, ¿no se puede conseguir que usted venga? Entonces, voy a la segunda parte:

Hay alguien que merece, y casi debe, llevar aquí la representación nicaragüense, por su alta posición, su ilustración, su seriedad y el aprecio social de que goza: el señor Poirier. Creo que a mí, no me negarían en tal caso la secretaría de legación. Aquel nombramiento ahorraría al país gastos de traslación, pues el señor Poirier reside en Chile, como yo.

Podía enviarse como adjunto a uno de tantos inteligentes oficiales que hay por ahí, a estudiar aquí donde la milicia está en primera clase, sin tener que envidiar a ninguna del mundo.

Yo creo que el gobierno no se negaría. Si vieran nuestra posición, sobre todo. Pero deben saberla, por la prensa. Esto

no sería sino en aumento de brillo para Nicaragua, que tiene ya muchas simpatías aquí. Además del canal.

Sé que lo que más puede llamar la atención del gobierno será la cuestión de sueldo. Ah, pero esto tiene arreglo. Nos comprometeríamos a servir al país en cualquiera comisión, o estudios, etc.; a todo lo que quisiesen encomendar a la legación. Y luego, aseguramos, (y así dígalo usted) que después de un año de servicio pagado, no recibiremos un solo centavo, permaneciendo, si es voluntad del gobierno, empleados ad honorem... Explique usted, mi buen amigo, todos estos detalles.

Hable usted con el doctor Cárdenas. Su influencia puede hacerlo todo. ¡Si viniera él!

El Presidente creo que así mismo estará de buena voluntad para esa asunto, de tanta importancia, en realidad de verdad.

He tenido el honor de ser presentado al señor Balmaceda en Viña del Mar, por su hijo, el autor de un hermoso artículo sobre mi libro, y redactor de La Época. El señor presidente se ha mostrado muy amable conmigo, y él ha sido quien me ha colocado en la Aduana de este puerto, durante el cólera en Santiago. Le manifesté un día que tal vez el gobierno de mi país acreditaría una legación aquí, y él recibió mis palabras como una noticia que le llenaba de agrado. ¡Oh, para mí, sobre todo, sería la secretaría el más bello pórtico de un porvenir espléndido en la gran Santiago! Yo

bendeciría siempre al querido don Juan, lleno de gratitud y del cariño de siempre. ¡Y lo veríamos, lo veríamos por acá!

Dios hará que tenga éxito el asunto. Depende de usted y de la buena suerte. Si aún se pudiesen poner obstáculos por lo crecido del sueldo de un Ministro y un secretario, que se nombre al señor Poirier encargado de negocios, en vez de Nachiname, quien se halla desde hace años fuera de Chile, y que se me haga secretario: porque, según el derecho internacional pueden tenerlo los encargados de negocios. Esto sería económico, indudablemente. Yo oigo a usted trabajaríamos de modo, que no se botaría un centavo en nosotros, además; y, después de un año, no recibiremos sueldo.

Va una clave. Si se consigue, ponga usted un cablegrama. Aquí se arreglará con el gerente del cable, todo.

Que Dios nos ayude.

Suyo, afectísimo que le estima de veras, y le quiere de todo corazón,

Rubén Darío

Posdata. Le envío unos números de La Época en que se publica una carta que me dirigió Campoamor, y un juicio del escritor francés Groussac, sobre mi último libro.

Vale.

Posdata. Hay algo que se me olvidaba. El señor Poirier habla con perfección francés, inglés y alemán. Yo he adelantado mucho en el francés, que hablo casi sin dificultad, y el inglés lo traduzco, y sigo estudiándolo.

✱

✱ ✱

Valparaíso, 6 de septiembre, 1887

Mi estimado señor y amigo mío:

La carta de usted me ha venido a demostrar la conocida sentencia de que los amigos viejos son los mejores. La antigua amistad de usted nunca variable, es digna de una reciprocidad que yo, por mi parte, haré lo posible por conservar siempre.

Mucho agradezco sus amables palabras y sus desinteresados afectos. Mil gracias, señor.

Por lo que veo, nada llega de aquí a Nicaragua. No se sabe de mí, a pesar de que he enviado repetidas veces diarios y cartas. De cuando en cuando recibo alguna contestación que me da a entender que conocen algún cambio de mi vida en Chile. Lo cual, señor, ha sido para mí, como una gran vigilia llena de luz, después de un largo sueño negro. Aquí vivo de trabajo, aquí lucho, aquí aprendo los tiros en el

propio combate, aquí he triunfado también, gracias a Dios, y aquí en fin, ha salido el pollo que en Nicaragua desdenes y envidias quizás, orejas cerradas y frentes arrugadas, y sobre todo hielo; mucho hielo; tenían en un eterno cascarón.

En resumen, aquí en medio de la brega, he venido a saber que valía poco, pero algo. Y quien, no hace tres años fue acusado como vago en el cabildo de León de Nicaragua, ha llegado a ser redactor de La Época de Santiago de Chile. Vuelvo a decir a usted que esto es la confesión leal de un amigo a otro, de un joven que empieza a uno que ha peleado ya mucho, de un pollo en fin, a un gallo. Así hablamos los chilenos.

He recibido algunos números de periódicos. Hubo una equivocación. Yo pedí un ejemplar para la Bolsa Comercial, la cual frecuento y los diarios vinieron dirigidos, como su carta de que hoy me ocupo, a mí, en la Bolsa.

Así es que en adelante, la Bolsa será la Bolsa y mi nueva dirección

*Sr. Rubén Darío
Casilla N° 61
Valparaíso*

Mis saludos a su estimable familia y a usted los mejores recuerdos de su afectísimo seguro servidor y amigo

Rubén Darío

PS. Por este mismo correo tengo el gusto de enviarle un ejemplar de lujo de mis Abrojos. Acéptelos como prueba de cariño.

*
* *
* *

Santiago, 9 de octubre, 1887

Señor don J. Manuel Balmaceda
Presente

Muy respetado señor mío:

He querido dame la honra de dedicar a usted mi "Canto Épico a las Glorías de Chile", publicado en la Época del domingo.

Sí tal dedicatoria fuese de su agrado, n habrá mayor satisfacción para mí, y quedaré comprometido a seguir produciendo mis pobres frutos; y procurando, con mis pocas fuerzas, servir a Chile, mi segunda patria.

Saluda respetuosamente a usted su afectísimo seguro servidor,

Rubén Darío

✱

✱ ✱

Santiago, 16 de octubre, 1887

Señor:

Don Alfredo Irarrázaval, o

Don Gregorio Ossa, o

Don Narciso Tondreau

*A cualquiera de ustedes necesito en mi pieza de alojamiento,
calle de Nataniel 51, donde estoy gravemente enfermo.
¡Ojalá que fuera esta misma noche!*

Su amigo,

Rubén Darío

Por Rubén Darío que está imposibilitado en este momento.

P. L. Medina

✱

✱ ✱

Al señor don Pedro Nolasco Préndez, Santiago.

Mi querido amigo y poeta:

Recibí tu carta y tu libro. Me hallo en una situación que si quieres saberla no tienes más que hablar con Rodríguez Mendoza; y, si quieres y puedes ayudar a remediarla, habla con Carlos T. Robinet. Yo no me extiendo más por el motivo de no tener espíritu tranquilo ni palabras a propósito.

He escrito un artículo largo sobre Las Nuevas Siluetas; que se publicará en La Libertad Electoral. Hago ciertas apreciaciones y estoy contento con él. Quedaré más si tú lo mismo.

Tuyo,

Rubén Darío

✱

✱ ✱

Valparaíso, 20 de noviembre, 1888

Mi querido amigo:

Te escribo ésta con el siguiente objetivo: Debes de tener entendido que mi partida a Centroamérica me es más

necesaria que nunca. Mi padre acaba de morir, y yo tengo que estar en Nicaragua a la mayor brevedad. Conoces perfectamente mi situación.

Parece que las esperanzas que teníamos no se han podido realizar por ahí. ¡Qué se hace!

Ahora, oye:

Un amigo mío ha empezado aquí algo que sí es duro para mí, es el único medio que me queda para poder irme. Ha pedido a personas que tienen buena voluntad y alguna estimación por mí, que contribuyan para formar un fondo con el cual pueda hacer un viaje. Ya hay bastante adelantado.

Tócate a tí—pues no puedo decirlo a otro amigo— ver lo que puedas hacer en el círculo de tus relaciones políticas o sociales. Por de pronto, yo recuerdo dos, tres, cuatro amigos, quienes si tú le insinuaras algo, se prestarían gustosos. Triste, pero preciso. Se necesita que por lo menos vengan de ahí 20 libras esterlinas. Lo demás aquí, como digo, se está juntando. Todo callado, como todo bien que se hace noblemente.

En fin, hágase lo posible, hazte tú iniciador por tu parte y rompe esta carta, si te parece.

Creo que también de aquí se ha escrito a Robinet a este respecto.

Todo debe de hacerse, a más tardar, en la presente semana.

Mi salud, peor.

Tu amigo,

Darío

Posdata: Haz reclamar en mi nombre un artículo que está en La Libertad Electoral titulado "Cuento ruso", y lo publicas en La Época. Esto, pronto. Vale.

✱

✱ ✱

Valparaíso, 25 de diciembre, 1888

Mi querido amigo:

Hasta hoy respondo por razón de proseguir aquí sin descanso la consecución de los medios necesarios para el viaje.

Es un hecho que no podrá realizarse el viaje sino hasta el 5 de enero, es decir, dentro de once días contando desde hoy.

De no, hay que esperar el vapor próximo.

Con lo que tú me has conseguido, tengo ya para los gastos de viaje y llegada. Aquí se trata de conseguir pasaje, y de “arreglarme la maleta”, como dice de la Barra.

Esto, poco a poco, se conseguirá.

Y a propósito:

Carballo me ofreció una caja hace mucho tiempo. debe haberla hecho llegar hasta la casa en que yo habité en Santiago, Nataniel 51. En tal caso debe de estar en poder de don Manuel Rodríguez Mendoza. O sí no se puede averiguar.

Tú puedes hacerme el servicio de mandar pedir en mi nombre unos libros y ropa que tengo en casa del mismo Manuel y remitírmelos por expreso.

Sí la caja se encontrase, sería un pequeño ahorro.

Es terrible el asunto viaje, tal como lo estoy palpando. pero qué se hace. la ayuda conseguida, es parte de camino andado.

No te digo más por no quitarte el tiempo.

Tuyo, afectísimo

Darío

*

* *

Valparaíso, 26 de diciembre, 1888

Mi querido poeta y amigo:

Su carta última me ha venido a calmar mis humores de Alceste. Es usted bueno, lo que no me extraña, puesto que siempre me ha demostrado cariño.

Vamos a otro asunto.

No habría querido enviar a ningún diario las cartas de don Juan Valera, si usted no me hubiese escrito. He estado agriamente impresionado con toda la prensa, sobre todo con la en que hay algunos que se dicen mis amigos. Sé que diarios como La Época, donde hay varios poetas, están suscritos al Imparcial de Madrid. Hay más. Se han reproducido todas las cartas de don Juan Valera, y se ha saltado sobre las dirigidas a mí. Es cierto que don Juan hace elogios que no me ha hecho nadie, y que con la publicación de su juicio, vendríamos a quedar en que yo soy un ternero de cinco patas. Cosa que desagradaría a todos los que creen que sólo soy un hombre de cuatro. Porque creo que hay quienes piensen así.

Por lo demás, le envío la única carta que conservo, pues la 2ª se me perdió.

Y le doy mil gracias por su atención, que creo —cosa rara— que es sincera.

En cuanto a mí, no quiera usted saber nada, ni me vuelva a pedir noticias. No hay brazos de leche ni nada.

Me alegro mucho, mucho, que se haya decidido a escribir “El Bosque” poema que sólo usted puede escribir en Chile, pero que no agradará a los atenéicos colegas suyos, sino a un reducido número. Yo le aplaudo de todo corazón.

Yo también tengo una guagua de gran poema, o de disparate monumental. No sé lo que saldrá, pero lo sabremos pronto.

Mi viaje se acerca. de repente, cuando menos piense usted... ¡adióooooos! ya voy por Panamá. Y entonces muchos estarán contentos.

Y yo también.

Su amigo

Darío

Posdata: Usted tiene relaciones con algunos españoles, como el Conde de Vista Florida, y pudiera ser que él tuviese la carta número dos de don Juan. Si no él, el Club Español, o las librerías, o en cualquier parte.

Vale.

✱

✱ ✱

Buenos Aires, 10 de febrero de 1895

Confidencial.

*Ateneo. Buenos Aires,
Avenida de Mayo número 291.*

Mi querido Emilio:

Sus cartas y sus cuentos, todo está en mi poder. Le he recordado perfectamente y he exclamado como la vieja de la dolora: “¡Santo Dios! ¡Y éste es aquél!” Y me he regocijado al ver que el talento que tenía usted de niño se desenvuelve en una bella y brillante juventud.

No sé nada de Manuel hace largo tiempo. Le escribí hará tres o cuatro meses, sin dirección. Supongo que no habrá llegado a su poder mi carta.

El recuerdo de su casa me es siempre uno de los más gratos de mi vida. Pues en lo desagradable de mi memoria chilena, la figura de Manuel y algunos dos más, son las únicas que miro con tintes claros y dignos de mi afectuosa recordación. Por lo demás, a veces me figuro que he tenido un mal sueño al pensar en mi permanencia en ese hermoso

país. Eso sí que a Chile le agradezco una inmensa cosa: la iniciación en la lucha de la vida.

Pero hablemos de usted y no de mí. De usted, que ha salido escritor, y lo que es peor, ¡oh desgraciado!, con talento. Ha hecho usted muy bien en escribirme y en enviarme sus ensayos. En lo que no ha hecho usted bien es en referirse a mí modesta categoría oficial con un tono absolutamente caupolicanesco; usted, que demuestra tener una buena alma de artista y un bravo temperamento de hombre al mismo tiempo.

Escribiré, pues, y me refiero a libro en proyecto, el prólogo que me pide, a pesar de que me he negado a escribir esa clase de presentaciones o estudios, o lo que sea, porque el género está muy desacreditado. A mi queridísimo Górnex Carrillo no pude complacerle. Lo único que he hecho a ese respecto son unos versos para un libro de Salvador Rueda el año 92. El suyo se lo ofrezco. Mas es preciso que sepa que el prólogo es lo último que se escribe e imprime en una obra. Cuando ésta está impresa se le envía al prologuista. Y hay razón, pues leer en pruebas, claro es que es mejor que leer en manuscritos, a veces infernales. De todos modos, cuente usted con el prólogo.

Lo que he leído de usted me ha agradado mucho, a pesar de sus naturales defectos: pastiche, calco, etc., en la forma; pesimismo y bohemia en el fondo. Pero es efecto de sus primeros entusiasmos. Hay que imitar siempre al comienzo; hay que ser hijo de alguien, pues no se nace sin padres, como puede afirmar lo La Pallisse el perilustre. En cuanto a sus

desengaños, sus torturas cerebrales y su continua tendencia a idealizar el tipo fané del bohemio, es el mismo viejo mal de Olímpio, el maldito “mal del siglo”, agravado con la educación estética y psicológica de usted y con el horrible medio—horrible para los artistas— en que vive.

Lamenté, mi querido Emilio, las desgracias de la patria chilena y las de mis amigos en particular. Yo tenía y tengo amigos en ambos bandos; pero el recuerdo de Pedro (Balmaceda Toro) tenía que dar a mis simpatías una senda de parcialidad. La carrera de Manuel la he seguido por los diarios, y me alegraré el día en que pueda verlo en el alto puesto a que indefectiblemente debe llegar por su talento y por su carácter. Es un luchador ¡Quién lo diría, hablando con él de sueños y de arte! No he recibido el artículo a que usted se refiere, sobre mí y los que tienen a bien llamarse mis discípulos de América. Mas no es raro, pues usted no se ha acordado de decir en la administración del diario que me lo envíen.

Mis ideas respecto al movimiento literario que hoy se nota, y que ciertamente tiene por base el zarandeado Azul... (¡Quién lo hubiera creído!... ¿Se acuerda?), las conoce usted, si ha leído los números de la Revista de América que le remití en días pasados. Por eso, y por no poder alargar cuanto quisiera esta carta, no le hablo más sobre algunos puntos de la suya. He leído sus críticas o, mejor dicho, sus impresiones de La Ley. ¡Buenas! ¡Pero lea usted! ¡Lea usted! Y así será usted mucho, créame usted. No importa que el público no entienda; en asuntos de arte nunca debe escribirse para el público. El pobre Valdés Vergara ¿no me

suprimía mis crónicas del Heraldó porque escribía demasiado bien para Valparaíso?...

Otro punto: ní los que usted llama graciosamente partiquínos, ní Obligado, ní Oyucia, ní grandes ní chicos que en América han escrito sobre decadentismo, saben jota del asunto. Todo lo confunden, porque todo lo ignoran, puesto que no están en el movimiento. Y, sobre todo, porque no se han dedicado al asunto como debieran hacerlo.

Otro: el Claudio de sus cuentos ha sido amigo de Garcín el del catapultante pájaro azul de mis veinte años ... Los mismos que usted debe tener ahora. Luego recuerde usted lo que dice Poe, recordado tan linda y tristemente en un cuento de Julián del Casal.. .¿No ha leído a Poe su Claudio? Yo creo que lo ha leído demasiado. La parte de socialismo artístico no me desagrada, porque es la reacción contra la opresión de la vida moderna. Pero no olvida usted, y hace bien, que el arte es esencialmente aristocrático.

Adelante, mí querido Emilio. En la revista que usted me envió—El Año Literario— veo que no está usted solo. Hay por ahí unos dos compañeros suyos que con usted forman una trinidad de esperanza para el pensamiento futuro de ese país. Porque me imagino que no han de contentarse los chilenos con destrozarse a sí mismos y comerse a los vecinos. Coman, coman; pero piensen y tengan poetas y artistas. Un día me dijo Menéndez Pelayo que “Chile no había tenido nunca un poeta” en el sentido justo.

-¿Y Viciuña Mackenna—le dije—, aunque en prosa? ...

Me lo concedió sonriéndose.

Que tenga Chile, "por la razón o la fuerza", poetas, mi amigo Emilio.

Diga a Manuel mi deseo de verle. Tal vez no sería difícil que yo hiciera un corto viaje. Que me salude muy afectuosamente a Julio Bañados. Mis mejores deseos para su familia. Trabaje, luche, crezca.

Su amigo

Dario

✱

✱ ✱

EL PÁJARO AZUL*

París es teatro divertido y terrible. Entre los concurrentes al Café Plombier, buenos y decididos muchachos —pintores, escultores, escritores, poetas— sí, ¡todos buscando el viejo laurel verde! ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajenjo, soñador que nunca se emborrachaba, y, como bohemio intachable, bravo improvisador.

* Publicado en La Época, Santiago, 7 de diciembre de 1886.

En el cuartucho destartado de nuestras alegres reuniones, guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Delacroix, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro *pájaro azul*.

El pájaro azul era el pobre Garcín. ¿No sabéis por qué se llama así? Nosotros le bautizamos con ese nombre.

Ello no fue un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos por qué, cuando todos reíamos como insensatos o como chicuelos, él arrugaba el ceño y miraba fijamente el cielo raso, nos respondía sonriendo con cierta amargura:

—Camaradas: habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro, por consiguiente...

Sucedía también que gustaba de ir a las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien a sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruidos de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las violetas eran para Niní, su vecina, una muchacha fresca y rosada, que tenía los ojos muy azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y los aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. ¡Oh, el pájaro azul volaría muy alto! ¡Bravo! ¡bien! ¡Eh, mozo, más ajenjo!

Principios de Garcín:

De las flores, las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosos, el zafiro.

De las inmensidades, el cielo y el amor; es decir, las pupilas de Niní.

Y repetía el poeta: Creo que siempre es preferible la neurosis a la estupidez.

A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los bulevares; veía pasar indiferente los lujosos carruajes, los elegantes, las hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía; pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba a las vidrieras, husmeaba y, al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envidioso, arrugaba la frente; para desahogarse, volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Corría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, pedía su vaso de ajeno, y nos decía:

—Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul que quiere su libertad...

Hubo algunos que llegaron a creer en un descalabro de razón.

Un alienista a quien se le dio noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una monomanía especial. Sus estudios patológicos no dejaban lugar a duda.

Decididamente, el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo provinciano de Normandía, comerciante en trapos, una carta que decía lo siguiente, poco más o menos:

“Sé tus locuras en París. Mientras permanezcas de ese modo, no tendrás de mí un solo sou. Ven a llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscritos de tonterías, tendrás mi dinero”.

Esta carta se leyó en el Café Plombier.

—¿Y te irás?

—¿No te irás?

—¿Aceptas?

—¿Desdeñas?

¡Bravo Garcín! Rompió la carta, y soltando el trapo a la vena, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan si mal no recuerdo:

*¡Sí, seré siempre un gandul,
lo cual aplaudo y celebro,
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul!*

Desde entonces Garcín cambió de carácter, se volvió charlador, se dio un año de alegría, compró levita nueva y comenzó un poema titulado, pues claro: El pájaro Azul.

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo nuevo de la obra. Aquello era excelente, sublime, disparatado.

Allí había un cielo muy hermoso, una campiña muy fresca, países brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre flores, los ojos de Niní húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello, un pájaro azul que sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos al cielo, se arruga la frente y bebe ajeno con poca agua, fumando además por remate, un cigarrillo de papel.

He aquí el poema.

Una noche Garcín riendo mucho y, sin embargo, muy triste.

La bella vecina había sido conducida al cementerio.

—¡Una noticia! ¡una noticia! Canto el último de mis poema. Niní ha muerto. Viene la primavera y Niní se va. Ahorro de violetas para la campiña. Ahora falta el epílogo del poema. Los editores no se dignan siquiera leer más versos. Vosotros muy pronto tendréis que dispensaros. Ley del tiempo. El epílogo debe de titularse así: De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.

¡Plena primavera! ¡Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde; el aire suave que mueve las hojas y hace aletear las cintas de los sombreros de paja con especial ruido! Garcín no ha ido al campo.

Hele ahí, viene con traje nuevo, a nuestro amado café Plombier, pálido, son una sonrisa triste.

—¡Amigos, míos, un abrazo! Abrazadme todos, así, fuerte; decidme adiós, con todo el corazón, con toda el alma... El pájaro azul vuela...

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas las fuerzas y se fue.

Todos dijimos:

—Garcín, el hijo pródigo, busca a si padre, el viejo normando. ¡Musas, adiós: adiós, Gracias! ¡Nuestro poeta se decide a medir trapos! ¡Eh! ¡Una copa por Garcín!

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente todos los parroquianos del Café Plombier, que metíamos tanta bulla en aquel cuartucho destartado, nos hallábamos en la habitación de Garcín. Él estaba en su lecho, sobre las sábanas

ensangrentadas, con el cráneo roto de un balazo. Sobre la almohada había fragmentos de masa cerebral... ¡Horrible!

Cuando, repuestos de la impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo, encontramos que tenía consigo el famoso poema. En la última página había escritas estas palabras:

Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pobre pájaro azul.

¡Ay, Garcín!, cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad.



EL VELO DE LA REINA MAB*

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban los trojes de riquezas; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; a quiénes, cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quiénes, talones fuertes y piernas

* Publicado en La Época, Santiago, 2 de octubre de 1887.

ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero: —¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus, que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico *kitón* mostrando la esplendidez de la forma en sus cuerpos de rosa y de nieve.

Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque, a medida que cincelo el bloque, me ataraza el desaliento.

Y decía el otro: —Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el Salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a la campiña sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he

abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

¡Y yo, que podría en el estremecimiento de mi inspiración trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro!...

Y decía el otro: —Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías temo todas las decepciones. Yo escucho toda la armonía, desde la lira del Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.

Y el último: —Todos bebemos el agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis a mi musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas a verbena y

a tomillo, y al santo aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre.

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las boardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farándolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

✱

✱ ✱

EL REY BURGUÉS

Cuento Alegre*

¡Amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines,

* Publicado en La Época, Santiago, 4 de noviembre de 1887 con el título "Un cuento alegre", y con la dedicatoria "A Alcibíades Roldán".

armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No amigo mío: era el Rey Burgués.

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas de vino de oro que hierve, y la mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de música, de carcajadas y de ruidos de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en los más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores, inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdita, que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

¡Japonerías! ¡Chinerías! por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Crespo: quimeras de bronce

con las faces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; artesanías de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que los cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.

Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, ¡cuántos salones!

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

Un día llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile..

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzotes en la pajarera; un poeta era algo nuevo y extraño.

—Dejadle aquí.

Y el poeta:

—Señor, no he comido.

Y el rey:

—Habla y comerás.

Comenzó:

—Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe esperar, como el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de la carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva donde he quedado vigoroso y ahíto de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran Naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea aro triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es agosto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento

y da golpes de ala como águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, pude ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

—Si—dijo el rey; y dirigiéndose al poeta: —Daréis vuelta una caja de música que toca valeses, cuadrillas y galopas, como no preferáis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jergonzas, ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estaque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tirirín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro. Y una noche en que caía de los alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había un festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de la viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dátiles, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía la campaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y las cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal..., y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas o de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrion que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

¡Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! Hasta la vista.

✱

✱ ✱

CARTA DEL PAÍS AZUL***Paisajes de un cerebro**

¡Amigo mío! Recibí tus recuerdos, y estreché tu mano de lejos, y vi tu rostro alegre, tu mirada sedienta, tus narices voluptuosas que se hartan hoy de perfume de campo y de jardín, de hoja verde y salvaje que se estruja al paso, o de pomposa genciana en su macetero florido. ¡Salud!

Ayer vagué por el país azul. Canté a una niña; visité a un artista; oré, oré como un creyente en un templo, yo el escéptico; y yo, yo mismo, he visto a un ángel rosado que desde su altar lleno de oro, me saludaba con las alas. Por último, ¡una aventura! Vamos por partes.

¡Canté a una niña!

La niña era rubia, esto es, dulce. Tú sabes que la cabellera de mis hadas es áurea, que amo el amarillo brillante de las auroras, y que ojos azules y labios sonrosados tienen en mi lira dos cuerdas. Luego, su inocencia. Tenía una sonrisa castísima y bella, un encanto inmenso. Imagínate una vestal impúber, toda radiante de candidez, con sangre virginal que le convierte en rosas las mejillas.

Hablaba como quien arrulla, y su acento de niña, a veces melancólico y tristemente suave, tenía blandos y divinos ritornelos. Si se tornase flor, la buscaría entre los lirios; y entre éstos elegiría el que tuviera dorados los tallos, o el cáliz azul. Cuando la vi, hablaba con un ave; y como que el ave le comprendía, porque tendía el ala y abría el pico, cual si quisiera beber la voz armónica. Canté a esa niña.

* Publicado en La Época, Santiago, 3 de febrero de 1888.

Visité a un artista, a un gran artista que, como Mirón su discóbolo, ha creado su jugador de chueca. Al penetrar en el taller de este escultor, parecíame vivir la vida antigua; y recibía, como murmurada por labios de mármol, una salutación en la áurea lengua jónica que hablan las diosas de brazos desnudos y de pechos erectos.

En las paredes reían con su risa muda las máscaras, y se destacaban los relieves, los medallones con cabezas de serenos ojos sin pupilas, los frisos cincelados, imitaciones de Fidias, hasta con los descascaramientos que son como el roce de los siglos, las metopas donde blanden los centauros musculosos sus lanzas; y los esponjados y curvos acantos, en pulidos capiteles de columnas corintias. Luego, por todas partes estatuas; el desnudo olímpico de la Venus de Milo y el desnudo sensual de la de Médicis, carnoso y decadente; figuras esotéricas brotadas al soplo de las grandes inspiraciones, unas soberbias, acabadas, líricamente erguidas como en una apoteosis, otras modeladas en la greda húmeda, o cubiertas de paños mojados, o ya en el bloque desbastado, en su forma primera, tosca y enigmática; o en el eterno bronce de carne morena, como hechas para la inmortalidad y animadas por una llama de gloria. El escultor estaba allí, entre todo aquello, augusto, creador, con el orgullo de su traje lleno de yeso y de sus dedos que amasaban el barro.

Al estrechar su mano, estaba ya tan orgulloso como sí me tocase un semidiós.

El escultor es un poeta que hace un poema de una roca. Su verso chorrea en el horno, lava encendida, o surge immaculado en el bloque de venas azulejas, que se arranca de la mina.

De una cantera evoca y crea cien dioses. Y con su cincel destroza las angulosidades de la piedra bronca y forma el seno de Afrodita o el torso del padre Apolo. Al salir del taller, pareciome que abandonaba un templo.

Noche. Vagando al azar, di conmigo en una iglesia. Entré con desparpajo; desde el quicio ya tenía el sombrero en la mano, y la memoria de los sentidos me llenaba y todo yo estaba conmovido. Aún resonaban los formidables y sublimes trémolos del

órgano. La nave hervía. Había una gran muchedumbre de mantos negros; y en el grupo extendido de los hombres, rizos rubios de niño, cabezas blancas y calvas; y sobre aquella quietud del templo, flotaba el humo aromado, que de entre las ascuas de los incensarios de oro emergía, como una batista sutil y desplegada que arrugaba el aire; y un soplo de oración pasaba por los labios y conmovía las almas.

Apareció en el púlpito un fraile joven, que lucía lo azul de su cabeza rapada, en la rueda negra y crespa de su cerquillo. Pálido, con su semblante ascético, la capucha caída, las manos blancas juntas en el gran crucifijo de marfil que le colgaba por el pecho, la cabeza levantada, comenzó a decir su sermón como si cantara un himno. Era una máxima mística, un principio religioso sacado del santo Jerónimo: Si alguno viene a mí, y no olvida a sus padres, mujer e hijos y hermanos, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo; y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, para una vida eterna se guarda. Había en sus palabras llanto y trueno; y sus manos al abrirse sobre la muchedumbre parecían derramar relámpagos. Entonces, al ver al predicador, la ancha y relumbrosa nave, el altar florecido de luz, los cirios goteando sus estalactitas de cera; y al respirar el olor santo del templo, y al ver tanta gente arrodillada, doblé mis hinojos y pensé en mis primeros años: la abuela, con su cofia blanca y su rostro arrugado y su camándula de gordos misterios; la catedral de mi ciudad, donde yo aprendí a creer; las naves resonantes, la custodia adamantino, y el ángel de la guarda, a quien yo sentía cerca de mí, con su calor divinos recitando las oraciones que me enseñaba mi madre. Y entonces oré. ¡Oré, como cuando niño juntaba las manos pequeñuelas!

Salí a respirar el aire dulce, a sentir su halago alegre, entre los álamos erguidos, bañados de plata por la luna llena que irradiaba en el firmamento, tal como una moneda argentina sobre una ancha pizarra azulada llena de clavos de oro. El asceta había desaparecido de mí: quedaba el pagano. Tú sabes que me place contemplar el firmamento para olvidarme de las podredumbres de aquí abajo. Con esto creo que no ofendo a nadie. Además, los astros me suelen inspirar himnos, y los hombres, yambos. Prefiero los primeros. Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la

virgen cazadora de carne divina, que va entre su tropa de galgos, con el arco en comba, a la pista de un ciervo o de un jabalí. Si, soy pagano. Adorador de los viejos dioses y ciudadano de los viejos tiempos. Yo me inclino ante Júpiter porque tiene el rayo y el águila; canto a Citerea porque está desnuda y protege el beso de dos bocas que se buscan,; y amo a Pan porque, como yo, es aficionado a la música y a los sonoros ditirambos, junto a los riachuelos armoniosos, donde triscan las náyades, la cadera sobre la linfa, el busto al aire, todas sonrosadas al beso fecundo y ardiente del gran sol. En cuanto a las mujeres, las amo por sus ojos que ponen luz en el alma de los hombres; por sus líneas curvas, por sus fuertes aromas de violeta y por sus bocas que parecen rosas. Otros busquen las alcobas vedadas, los lechos prohibidos y adúlteros, los amores fáciles; yo me arrodillo ante la virgen que es un alba, o una paloma, como ante una azucena sagrada, paradisíaca. ¡Oh, el amor de las torcaces! En la aurora alegre se saludan con un arrullo que se asemeja al preludio de una lira. Están en dos ramas distintas y Céfiro lleva la música trémula de sus gargantas. Después, cuando el cenit llueve oro, se juntan las alas y los picos, y el nido es un tálamo bajo el cielo profundo y sublime, que envía a los alados amantes su tierna mirada azul.

Pues bien, en un banco de la Alameda me senté a respirar la brisa fresca, saturada de vida y de salud, cuando vi pasar una mujer pálida, como si fuera hecha de rayos de luna. Iba recatada con manto negro. La seguí. Me miró fija cuando estuve cerca, y ¡oh, amigo mío! he visto realizado mi ideal, mi sueño, la mujer intangible, becqueriana, la que puede inspirar rimas con sólo sonreír, aquella que cuando dormimos se nos aparece vestida de blanco, y nos hace sentir una palpitación honda que estremece corazón y cerebro a un propio tiempo. Pasó, pasó huyente, rápida, misteriosa. No me queda de ella sino un recuerdo; mas no te miento si te digo que estuve en aquel instante enamorado; y que cuando bajó sobre mí el soplo de la medía noche, me sentí con deseos de escribirte esta carta, del divino país azul por donde vago, carta que parece estar impregnada de aroma de ilusión; loca e ingenua, alegre y triste, doliente y brumosa; y con sabor a ajeno, licor que como tú sabes tiene en su verde cristal el ópalo y el sueño.

**LA CANCIÓN DEL ORO***

Aquel día, un harapiento, por las trazas de mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, a la gran calles de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasadas y blandamente, como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones debía estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tabor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia con su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bonnaat, y las preciosas acuarelas en el que tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la yerba trémula y humilde. Y más allá...

* Publicado en Revista de Artes y Letras, tomo IX, Santiago, 15 de febrero de 1888, pág. 464-467, con la dedicatoria "A Pedro Barros".

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un carruaje flamante y charolado. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión que el mendigo piensa: Decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de látigo arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche).

Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fue opresión y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fue la visión de todos los mendigos, de todos los suicidas, de todos los borracho, del harapo y de la llaga, de todos lo que viven ¡Dios mío! en perpetua noche, tanteando la sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el áureo vino que hierve, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería y blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, dejar caer escudos de oro.

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de u bolsillo un pan moreno, comió, y dio al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

¡Cantemos al oro!

Cantemos al oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos al oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de la ubre gigantesca.

Cantemos al oro, río cauteloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos al oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos al oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de las tabernas y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares; y va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es, en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos a veces símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detienen las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en la amenaza del Jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de las espigas y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y parto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarrar; poderoso en el poniente, donde se tiñe en sangre; carne de ídolo; tela de que Fidias hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en la champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, porque es la piedra de toque de toda amistad.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como

el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Hilarión, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y el salvaje del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a plano sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuos de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como con una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

¡Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra!

¡Cantemos el oro!

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, le dio su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.



PALOMAS BLANCAS Y GARZAS MORENAS*

Mi prima Inés era rubia como una alemana. Fuimos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. ¡Adorable, la viejecito, con sus trajes de grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos, como una vieja marquesa de Boucher!

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí a leer antes que ella; y comprendía —lo recuerdo muy bien— lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José; todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miles, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar a un colegio, en internado terrible y triste, a dedicarme a los áridos estudios del bachillerato, a no ver el mundo —¡mi mundo de mozo!— y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato, —un

* Publicado en *La Libertad Electoral*, Santiago, 23 de junio de 1888. En *Historia de mis libros*, Rubén Darío dice a propósito de este cuento: "En 'Palomas blancas y garzas morenas' es tema es autobiográfico y el escenario la tierra centroamericano en que me tocó nacer. Todo en él es verdadero, aunque dorado de ilusión juvenil. Es un eco fiel de mi adolescencia amorosa, del despertar de mis sentidos y de mi espíritu ante el enigma de la universal palpitación".

excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncós; llegué al período ridículo del niño que pasa a joven. Entonces por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé — todavía vaga y misteriosamente— en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe de muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar y salí, en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. ¡Libertad!

Mi prima —¡pero Dios santo, en tan poco tiempo!— se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía a sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera, dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si se veía de frente. A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto u supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables, la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó a abrazarme, me tendió la mano. Después no me atrevía a invitarla a los juegos de antes. Me sentía tímido. ¡Y qué! ella debía sentir algo de lo que yo. ¡Yo amaba a mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela a misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufú de las polleras antiguas de mi abuela y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

¡Oh, Eros!

—Inés...

—¿...?

Y estábamos solos, a la luz de una luna argentina, dulce, ¡una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

Le dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso. ¡Sí! se lo dije todo; las agitaciones sorda y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella; el amor, el ansia, los insomnios del deseo; mis ideas fijadas en ellas allá en las meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: ¡el amor! ¡Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración! Creceríamos más. Seríamos marido y mujer...

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que a mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. ¡Cabellos áureos, ojos paradisíacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

—¡Ve! la tontería...

Y corrió como una gata alegre a donde se hallaba la buena abuela, rezando a la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

—¡Eh, abuelita, ya me dijo!...

¡Ellas, pues, ya sabían que yo debía “decir”!...

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. ¡Y yo que todo lo veía, a la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían, y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos, de ilusiones la cabeza, de versos los labios; y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, a pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo, entre los arbustos y las flores, a las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje —siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo— gris azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos

y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespas. Las aves andaban a su alrededor, e imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos. ¡Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vio trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara y acariciante, y se puso a reír cruelmente, terriblemente. ¡Y bien! ¡Oh, aquello no era posible! Me lancé con rapidez frente a ella. Audaz, formidable, debía de estar, cuando ella retrocedió, como asustada, un paso.

—¡Te amo!

Entonces tornó a reír. Una paloma voló a uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me cerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban... Me turbaba el cerebro una honda invisible y fuerte de aroma femenino. ¡Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime; y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas! No dije más. La tomé la cabeza y la di un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella, un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

Al poco tiempo partía a otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había ¡ay! mostrado a mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

¡Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fue el nuevo amor. ¡Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está a la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos solos estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente, Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador como dos invisibles y divinas filomenas.

Yo extasiado veía a la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba como mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz, queda, muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar a los poetas. Luego erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de vaga claridad. Cerca de la orilla se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegan a las riveras a espantar a los cocodrilos, que con las anchas mandíbulas abiertas beben al sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda o bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, o permanecía inmóvil, escultural o hieráticamente, o varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, o en el cielo, caprichosos dibujos, como las baladas de las grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto a mi amada, que de aquel país de la altura me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas, con sus cuellos reales, parecidos a los de las damas inglesas que junto a los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que

Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas —bien dice un poeta— como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante a ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su purpúrea opulenta de rey oriental. Yo había halagado a la amada tiernamente con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente unos a otros.

De pronto y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso de amor recibido de labios de una mujer. ¡Oh, Salomón, bíblico y real poeta! tú lo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua*.

¡Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas en el inefable primer instante de amor.



EL SÁTIRO SORDO***Cuento Griego**

Habitaba cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de su selva. Los dioses le habían dicho: "Goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta". El sátiro se divertía.

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fue osado a subir el sacro monte y sorprender al dios crinado. Este le castigó tornándole sordo como una roca. En balde en las espesuras de la selva llena de pájaros se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomela llegaba a cantarle, sobre su cabeza enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. Él permanecía impasible, o lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban reverentemente con su sonrisa; y aunque no escuchaba ninguna voz, ni el ruido de los crétalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey barbudo que tenía patas de cabra.

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros aúlicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplaba su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

* Publicado en La Libertad Electoral, Santiago, 15 de octubre de 1888. Lo escribió Darío cuando ya se había publicado la primera edición de *Azul...*, y lo incluyó en la segunda (Guatemala, 1890), después de *El Rey Burgués*.

Después, en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar. En tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba a la alondra la cumbre; al asno el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños; despertaba al roble Diciéndole: "Viejo roble, despiértate". Se deleitaba con un beso del sol: era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo su inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro, que le veía ramonear en la pastura, moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía como hoy tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius en latín, Passerat, Buffon y el gran Hugo en francés, Posada y Valderrama en español.

Él, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las yerbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de la miseria de los hombres, pensó huir a los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él pondría temblor de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Demeter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, a quien él encantaría, donde sería tenido como un semidiós, selva toda alegría y danza, belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruido de sistros, y donde el rey caprípedo bailaba delante de sus faunos, beodo y haciendo gestos como Sileno?

Fue con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguida y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad, cantó. Cantó del gran Jove, de Eres y de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes. Cantó la copa de Dionisio, y el firso que hiere el aire alegre, y a Pan, emperador de las montañas, soberano de los bosques, dios-sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de una arpa eolia, el susurro de una arboleda, el ruido ronco de un caracol y las notas armónicas que brotan de una siringa. Cantó del verso, que baja del cielo y place a los dioses, del que acompaña ,el bárbitos en la oda y el tímpano en el peán. Cantó los senos de nieve tibia y las copas de oro labrado, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir los leones y llorar los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como ,en un sueño. Una náyade virgen a quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo: "Yo te amo". Filomela había volado a posarse en la lira como la paloma anacreóntica. No había más eco que el de la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz:: "¿Está aquí acaso Apolo?".

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo a éste:

—¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva.

El sátiro dirigió una mirada a sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

—Señor —dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche— quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonte a los profundos cielos, y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Las águilas se han acercado a revolar sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosa las abejas han dejado sus celdillas para venir a escuchar. En cuanto a mí ¡oh, Señor! si yo estuviese en lugar tuyo le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias: la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despedazarla de un puñetazo al mismo Atos. Orfeo les amansaría con la eficacia de su voz triunfante, a Nemea su león y a Erimanto su jabalí. De los hombres unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trigal, otros para combatir en las sangrientas guerras, y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno, goza tu alma.

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba a impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah, la alondra había cantado, pero el sátiro no oía! Por fin dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien, ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado a otro, terco, silencioso como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrojó su frente con enojo, y sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando a Orfeo la salida de la selva.

—¡No!

Al vecino Olimpo llegó el eco, y resonó allá, donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto a ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

✱

✱ ✱

1886

- **Junio 6** : Rubén Darío se embarca en Corinto, Nicaragua, en el vapor Uarda.
- **Junio 24** : Llega a Valparaíso.
- **Julio 13** : El Mercurio de Valparaíso da cuenta de su llegada.
- **Julio 16** : Primera colaboración en El Mercurio, La erupción del Momotombo.
- **Agosto 1** : Emelina, escrita en colaboración por Eduardo Poirier y Rubén Darío es presentada al certamen de La Unión de Valparaíso.

- **Agosto...** : Primer viaje de Darío a Santiago.
- **Agosto 3** : Primera colaboración en La Época de Santiago, Caso cierto.
- **Agosto 20** : Se publican las Siluetas de la Historia de Pedro Nolasco Préndez.
- **Septiembre 18**: Asume la Presidencia de la República José Manuel Balmaceda.
- **Octubre 17** : Homenaje de La Época a Sarah Bernhardt, con versos de Rubén Darío.
- **Octubre 24** : La Época publica la décima a Ramón de Campoamor.
- **Noviembre 22** : La Época anuncia la próxima edición de los Abrojos.
- **Diciembre 10** : Rubén Darío y Pedro Balmaceda Toro se conocen en la sala de redacción de La Época

1887

- **Enero 13** : Se da el fallo en el certamen de La Unión. Emelina no es premiada.
- **Enero 18** : Rubén Darío cumple veinte años de edad.
- **Febrero...** : Darío regresa a Valparaíso.
- **Marzo 16** : Aparece en Santiago el volumen de Abrojos.
- **Marzo 29** : Por decreto del Ministerio de Hacienda se nombra a Rubén Darío guarda inspector de la Aduana de Valparaíso.
- **Abril...** : Darío inicia su colaboración en la Revista de Artes y Letras.
- **Junio 20** : Se informa sobre una solicitud de licencia a Darío en la Aduana.
- **Junio 28** : Convocatoria para el Certamen Varela.
- **Agosto 1** : Termina el plazo de recepción para los trabajos enviados al Certamen Varela.
- **Agosto 2** : Expira la licencia concedida en la Aduana.
- **Agosto 18** : Declárase vacante el empleo de Rubén Darío por no haberlo reasumido después de las licencias.
- **Septiembre...** : Darío viaja de nuevo a Santiago.
- **Septiembre 8** : Se entregan los premios del Certamen Varela. Darío no se presenta a recibir el suyo, aunque se encontraba en la capital.

- **Octubre 9** : La *Época* publica el Canto épico a las glorias de Chile, premiado en el Certamen Varela.
- **Octubre 16** : Darío se encuentra enfermo en Santiago.
- **Octubre...** : Se publica la novela *Emelina* en Valparaíso.
- **Noviembre 15** : Narciso Tondreau y Rubén Darío firman la circular para pedir colaboración en el *Romancero de la Guerra del Pacífico*, libro que no se publicó.
- **Diciembre...** : Aparece el primer volumen del Certamen Varela, con producciones de Darío.
- **Diciembre...** : Rubén Darío regresa a Valparaíso.

1888

- **Enero 3** : La *Época* publica la nómina de los autores que habían ofrecido colaboración al *Romancero de la Guerra del Pacífico*, y la reproducen otros diarios.
- **Enero 6** : Eduardo de la Barra publica en Valparaíso el volumen de *Rosas Andinas con las Rimas de Darío y sus Contrarrimas*.
- **Enero 28** : La *Libertad Electoral* de Santiago publica el artículo de Darío sobre Amunátegui.
- **Febrero 11** : En *El Heraldo de Valparaíso*, aparece *La Semana*, primera de la serie.
- **Abril 7** : Rubén Darío publica en *La Libertad Electoral* el artículo *Catulle Mèndes. Parnasianos y Decadentes*.
- **Junio 14** : Fallece en Santiago José Victorino Lastarria, sin haber escrito el prólogo prometido para *Azul...*
- **Agosto...** : Aparece *Azul...* en Valparaíso.
- **Agosto 20–24** : El prólogo de Eduardo de la Barra para *Azul...* se publica en *La Tribuna de Santiago*.
- **Noviembre 11** : La *Época* publica los tres Sonetos americanos de Darío.
- **Noviembre 16** : Darío defiende en *La Época* a Pedro Nolasco Préndez ante la acusación de plagio que se le había hecho en el Ateneo.

DARÍO EN CHILE: UN CUENTO ALEGRE

- **Diciembre 11** : La Época anuncia la muerte del padre de Rubén Darío, ocurrida el 11 de octubre en León, Nicaragua.

1889

- **Enero 23 y 26** : La Tribuna de Santiago reproduce las cartas de Valera sobre Azul...
- **Febrero 3** : Primera colaboración de Darío a La Nación de Buenos Aires, reproducida en la Época de Santiago el 1 de marzo.
- **Febrero 9** : Darío sale de Chile rumbo al norte en el vapor Cachapoal.

Bibliografía



BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

✱

✱ ✱

LIBROS

- ARELLANO, Jorge Eduardo. Cartas desconocidas de Rubén Darío 1882-1916. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000.
- ARELLANO, Jorge Eduardo. Azul... de Rubén Darío: Nuevas perspectivas. Washington DC, OEA, 1993.
- AUERBACH, Erich. Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental. Primera edición. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BALMACEDA Toro, Pedro. Estudios y ensayos literarios. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1889.

- BAUDELAIRE, Charles. Las Flores del Mal. Sexta edición. Madrid, Cátedra Ediciones, 2000.
- CALDERÓN, Alfonso. Memorial del viejo Santiago. Santiago, Editorial Andrés bello, 1984.
- CONTRERAS, Francisco. Rubén Darío: Su vida y su obra. Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1930.
- DARÍO, Rubén. Poesía completa. Madrid, Editorial Aguilar, 1967.
- DONOSO, Armando. Obras de juventud de Rubén Darío. Santiago, Editorial Nascimento, 1924.
- ENCINA, Francisco Antonio. Historia de Chile. Santiago, Sociedad Editora Revista Ercilla, 1984. Tomos XXXV, XXXVI y XXXVII.
- ORREGO LUCO, Luis. Memorias del tiempo viejo. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1984.
- ORREGO LUCO, Luis. En familia. Santiago, Empresa Zig-Zag, 1912.
- RAMA, Ángel. . Rubén Darío y el modernismo. Alfadil Ediciones, España, 1985.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio. Como si fuera ayer! Santiago, Editorial Minerva, 1919.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio. Alfredo Irarrázaval Zañartu. Adición a Como si fuera ayer! Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1955.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio. Remansos del tiempo. Madrid, Editorial Compañía Iberoamericana de Publicaciones Mundo Latino, 1929.
- SAAVEDRA MOLINA, Julio. Poesías y prosas raras de Rubén Darío. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1938.
- SAAVEDRA MOLINA, Julio y MAPES K, Erwin. Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1939. Tomo I.
- SILVA CASTRO, Raúl. Rubén Darío a los veinte años. Segunda Edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1966.
- SILVA CASTRO, Raúl. Obras desconocida de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1939.

- SUBERCASEAUX, Bernardo. Fin de siglo: La época de Balmaceda. Primer edición. Santiago, Editorial Universitaria, 1997.
- VICUÑA, Manuel. El París americano. la oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX. Santiago, Universidad Finis Terrae, 1996.

ARTÍCULOS

- DONOSO, Armando. Rubén Darío en Chile. En *Revista Chilena*, número XXI, mayo de 1919, pág. 30.
- GANA, Federico. Rubén Darío anecdótico. En *Zig-Zag*, Santiago, 2 de diciembre de 1916.
- HERNÁNDEZ, Roberto. Rubén Darío en Valparaíso. En *Boletín de la Academia de la Historia*, número 30, 1944, pág. 39- 48
- LÓPEZ, Claudio. Valparaíso de Rubén Darío. *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de noviembre de 1992.
- ORREGO LUCO, Luis. Rubén Darío. En *La Libertad Electoral*, Santiago, 20 y 21 de febrero de 1889.
- ORREGO LUCO, Luis. Rubén Darío: Recuerdos íntimos. En *Sucesos*, Santiago, 24 de febrero de 1916.
- ORREGO LUCO, Luis. Rubén Darío en Chile. En *Pacífico Magazine*, Santiago, mayo de 1917.
- ORREGO VICUÑA, Eugenio.
- OSSA BORNE, Samuel. Un té de amigos. (Algunos recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío). En *Revista Chilena*, Santiago, número I, abril de 1917, pág. 69.
- OSSA BORNE, Samuel. Un autógrafo de Rubén Darío. Para el retrato de Campoamor. En *Pacífico Magazine*, Santiago, mayo de 1917.
- OSSA BORNE, Samuel. La historia de la Canción del Oro. Recuerdos de Rubén Darío. En *Revista Chilena*, Santiago, número IX, diciembre de 1917, pág. 368.
- OSSA BORNE, Samuel. Un manojito de recuerdos rubendarianos. En *Pacífico Magazine*, Santiago, abril de 1918.

DARÍO EN CHILE: UN CUENTO ALEGRE

- POIRIER, Eduardo. Revista Literaria. Abrojos, por Rubén Darío. En *Revista de Artes y Letras*, Santiago de Chile, tomo IX, pág. 73.
- POIRIER, Eduardo. Rubén Darío. Añoranzas y recuerdos. En *El Mercurio*, Santiago, 9 de febrero de 1916.
- REMAC. El gran lírico Rubén Darío y su permanencia en Chile. (Entrevista a Alfredo Irarrázaval Zañartu). En *La Nación*, Santiago, 14 de abril de 1933.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Emilio. Rubén Darío. En *El Mercurio*, Santiago, 17 de marzo de 1916.
- RODRÍGUEZ MENDOZA, Manuel. Los Abrojos de Rubén Darío. En *El Mes Ilustrado*, Santiago, número 1, agosto de 1896.

DIARIOS Y PERÓDICOS

- EL MERCURIO, Valparaíso. Junio de 1886.
- LA ÉPOCA, Santiago. Marzo de 1886 a marzo de 1889.
- LA TRIBUNA, Santiago. 1888.
- LA LIBERTAD ELECTORAL, Santiago. Marzo de 1886 a marzo de 1889.



Darío

**DARÍO EN CHILE:
UN CUENTO ALEGRE**